HIDRÓGENO NEGRO

UN THRILLER DE ACCIÓN Y ESPIONAJE



RAÚL GARBANTES

HIDRÓGENO NEGRO

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº 17

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2026 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

Las alarmas me taladran los oídos. Estoy corriendo.

Los pulmones me arden, y no es solo por el esfuerzo: el aire está cargado de partículas que no debería estar respirando. El pasillo se inclina unos grados hacia la izquierda; el edificio cede bajo su propio peso. Los soportes metálicos de la pared se doblan hacia adentro y el suelo cruje con cada paso, un crujido que sube de tono y nunca suena igual dos veces.

El pasillo termina en una puerta sin marco. Paso de lado, sin detenerme, y salgo a una sala abierta, donde el humo me golpea de frente y me obliga a frenar. Cierro los ojos un segundo, los abro, y entonces la reconozco: la sala de control, o lo que queda de ella.

El techo cedió por el centro y arrastró consigo media sala. Todo está inclinado, aplastado y cubierto de polvo. Entre los escombros saltan chispas azules. La luz de emergencia parpadea en rojo. El cuerpo entiende antes que la cabeza: aquí ya no queda margen.

Me arranco una manga de la camiseta y me la ato sobre la boca y la nariz. El tejido es fino y filtra poco, pero es lo que hay.

El suelo es una rejilla metálica y encima hay escombros: trozos de techo, cables, pedazos de consola. Avanzo probando cada paso antes de cargar el peso. No sé qué hay debajo del polvo, y un agujero ahora sería el final.

Pienso en Peter, que debería estar fuera, cubriendo la salida este. Y en Alain. Los dos están afuera y yo estoy aquí, y esta noche eso es lo único que agradezco.

Hace unos minutos alguien tenía que entrar aquí antes de que los números dejaran de importar. Ese alguien soy yo.

Un ordenador volcado me corta el paso. Lo aparto de una patada. Cae con un golpe sordo, levanta polvo, y espero tres segundos con los ojos cerrados antes de seguir. Más allá hay una silla aplastada bajo una viga, y junto a ella, algo que me detiene.

Una mano.

Asoma entre los escombros con la palma hacia arriba y los dedos curvados y flojos. No es del equipo: el uniforme es de un verde oscuro que no es el nuestro. Un hombre joven. Veinte años, puede que menos. Cuesta saberlo con la cara cubierta de polvo y el cuerpo quieto.

Junto a la mano hay una placa con la cadena rota. La giro con dos dedos hasta leerla: Cooper. Me la guardo en el bolsillo del muslo sin decidirlo. Murió creyendo que hacía lo correcto. No tengo tiempo para esto. Sigo.

Al fondo hay un ventanal sin cristal, solo con los bordes dentados del marco. Detrás está la sala de máquinas, dos metros más abajo: tuberías gruesas como troncos, válvulas, manómetros, una maraña de metal que en un día normal alimenta media ciudad. Hoy no es un día normal.

El sistema digital está muerto. No hay pantallas, red ni voces al otro lado. Si quiero detener esto, tendré que hacerlo abajo y a mano.

Me asomo y mido la caída. Dos metros. Abajo, rejilla irregular cubierta de escombros. Va a doler.

Salto.

El impacto me sube por las rodillas hasta la cadera y me hace chocar los dientes, pero doblo las piernas y ruedo de lado sobre los escombros antes de levantarme. Nada roto. Puedo seguir.

La sala de máquinas huele a metal caliente y a algo más que no termino de identificar y que me pone en alerta de golpe. Es un olor

que no avisa de un arma ni de un enemigo enfrente, sino de que el aire mismo se ha vuelto una amenaza.

Aquí abajo las alarmas desaparecen bajo un retumbar grave que se siente en el pecho. Es presión acumulada buscando salida.

Avanzo despacio, con una mano en las tuberías para orientarme en la penumbra. El humo es más ligero que arriba, pero se ve mal y las luces de emergencia parpadean sin ritmo. Aprendo a mirarlas de lado.

Un silbido fino corta el retumbar. No estaba ahí hace tres segundos, y es justo el sonido que no debería existir.

Es una tubería principal, más gruesa que el resto, con una unión a la altura del pecho. En la unión hay una mancha oscura que se extiende por el metal. Y en el borde inferior, una gota.

La gota se forma, se estira y apunta al suelo.

La gota no es una bomba. Es la advertencia de que la fisura está creciendo. Si se abre, lo que hay dentro encontrará oxígeno y una de las chispas que saltan a mi alrededor.

La gota se estira un milímetro más. La gravedad hace su trabajo.

La marca de cierre está a menos de un centímetro de la línea roja. Tengo que llevarla hasta allí y aguantar.

Busco la llave de cierre en el armario de emergencia. No está.

La encuentro bajo una bandeja de cables caída, a poco más de un metro. La saco con la izquierda, aparto los restos y encajo la cabeza en la brida. El metal helado atraviesa los guantes.

Apoyo el pie contra la base de la tubería y cargo el peso sobre la llave. La brida no se mueve.

La gota se desprende.

Y empujo otra vez.

1

EL SILENCIO SE ROMPE

Sede del equipo Fénix, Nueva York
Martes, 10 de octubre, 11:00 a. m.

Tres semanas sin un caso. Para algunos del equipo eso es un descanso; para mí, una forma lenta de oxidarme.

Junior y Luna aún pueden moverse con su nombre. Peter, Alain, Andrew y yo seguimos en la lista negra de todas las agencias: órdenes de captura que nadie ha retirado en años. Sin tarjeta, sin nombre propio y sin más vida que la cobertura de Freddy Tanaka, que dirige la oficina del FBI en Nueva York. Es el trato. Lo que no llevo bien son tres semanas quieta en un apartamento de Nueva York.

Esta mañana me temblaban los dedos de la mano derecha. Me pasa desde Chernóbil, donde estuve expuesta al virus experimental de la doctora Wolff. Los análisis dicen que no me infectó y que estoy bien, los de Ucrania y los de Nueva York. El temblor aparece igual cuando duermo mal o paso demasiado tiempo quieta. Y lo otro que me pasó allí no sale en ninguna prueba. A veces, cuando estoy al límite, el tiempo parece estirarse durante unos segundos y percibo detalles que normalmente perdería. Andrew lo llamó Sincronía porque no encontró otro nombre. No puedo provocarla ni sé cuánto

dura; después llegan el temblor y el agotamiento. No le hice caso. Ya pasó.

La inactividad afecta a cada uno de manera distinta. Andrew la aprovecha: actualiza sistemas, escribe código, reorganiza sus archivos con una meticulosidad que roza lo obsesivo. Junior lee, estudia casos judiciales, construye los informes falsos que Freddy presenta ante sus superiores con cara seria. Luna desaparece durante horas y vuelve sin explicar dónde estuvo, algo que en ella ya no sorprende a nadie. Peter hace ejercicio cada mañana con una disciplina militar que nunca abandonó, y por las tardes se sienta frente a la ventana con un café y mira la calle como si esperara que algo ocurriera. Alain duerme.

Bob se aburre. El rottweiler se tumba en mitad del pasillo, justo donde todos tienen que pasar, y suspira cada vez que alguien lo esquiva.

Yo limpio armas que no lo necesitan y, cuando el apartamento se vuelve demasiado pequeño, saco a Bob a pasear. Es el único que no me pregunta nada. Peter sí lo hizo una vez. Le dije que estaba bien, una respuesta lo bastante cierta para terminar la conversación.

La reunión de hoy tiene otro motivo: Freddy consiguió blanquearnos. En los formularios somos Agentes Efectivos Asociados de Identidad Reservada; en la práctica, los mercenarios del FBI. La figura solo existe dentro de un despacho. No retira una orden de captura ni nos devuelve un nombre: si un agente de campo me identifica en mitad de una operación, sigue teniendo la obligación de detenerme, y Freddy tendrá que explicar por qué había una fugitiva dentro de su perímetro. Nos permite cobrar y que alguien firme por nosotros. Nada más.

Junior redacta los informes que justifican nuestra existencia sin contar lo que hacemos. Sospecho que parte de quienes aprobaron el acuerdo trabaja para el Anillo, la red que lleva años comprando gobiernos y agencias desde la sombra, y quiere tenernos localizados. Se lo dije a Freddy. Respondió que podíamos usarlo a nuestro favor. No discutí, aunque ninguno de los dos explicó cómo.

Estamos en el laboratorio de Andrew, la habitación más grande del apartamento, siempre con olor a café frío y cables calientes.

Freddy debería haber llegado hace veinte minutos para celebrar nuestro nuevo estatus. Su silla sigue vacía.

—Es raro que tarde tanto —dice Junior desde el sofá, sin levantar la vista del teléfono—. No es lo suyo.

—Lo llamo yo —dice Andrew.

En dos segundos tiene el teléfono en altavoz sobre el escritorio.

—¿Están todos ahí? —pregunta Freddy.

—Todos. ¿Qué pasó?

—Estaba por salir cuando surgió algo. No avisé porque no sabía cuánto iba a demorar. Y resultó ser peor de lo que parecía.

—Explícate.

—Un excapitán del Ejército, Caleb Vance, tomó una terminal de gas licuado en Texas. Exmilitar de élite, baja con deshonor. Él y su grupo se hacen llamar los Centinelas. Hace menos de media hora soltó un ultimátum en vivo: si no se cumplen sus demandas en el plazo que él fija, detona la planta.

Peter se acerca a la mesa sin decir nada. Alain, recostado en el sofá, se incorpora despacio.

—¿Qué tan grande es la detonación? —pregunta Alain.

—Lo suficiente para borrar la planta y todo lo que haya en dos kilómetros a la redonda.

—Dime que está en el desierto —dice Junior.

—Costa del Golfo. A las afueras de Corpus Christi. Casi medio millón de habitantes. Y cuarenta y dos trabajadores del turno de noche dentro, retenidos.

—¿Sus demandas son realizables? —pregunto.

—No. Lo que pide no lo firma ningún político. Quiere el cese inmediato de las exportaciones de combustible a los países que considera hostiles a Estados Unidos. Tiene su lógica militar, pero ningún Gobierno mueve eso en horas. Ni en días.

—Entonces nadie va a darle lo que pide —dice Peter—. Y si la explosión es tan grande, él tampoco sale vivo. ¿Qué gana?

—Eso es justo lo que no entiendo —responde Freddy—. Por eso necesito a Luna.

—Estoy con su ficha ahora mismo. —Luna tiene el teléfono en la mano—. Héroe de guerra. Tres condecoraciones. La baja deshonrosa

fue por negarse a ejecutar una orden en Medio Oriente. Después, dos años en seguridad industrial en la Costa del Golfo. La ficha no da las circunstancias, pero con este historial la desobediencia tuvo que ser por principios, no por cobardía.

—Un hombre que sacrificó su carrera por no cruzar una línea —digo.

—Exacto. Y eso lo hace más peligroso, no menos. —Levanta la vista un momento—. El motivo cambia cómo hay que tratarlo. El terrorista de manual sabe que no va a conseguir lo que pide; genera miedo y ya está. Para él la amenaza es la herramienta, y su propia muerte, un precio que asume. Vance no. Vance cree que puede ganar. Está convencido de que lo que hace es correcto y de que hay una salida. Si no creyera eso, no estaría ahí.

—¿Y eso por qué lo hace más peligroso? —pregunta Alain—. Un hombre que quiere vivir negocia. El que ya se dio por muerto, no.

—Al revés. —Luna niega con la cabeza—. El que negocia tiene un punto de quiebre: le ofreces bastante y cede. Vance no busca un trato, busca tener razón, y eso no lo compra ninguna cifra. Un hombre seguro de que la tiene no comete los errores del que duda: no titubea, no manda señales cruzadas, no deja una grieta por donde colarse. Hace, punto por punto, lo que dijo que iba a hacer. —Se encoge de hombros—. Por eso un fanático convencido controla una sala mejor que diez mercenarios. Los mercenarios calculan. Él cree.

—¿Apoyo externo? —pregunto.

—Tiene que haberlo. Una operación así no se paga sola. Vance cree que tiene aliados, pero lo más probable es que sea un peón. Y cuando lo descubra, no sé qué hará.

—Junior —digo—, en cuanto cortemos, ponte con el dinero. Y si el rastro sale de Nueva York, lo sigues. Tienes la cara limpia y puedes moverte sin que nadie levante una ceja. Quiero saber quién está detrás de los Centinelas.

—Entendido. —Y ya tiene el portátil abierto.

Junior ya se cruzó una vez con el Camaleón, el hombre que dirige el Anillo, y no salió igual. Cuando se encierra con una pantalla, lo observo. Él lo nota. Ninguno lo menciona.

—Ya hay fuerzas moviéndose hacia allá —retoma Freddy—. FBI, Guardia Nacional, Rangers. Como es delito federal, la coordinación la lleva el FBI. Y al frente está un viejo conocido tuyo, Ainara. El director Smith.

—Si Smith está en esto —le digo—, no entiendo qué haces todavía en Nueva York.

Freddy tarda en responder. Lo imagino al otro lado con esa sonrisa suya de quien ya decidió antes de marcar.

—En cuarenta minutos tengo que estar en el aeropuerto. Hay un *jet* privado con destino a Texas. Me preguntaba si el equipo Fénix querría acompañarme.

Miro a Peter. Me devuelve la mirada. Llevamos años suficientes juntos como para no necesitar palabras.

—¿Nos estás pidiendo que vayamos justo adonde va a explotar una bomba? —pregunta Alain.

—Sí —contesta Freddy.

Alain asiente despacio, como si sopesara una oferta de trabajo razonable.

—Me encanta —dice.

Cuelgo yo. Cuarenta minutos para el aeropuerto; da el tiempo justo si salimos ahora.

—Recojan lo necesario —digo—. Nada que no quepa en una mochila.

Nadie pregunta si vamos. Ya lo saben. Junior es el único que no se mueve: sigue sentado, con el portátil abierto sobre las rodillas. Es el que se queda, otra vez.

2

LA ZONA INEXISTENTE

En el aire, rumbo a Texas
Martes, 10 de octubre, 5:10 p. m., hora central

Una demora en la autorización del vuelo nos retuvo más de dos horas en Nueva York; llegaremos con el margen reducido a casi nada.

Que Junior se quede es la decisión correcta: el dinero puede llevarlo a cualquier punto del país y él todavía puede viajar con su propio nombre. Se lo digo en el pasillo, antes de salir. Junior me mira como si quisiera decir algo. Yo tampoco encuentro qué decirle.

En el *jet* somos seis: Freddy, Peter, Alain, Luna, Andrew y yo. El aparato es pequeño, diez asientos en dos filas, y huele a cuero nuevo y combustible. Nadie se sienta en orden. Freddy va adelante, con el teléfono pegado a la oreja desde que despegamos. Peter ocupa el asiento del pasillo en la segunda fila, brazos cruzados y ojos cerrados, aunque sé que no duerme. Luna está a mi lado con el móvil en la mano y el video de Vance en bucle. Alain eligió el último asiento y lleva dormido desde que las ruedas dejaron el suelo, y Andrew va en la primera fila, con el portátil abierto, ya metido en el sistema de la planta desde el aire.

Lo de Alain lo noté al subir, y no dije nada. Con él, el sueño no es descuido: es una habilidad táctica que aprendió de alguien que ya no está. Su padre, ex-SEAL, dormía igual, según me contó una vez;

cerraba los ojos en cualquier sitio y despertaba listo, sin rastro de aturdimiento. Alain heredó eso. Cuando llegue el momento, estará más descansado que cualquiera de nosotros.

—He visto este video doce veces —dice Luna, sin apartar la vista del móvil—. Y a la duodécima dejé de mirar a Vance.

—¿Qué miras entonces?

—Lo que dice. —Rebobina, baja el volumen y me tiende el móvil —. Escucha las tres primeras frases. Después, la cuarta.

Escucho. Las tres primeras frases son directas. La cuarta parece redactada por un comité: «Cese inmediato de las exportaciones de combustible a naciones que considera hostiles a los intereses estratégicos de los Estados Unidos». Nadie habla así con un fusil al hombro.

—Alguien le escribió las demandas —digo.

—Alguien se las escribió. Y quien dicta las palabras puede haber dictado también la fecha y el plazo.

Peter abre los ojos.

—Un plazo que ningún Gobierno puede cumplir, fijado por alguien que no va a estar aquí cuando venza —dice—. Eso no es una demanda. Es un cronómetro.

—Por eso necesitamos saber de dónde le llega el dinero a Vance —digo—. Junior ya está en ello.

Me levanto y camino hasta donde está Freddy. Termina su llamada cuando me ve acercarme.

—¿Algo nuevo?

—Andrew está dentro del sistema de la planta. —Señala con la barbilla hacia la primera fila—. Encontró algo raro hace diez minutos. Pregúntale a él.

—¿Raro cómo?

Andrew levanta la vista del portátil.

—Hay un sector en la zona norte que no figura en los planos del FBI y consume demasiado para estar vacío. Alguien oculta algo allí.

Un sector oculto en una planta tomada por hombres que dicen buscar solo una declaración política.

—No sueltes ese hilo —le digo.

—Ya lo sé.

Vuelvo a mi asiento. Luna me mira en cuanto llego.

—¿Qué fue eso?

—Puede que esto sea más complicado de lo que parece.

No digo más. Todavía no tengo suficiente para armar la imagen completa. Luna vuelve al video y yo miro por la ventanilla. Abajo, el paisaje cambió: ya no hay ciudad, solo planicie marrón y recta hasta donde alcanza la vista. Texas.

—Lo dirige Smith —dice Peter desde atrás.

—Sí.

—¿Va a ser un problema?

—No lo sé todavía. —Me giro para mirarlo—. Tú no te acerques a la base de operaciones si puedes evitarlo. Smith es observador. Un detalle le basta.

Saco mi teléfono y abro el video de Vance. Lo veo entero, sin saltarme nada. Aprieta la mandíbula al hablar de traición; los hombros hacia atrás, el pecho abierto. Lleva años preparando este momento.

—Necesito que me des algo con qué trabajar —le digo a Luna.

—¿Algo como qué?

—Una frase. Una sola. Si llegamos a un punto en que tenga que hablar con él cara a cara, necesito la llave correcta.

Luna se lo piensa: lo está tomando en serio.

—Su punto de quiebre no es la amenaza —dice al fin—. Es la traición. Este hombre no soporta que lo usen. Si alguna vez siente que lo han manipulado, que todo lo que construyó fue para beneficio de otro, se derrumba. No de rabia. De vergüenza.

—Vergüenza —repito.

—Es un soldado. Morir en batalla, para él, es honorable. Que te conviertan en un instrumento sin saberlo, eso no tiene nombre en su código.

Me lo quedo.

Suena mi teléfono. Es Junior.

—Encontré algo —dice en cuanto contesto—. El financiamiento de los Centinelas viene de un grupo llamado CMLN, Comunidad Multilateral de Liquidez Negociable. En papel es un *holding* de inversiones. En la práctica no existe: es una cáscara.

—Empresas fantasma —digo.

—Las empresas de la cadena desaparecen en cuanto me acerco. Cambian el nombre y el país, pero debajo conservan la misma forma.

Me siento más recta. Conozco ese tono de Junior. Lo usa cuando deja de buscar un dato y empieza a entender un mecanismo.

—Explícamelo despacio.

—Los nombres cambian. La cadena que lleva hasta el dueño, no. Y esta se repite.

—Se camufla —digo.

—Se mimetiza. —Junior se calla. Cuando vuelve a hablar, le sale la voz medio tono más baja—. Ainara. El nombre. CMLN. Quítale lo que sobra: las siglas no significan nada y la razón social es relleno. Quedan cuatro consonantes. Ábrelas.

No necesito el bloc de notas. Las cuatro letras se colocan solas en cuanto Junior las separa de todo lo demás, y entre ellas se abren los huecos exactos donde tienen que ir las vocales.

C—a—M—a—L—e—ó—N.

—Camaleón —digo en voz baja.

Al otro lado de la línea, silencio. De todo el equipo, Junior es quien tiene la cuenta más personal con ese hombre; oír su nombre otra vez le remueve algo.

—Es él —dice al fin—. No es un homenaje ni una casualidad. Lo firmó.

—¿Estás bien?

—Estoy trabajando. —En Junior eso significa otra cosa, y los dos lo sabemos.

El Camaleón firma porque calcula que quien sepa leerlo llegará demasiado tarde. Ya conozco esa arrogancia. Junior también.

—Sigue tirando del hilo —le digo—. Y no te fíes de las que ya desaparecieron. Si las dejaron morir tan limpio, es porque la siguiente capa importa más. Quiero saber adónde va el dinero antes de que aterricemos.

Cuelgo. Peter y Luna me miran.

—El grupo que financia a los Centinelas es uno solo disfrazado de muchos. Se hacen llamar CMLN, y es el Camaleón otra vez. No es

apoyo político: es el Anillo, y esta vez lo han traído a Texas.

Peter vuelve a cerrar los ojos. Luna guarda el móvil. Ninguno de los dos necesita que se lo explique.

EL *JET* EMPIEZA A DESCENDER. Por la ventanilla aparece el brillo del Golfo, ancho y oscuro bajo el sol de la tarde. Corpus Christi se extiende pegada a la costa, blanca y plana. Desde aquí parece tranquila.

Freddy se acerca al pasillo.

—Diez minutos para aterrizar. En la pista nos espera una camioneta. Vamos directo al perímetro.

—¿Situación actual? —pregunto.

—El negociador lleva un buen rato sin respuesta de Vance. Vance fijó un plazo: si a las nueve de la noche no hay señal de que las demandas avanzan, hace una detonación de advertencia. No la planta entera. Algo más pequeño, para demostrar que habla en serio.

—¿Cuánto nos queda?

—Tres horas y media cuando aterricemos. Menos, si se adelanta.

Cada uno calcula los márgenes en silencio. No son muchos.

Me giro hacia el fondo del avión.

—Alain.

Nada.

—Alain.

Peter se da vuelta, lo mira y luego me mira a mí.

—Duerme como si alguien le hubiera apagado un interruptor —dice.

—Lo sé. —Me pongo de pie y camino hasta él. Le pongo una mano en el hombro y aprieto. Abre los ojos sin parpadear. Listo.

—Llegamos —le digo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Tres horas y media.

Se estira y recoge la mochila del compartimento superior.

Abajo, en algún punto de esa planicie, hay un sector que no figura en los planos y que consume el triple de lo que debería.

3

EL HUECO EN LA DEFENSA

Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 5:40 p. m.

La camioneta frena y lo primero que veo es el perímetro.

Policía local, Guardia Nacional, Rangers, FBI de Texas. Camiones encendidos, luces intermitentes y agentes moviéndose sin coordinación aparente. Cada cuerpo armado parece haber enviado a alguien para demostrar que existe: demasiadas armas y demasiado poco mando.

—Mucha gente —le digo a Freddy—. Alguien va a hacer una estupidez.

—Los policías solo contienen el perímetro exterior. No se acercarán a la planta.

—No son los policías los que me preocupan.

Bajamos. El aire huele a salitre y a gasoil, una mezcla que pega en la garganta con la humedad del Golfo. La planta está a dos kilómetros, pero se ve entera desde aquí: torres de metal iluminadas contra un cielo encapotado, tanques enormes, tuberías que se cruzan a distintas alturas. Desde aquí parece una ciudad industrial suspendida sobre el pantano, y también algo que podría volar en cualquier momento. Las dos cosas son ciertas.

Un agente se acerca y estrecha la mano a Freddy.

—Lo estábamos esperando, director Tanaka. El director Smith lo aguarda en la base de operaciones.

Freddy mira la carpa y luego me mira a mí. Solo un segundo, lo justo para que yo entienda lo que significa: Smith está ahí, y una mujer que no figura en ningún registro no puede dejarse ver por un director del FBI. Por Smith menos que por ninguno: autorizó al equipo Fénix sin pedir nombres, y cuando dirigía la oficina de Nueva York, el que me perseguía era él. Sobre el papel existo desde esta mañana. Aquí fuera, no. Eso nos limita los movimientos desde el primer minuto.

—Comprendido. —Freddy señala al grupo—. Llévalos al tráiler mientras voy con Smith.

El agente nos mira con la desconfianza de un hombre que recibe órdenes de alguien a quien no conoce y que, encima, viene de Nueva York. No dice nada. Camina delante sin volverse y nos conduce hasta un tráiler estacionado en el flanco sur del perímetro, lejos de la carpa principal y de los camiones militares. Abre la puerta y se marcha sin explicar nada, sin mirar atrás.

Entramos.

Andrew enciende la luz y ocupa los ordenadores antes de que la puerta termine de cerrarse. En medio minuto ya trabaja como si el tráiler fuera suyo.

A la izquierda hay taquillas metálicas. Alain abre la tercera, saca un rifle y sonríe con una satisfacción que debería reservar para cosas menos peligrosas.

—Me encanta trabajar para el FBI —dice.

Hay algo que no cuadra. Los Centinelas ocuparon la planta hace dieciocho horas, pero esperaron once antes de lanzar el ultimátum. Tiempo para cerrar flancos y preparar defensas. No improvisaron: alguien les entregó un plan.

—Andrew. El sector norte. ¿Algo nuevo?

—Estoy intentando entrar al sistema interno ahora mismo. —No se gira—. Desde el aire solo vi el consumo; las cámaras y los sensores están detrás de otra capa. Dame diez minutos.

—Tienes cinco.

—Dame ocho.

No respondo. Ocho está bien.

Ocho minutos más tarde, Andrew habla sin que tenga que preguntar.

—Ya entré —dice Andrew, con el mismo tono que usaría para anunciar que hizo café—. Tengo cámaras, sensores y planos.

Me acerco. El plano divide la planta en tanques al oeste, tuberías y control en el centro, carga al sur. En el norte aparece un recuadro: Zona de Mantenimiento Restringida.

—Ese es el sector con consumo anómalo —digo.

—Sí. Y sus cámaras están aisladas del resto de la planta. Siguen grabando, pero solo allí dentro. Alguien quería que nadie pudiera mirarlas desde fuera. Y eso estaba preparado antes de que llegara Vance.

El tráiler queda en silencio mientras cada uno mide lo que eso implica.

—¿Puedes acceder a ese servidor local? —le pregunto a Andrew.

—No desde aquí. Tendría que estar en la red interna de la planta, con acceso físico a un nodo del sector norte.

—O sea que alguien tiene que entrar —dice Alain desde las taquillas, con el rifle todavía en la mano y una expresión que ya sabe adónde va esto.

—O sea que alguien tiene que entrar —confirmo.

Pero antes necesitamos una ruta. Las defensas automáticas cubren el acceso terrestre y entrar de frente es suicida. El puerto y los pantanos del sur son el flanco con menos cobertura. Es nuestra única posibilidad.

—Andrew. Quiero ver las cámaras del sector sur. El puerto y los pantanos. Todo lo que tengas.

—Aquí están.

En la pantalla aparecen cuatro imágenes simultáneas. Agua oscura, vegetación densa, barro que refleja las luces de la planta al fondo. Y en los bordes de cada encuadre, las torretas automáticas con sus luces rojas parpadeando en intervalos regulares, como un pulso que no se detiene.

Las miro con atención. Hay algo en los ángulos. Una distribución que no es del todo regular. Una separación entre dos de las torretas

del sector suroeste que parece mayor que las demás.

—Dame la posición exacta de cada torreta —le digo a Andrew.

—Ya la tengo. ¿Qué buscas?

—Un hueco.

4

LA GUERRA DE OTRO

Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 5:50 p. m.

Freddy muestra la credencial y los guardias se apartan.

Dentro de la carpa se mezclan teclados, radios y voces. El lugar huele a café viejo y a ropa mojada por una llovizna que no cala, pero termina metiéndose en el ánimo.

A la derecha, dos militares hablan con Smith y otro hombre de civil. Freddy reconoce las estrellas del general y el uniforme del coronel. Entre ellos queda la distancia exacta de quienes han decidido ser corteses sin confiarse nada.

Smith lo recibe con una mano en el hombro. Ha envejecido desde la última vez que se vieron; la mirada, en cambio, sigue siendo la misma que Freddy conoció en Nueva York.

—El director Tanaka, de Nueva York —dice Smith—. El general Thorton, Guardia Nacional. El coronel Hammer. El jefe Bishop, FBI de Texas.

Freddy saluda al grupo con una inclinación y se toma un momento antes de hablar. Thorton tiene los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Bishop se mantiene con los brazos a los costados y la expresión cerrada.

El general no espera.

—Esto supera la jurisdicción del FBI. Es una rebelión armada y le corresponde al Ejército. Yo no voy a quedarme mirando mientras unos civiles negocian con terroristas.

Freddy lo escucha hasta el final. Deja que el silencio se alargue antes de responder.

—Por el momento es una toma de rehenes y el FBI lleva el mando. Incluso si fuera una rebelión, usted seguiría sin autoridad federal. Lo digo para que quede claro, sin ánimo de ofender.

El general abre la boca. Freddy no le da el turno.

—Dicho esto, la experiencia del Ejército aquí es valiosa, porque estamos tratando con uno de los suyos. Sus tropas pueden quedarse en el perímetro. No pueden actuar sin autorización directa del FBI. ¿Está claro?

Smith contiene algo que habría sido una sonrisa de no ser en público. Bishop cruza los brazos. Thorton mira a Freddy un instante, se muerde los labios, gira sobre los talones y sale de la sala rozándole el hombro al pasar.

El coronel Hammer no se ha movido en todo el intercambio. No ha apoyado al general ni lo ha contradicho: ha esperado. Cuando habla, pesa cada palabra antes de pronunciarla.

—Por eso estoy aquí. Vance sirvió bajo mis órdenes en dos destinos en el extranjero. Lo conozco bien: es valiente, terco e ingobernable cuando cree que una orden está equivocada. Se negó a cumplir mis instrucciones más de una vez, y lo peor es que casi siempre tenía motivos. Pero en el Ejército los motivos no siempre bastan. La cadena de mando se sostiene porque todos aceptan obedecer, incluso cuando dudan. Cuando un hombre decide por su cuenta qué órdenes cumplir, pone en riesgo a todos los demás.

—¿Fue usted quien dio las órdenes que él desobedeció? —pregunta Freddy.

Hammer duda un instante. Es una vacilación mínima. Freddy la registra.

—Sí. Fui yo.

—¿Y también recomendó su baja?

Esta vez no hay duda. El coronel saca pecho.

—Sí, también fui yo. Un hombre que no respeta la línea de mando no puede seguir en el Ejército de los Estados Unidos, sean cuales sean sus razones personales. Eso no es crueldad. Es la condición para que una institución funcione.

Freddy lo estudia un momento más. Hay algo en Hammer que no encaja. No es el momento de presionarlo.

—Entonces puede serme útil. Mi especialista necesita saber qué hace Vance cuando una orden le parece indecente y qué lo sostiene cuando todo se derrumba. —Mira a Bishop—. Desde ahora, Hammer no existe dentro de este perímetro. Si Vance descubre que está aquí, perdemos la negociación.

—Entendido. —Bishop le hace una señal a uno de sus hombres, que se coloca junto a Hammer, a dos pasos, sin decir nada, ni encima ni lejos, mirando a cualquier sitio menos a él.

Hammer mira al agente. Luego a Freddy. Luego, a Smith, que sigue de pie con los brazos cruzados y no dice nada. Baja la barbilla un centímetro y la deja ahí.

—Con permiso —le dice Freddy al coronel.

Y se aparta.

Tráiler del equipo Fénix, flanco sur del perímetro
Martes, 10 de octubre, 6:35 p. m.

La puerta del tráiler se abre y entra Freddy. Trae la cara de quien acaba de manejar algo difícil y sabe que lo que viene no será más fácil.

—¿Cómo está el panorama? —pregunto.

—Complicado. —Se sienta en la silla junto a la cortina del fondo y apoya los codos en las rodillas—. Smith tiene el mando federal y me deja el operativo, eso es lo bueno. Lo malo es un general de la Guardia Nacional con prisa por entrar.

—¿Quién más hay?

—Un coronel. Hammer. Fue comandante de Vance antes de su baja; lo trajeron como fuente de inteligencia sobre el perfil del hombre. —Freddy hace una pausa—. Quiero que Luna hable con él.

Luna levanta la vista de la tableta.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes. Hammer sabe cosas de Vance que no están en ningún expediente. Cómo piensa bajo presión, qué líneas no cruza, cuáles sí. Eso vale más que cualquier análisis de video.

—De acuerdo. Pero necesito hablar con él sola, sin uniformes en la sala. La presencia de agentes cambia lo que la gente dice, incluso cuando creen que no les afecta.

—Lo arreglo —dice Freddy.

—Una cosa más —agrego—. Hammer no puede tener ningún contacto con Vance ni con los Centinelas. Si Vance se entera de que su excomandante está aquí, lo lee como una venganza personal y la negociación termina antes de empezar.

Freddy ya lo había calculado.

—Smith me dijo otra cosa. —Me mira con una expresión que conozco: la de quien trae información que no le gusta, pero necesita transmitir—. Viene gente de la CIA. Llegan esta noche. Me dio a entender que es mejor que el equipo Fénix no sea demasiado visible cuando aparezca.

—¿Cuánto tenemos?

—Hora y media. Puede que menos: me dicen que ya despegaron.

Suficiente si empezamos ahora. Justo, si algo se complica.

Luna se pone el auricular y va hacia la puerta.

—Voy a hablar con Hammer.

Levanto la vista. Solo falta lo que de verdad necesito.

—Una cosa más —digo—. Por encima de todo lo demás.

Luna se detiene con la mano en el picaporte.

—Averigua si Vance dudó alguna vez. Si estuvo a punto de cruzar una línea y se frenó, o la cruzó y no se lo perdonó. Necesito encontrar esa grieta antes de entrar, porque la alternativa es eliminarlo.

Luna me sostiene la mirada por un momento. Entiende lo que le estoy pidiendo y lo que significa que se lo pida.

—Lo traigo —dice.

Abre la puerta. La llovizna entra un instante, fina, y vuelve a quedar afuera cuando la cierra.

5

LAS TORRETAS NO NEGOCIAN

Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 6:40 p. m.

Smith señala con un gesto mínimo un sector cerrado en el fondo de la carpa.

Entran los tres: Smith, Bishop y Freddy. Es un espacio delimitado por paneles de lona que no aíslan el sonido, pero sí la vista. Una mesa plegable con sobres y papeles apilados en un extremo, tres sillas de plástico, una cafetera eléctrica con el fondo quemado que nadie ha limpiado desde que la instalaron.

Bishop habla primero.

—Después de verlo con el general, entiendo por qué lo mandaron desde Nueva York. Yo, quizá, no me habría comportado con tanta paciencia. Puede contar con mi gente.

—Tu gente es ahora nuestra gente —responde Freddy—. Que nadie dispare sin una orden mía o de Smith y que nadie intente hacerse el héroe. Cuando mi especialista termine con Hammer, sácalo del perímetro. Ahora cuéntame qué tienes.

Bishop apoya los codos sobre la mesa.

—Tenemos cámaras al norte, este y oeste. Nadie entra ni sale por esos flancos sin que lo sepamos. El sur sigue abierto.

—¿El negociador? —pregunta Freddy.

—Sin contacto con Vance en las últimas dos horas. El plazo sigue corriendo y él no ha vuelto a entrar en la frecuencia. —Bishop se pasa la mano por la nuca—. Y le digo lo que piensa mi negociador, que lleva veinte años en esto. Que Vance no está callado por decisión, sino porque hay alguien más en esa sala y no puede hablar delante de él.

—¿Cuánto queda?

—Las nueve en punto. Poco más de dos horas, y eso solo si el hombre respeta su propio reloj.

Dos horas para improvisar una entrada con cinco personas y la CIA en camino.

—¿Hay algún flanco por donde infiltrarse? —pregunta Freddy.

—Los Centinelas cubrieron todo el acceso terrestre. —Bishop extiende varias fotografías—. Instalaron torretas automáticas a lo largo del perímetro.

Las fotografías muestran máquinas compactas, diseñadas para disparar sin ayuda.

—¿Controladas a distancia? —pregunta Freddy.

—Son automáticas. Detectan una aproximación y disparan sin esperar una orden. No hay nadie con quien negociar.

—¿Qué rango tienen los sensores de movimiento? —pregunta Smith.

—En teoría, queda espacio entre ellas. En la práctica, sus cámaras cubren los huecos.

—¿Lo han medido? —pregunta Freddy—. Una cosa es que dispare y otra cuánto tarda.

Bishop mira hacia la abertura de la lona y llama a un agente por su apellido. El hombre entra con una tableta en las manos y se queda de pie junto a la mesa.

—Ruiz tiene un pájaro en el aire desde hace media hora, a ochocientos metros del arco norte —dice Bishop—. No he querido acercarlo hasta tener delante a alguien que supiera qué está mirando. —Le hace una señal al agente—. Acércalo. Despacio. Y que quede grabado.

La tableta pasa al centro de la mesa. La imagen es en blanco y negro, granulada, con la línea del suelo inclinada y el perímetro de la

planta al fondo como una cordillera de tubos iluminados. En una esquina hay una cifra que baja.

Ochocientos. Seiscientos. Cuatrocientos.

A trescientos metros no pasa nada. A doscientos, tampoco.

—Ciento veinte —dice el agente.

A ciento diez, dos torretas del arco norte giran a la vez. Nada en ese giro parece mecánico. Van rápidas y van limpias, y las dos hacen lo mismo en el mismo instante: ninguna empieza y ninguna sigue a la otra.

La imagen se llena de blanco y se corta. En la tableta queda un cuadro azul con un aviso de señal perdida.

—Un segundo y cuatro décimas —dice el agente, que ha estado mirando el cronómetro y no la imagen—. Desde que giran hasta que dejamos de recibir.

Un segundo y cuatro décimas. Menos de lo que tarda un hombre en tirarse al suelo.

—Lo dejaron acercarse hasta tenerlo a tiro —dice Freddy.

Smith no ha tocado el café.

—Entonces no hay asalto frontal. Cuando las torretas reaccionan, ya es tarde para ordenarles que no disparen.

Ninguno de los tres lo dice en voz alta, pero los tres hacen la misma cuenta a la vez: si eso hubiera sido un aparato con doce hombres dentro, ahora habría que llamar a doce casas.

Entra un agente. Habla rápido, sin preámbulo.

—Disculpen la interrupción. Detectamos movimiento en una de las cámaras del perímetro norte.

—¿Los Centinelas intentan salir? —pregunta Freddy.

—No, señor. —Se detiene lo justo para elegir cómo decir algo que no tiene buena forma de decirse—. Parece que los militares quieren entrar.

Freddy cierra los ojos un instante. Se levanta y sigue al agente hacia los monitores. Smith y Bishop van detrás.

En la pantalla, la zona norte muestra un escuadrón de seis soldados avanzando en formación hacia la línea de torretas. Llevan equipo táctico completo.

—¿Podemos contactar al general? —pregunta Freddy.

—Lo intentamos —responde el agente frente a los monitores—. No contesta la radio. Desactivó el canal o lo cambió antes de salir de la carpa.

—¿A cuántos metros están de las torretas?

—Unos ciento cincuenta. Avanzan despacio, pero avanzan.

Ciento cincuenta metros. A ese paso, diez minutos hasta el punto donde el dron desapareció. Si las torretas responden, no quedarán heridos que evacuar. Y Thorton obtendrá los muertos que necesita para reclamar el mando.

—Bishop —dice Freddy—. Necesito dos hombres detrás de Thorton. Que lo encuentren y le hagan ordenar la retirada. Nadie se acerca a las torretas.

—Doyle, Ellis —dice Bishop sin levantar la voz.

Dos agentes se ponen en movimiento. No llegarán antes que el escuadrón; quizá sí alcancen al general antes de que mande a otros.

El escuadrón sigue avanzando. Las luces rojas de las torretas parpadean con indiferencia; para ellas no existe diferencia entre un atacante y alguien que viene a ayudar.

Ciento treinta metros.

Todavía hay tiempo. Apenas. Las torretas no negocian. No reciben órdenes de alto el fuego. No distinguen uniformes.

Freddy se pregunta, por un momento, si el general Thorton no sabe eso de verdad. O si lo sabe y lo tiene calculado de otra manera.

6

LOS QUE BORRAN LAS HUELLAS

Louisville, Kentucky

Martes, 10 de octubre, 6:30 p. m., hora del Este (una hora más que en Texas)

El rastro de CMLN llevó a Junior hasta Louisville.

Entre las empresas que nacen y desaparecen encontró una transferencia a una compañía de limpieza. Demasiado dinero para tan poca existencia.

La empresa se llama Limpiadores. El nombre es tan literal que parece una burla. En tres meses recibió casi tanto dinero como los Centinelas, aunque nadie puede demostrar que haya limpiado otra cosa que su propio rastro.

Los empleados existen en los registros y en ningún otro sitio. Identidades construidas. Una fachada.

Junior enciende el teléfono antes de que el avión termine de aterrizar en Louisville. Ya tiene mensajes de Andrew.

Escribe dos. El primero es vago a propósito: sigue una corazonada en Kentucky, avisará cuando tenga algo. El segundo es la dirección exacta a la que se dirige, con una nota que dice solo: por si acaso. Si algo sale mal, alguien tiene que saber dónde buscarlo.

Junior detesta esas dos palabras. «Por si acaso» suele significar que una parte de él ya ha calculado todo lo que puede salir mal y ha decidido avanzar de todos modos. Antes lo hacía sin pensarlo. Desde lo del Camaleón, lo piensa dos veces.

Andrew responde con un pulgar levantado. Ainara no.

Alquila un coche y conduce hasta un polígono industrial en las afueras. La dirección corresponde a una nave sin luces. Estaciona a media manzana y observa antes de bajar.

Una lona azul cubre la reja. No hay luces, vehículos ni movimiento. Los lugares vacíos pueden estarlo porque no hay nadie o porque quien está dentro no quiere que se sepa. Junior busca la diferencia.

Un golpe metálico suena al otro lado. Junior se queda inmóvil junto al coche, con la mano cerca de la chaqueta. Espera. El sonido no se repite. Puede haber sido una lámina movida por el viento o una puerta cerrándose despacio. Decide que, si tiene que elegir, prefiere descubrirlo antes de darle la espalda.

Vuelve al portón. El candado cede en menos de un minuto. Junior entra y deja la cadena colocada para que, desde fuera, todo parezca cerrado.

La cámara de la entrada tiene el cable cortado. Primera confirmación: lo que había aquí ya se fue.

Abre la puerta con las ganzúas. Tarda más que con el candado, porque la cerradura es de mejor calidad. Dentro está oscuro del todo.

Usa el teléfono como linterna. Hay cajas aplastadas y marcas claras en el suelo donde antes descansaba equipo pesado. Limpiaron bien, pero no pudieron borrar el peso de lo que se llevaron.

Avanza sin encender las luces. El haz del teléfono recorre paredes desnudas, un vaso de cartón pisado y una cinta adhesiva arrancada con prisa. No parece un abandono de meses. Aquí hubo gente hace poco, suficiente para llenar la nave y disciplinada de más para dejar recuerdos.

En una esquina encuentra dos huellas sobre el polvo reciente. Una entra; la otra sale arrastrando algo pesado. Junior las sigue

hasta la puerta trasera. Cada indicio apunta en la misma dirección: no cerraron el lugar. Lo vaciaron.

Detrás de la nave encuentra un terraplén picado de impactos y un casquillo que la escoba no alcanzó. Era una línea de tiro, no el patio de una empresa de limpieza.

Eso es lo que cambia la urgencia. Los Centinelas pueden creer en su causa y aun así cometer errores. La gente que entrenó aquí cobra para no cometerlos. Si esa gente va hacia Texas, el equipo no se enfrentará a otra patrulla improvisada, sino a hombres que llegan sabiendo a quién deben matar primero.

Junior piensa en Ainara dentro del perímetro, en Peter y Alain abriéndole camino, en Andrew convencido de que una puerta digital siempre puede cerrarse a tiempo.

La nave no prueba nada, pero apunta en una dirección: CMLN financia dos grupos. Si los Centinelas son los que hacen ruido, los otros son los que llegan cuando ya nadie mira.

Junior sale del edificio, cierra la puerta y deshace el camino hasta el portón con el mismo cuidado que a la entrada. Vuelve a colocar el candado. Desde fuera, nada indica que alguien haya entrado.

De camino al coche, saca el teléfono y llama a Andrew.

—No es una empresa —dice cuando Andrew contesta—. Es una base vaciada por profesionales. Ya están en movimiento. ¿El equipo llegó al perímetro?

—Hace un rato. Ya estoy dentro del sistema de la planta —responde Andrew—. Están en el tráiler.

—Pásame con Ainara. Esto no puede esperar.

—Está evaluando el flanco sur con Peter. Cuéntame qué encontraste y yo se lo resumo cuando quede libre.

—Dile que es sobre quién viene después de Vance… —dice Junior.

7

EL ÁNGULO MUERTO

Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 6:55 p. m.

Andrew me ha resumido la llamada de Junior mientras Freddy cruzaba el perímetro: en Louisville, Junior encontró una nave vacía, cerraduras de alta seguridad y un terraplén usado como línea de tiro. También descubrió que CMLN paga a gente que trabaja fuera de los registros. «Los que vienen después de Vance», dijo Junior.

Luna entra al tráiler con la llovizna en el pelo y la tableta bajo el brazo. Aparto la vista del mapa del sector norte en el que trabaja Andrew. Peter está de pie junto a la pared, con los brazos cruzados. Alain limpia el rifle con un trapo que encontró en una de las taquillas.

—¿Qué tienes? —pregunto.

Luna deja la tableta sobre la mesa y se sienta. No lo hace con prisa.

—Hammer habló. Más de lo que esperaba. —Abre el archivo de notas—. Vance sirvió a sus órdenes en dos destinos: Afganistán primero, Siria después. En Afganistán no hubo incidentes graves. En Siria fue distinto.

—¿Qué pasó?

—Hammer le ordenó ejecutar una operación de eliminación contra un objetivo civil. Un intermediario local al que acusaban de filtrar información al enemigo. Vance se negó: dijo que las pruebas no bastaban y que el hombre tenía familia. Hammer insistió tres veces a lo largo de una semana, y las tres veces Vance se negó. La operación se canceló. El objetivo vivió y, veintidós días después, ese mismo intermediario entregó la posición de una patrulla americana. Murieron cuatro soldados.

—Vance cargó con eso —continúa Luna—. Hammer me lo confirmó sin darse cuenta de que lo hacía. Lo planteó como prueba de que Vance nunca debió desobedecer, pero lo que me describió, debajo de esa justificación, es un hombre que desde ese día se despierta convencido de que su negativa mató a cuatro de los suyos. No el intermediario. Él.

—La culpa como combustible —digo.

—Exacto. Todo lo que hace ahora tiene esa raíz: esta operación, los Centinelas, el ultimátum, la disposición a morir. Esto no nace del fanatismo político. Nace de un hombre que lleva años buscando cómo saldar una deuda que no puede saldar. No con el Ejército. Consigo mismo.

Luna baja la vista a sus notas.

—Eso no lo convierte en inocente —digo.

—No. Solo lo convierte en alguien que todavía puede elegir.

—¿Y la grieta? —pregunto—. Te pedí que buscaras una grieta.

Luna cierra el archivo y apoya la tableta sobre la mesa.

—La grieta es esa misma. Lleva años atrapado en una ecuación sin solución. Si alguien consigue demostrarle que esta operación también está dañando a inocentes, que lo están usando para destruir justo lo que él cree que protege, no va a responder con violencia. Va a detenerse: es lo único que su código le permite cuando se enfrenta a esa posibilidad.

—O se derrumba —dice Peter.

—O las dos cosas a la vez. Pero en ninguno de los dos casos detona la planta.

Alain deja el trapo sobre la mesa.

—Si encuentran una ecuación para hablar con él, avísenme —dice—. Yo solo aprendí a hablar con puertas.

Luna lo mira por primera vez desde que entró.

—Las puertas son más sencillas.

—Por eso me gustan.

—¿Hammer sospecha para qué querías esa información? —pregunto.

—No. Cree que es para el perfil psicológico del negociador oficial. Le expliqué que cuanto mejor entendieran a Vance, más posibilidades había de que la negociación terminara sin detonación. Eso lo tranquilizó. Un hombre que recomendó la baja de Vance no quiere cargar también con su muerte.

—¿Tiene remordimiento? —pregunta Alain sin levantar la vista del rifle.

—Tiene algo. No sé si llamarlo remordimiento; es más complicado que eso. —Hace una pausa—. Hay algo en Hammer que no me cierra.

—¿Qué?

—Cuando le pregunté por las órdenes que Vance desobedeció en Siria, tardó en responder. No porque no recordara: porque estaba decidiendo cuánto contarme. Un hombre que habla con la seguridad de quien siempre tuvo razón, que lleva años justificando esa decisión ante sí mismo y ante los demás, no duda cuando le preguntan por ella. Duda cuando la respuesta completa difiere de la que va a dar.

—¿Crees que miente?

—Creo que omite. ¿Qué cosa? Todavía no lo sé.

—Andrew, pásale a Junior las notas de Luna. Cuando pueda, que compruebe la versión de Hammer sobre Siria. Necesitamos saber si hay documentos que la respalden.

—Se lo envío —responde.

Es entonces cuando escuchamos los disparos.

El sonido llega apagado por las paredes metálicas, pero es inconfundible: una ráfaga corta, un silencio de dos segundos, otra ráfaga. Estoy en la puerta antes de que Andrew levante la vista de las pantallas. Salgo.

Afuera, la llovizna ha arreciado. El aire huele a pólvora y a pantano. A cincuenta metros, dos sanitarios salen corriendo de la carpa principal y suben a una ambulancia que arranca antes de que cierren las puertas. Un agente vuelve adentro con la radio pegada a la boca.

—Ainara —llama Luna desde la puerta—. Ya tenemos imagen.

Peter y Alain han salido detrás de mí. Los tres volvemos adentro.

En la pantalla central, Andrew muestra el perímetro en tiempo real. Los soldados cruzan la línea de las cámaras y la ráfaga gira hacia ellos. Retroceden. Algunos no pueden hacerlo solos.

—Fueron militares —dice Andrew—. Un escuadrón entró en el radio de acción de las cámaras. Las torretas respondieron solas.

—¿Heridos? —pregunto.

—Al menos tres visibles en la imagen. No puedo determinar la gravedad desde aquí.

—¿Por qué mandó Freddy a esa gente? —pregunta Alain.

—No fue Freddy. Esos son uniformes de la Guardia Nacional. El general Thorton se cansó de esperar y movió una pieza por su cuenta.

Peter mira la pantalla con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

—Si la torreta hubiera seguido disparando, no habría heridos. Habría muertos —dice Peter.

—Vance la detuvo —dice Luna—. O la programó para parar tras la primera advertencia. No quiere bajas entre las fuerzas de seguridad. Quiere que lo dejen en paz lo suficiente como para que alguien lo escuche.

La imagen muestra a un soldado sentado en el suelo, con las manos sobre el casco. Otro le aprieta el hombro. Ninguno se levanta. Los dos miran hacia donde llegó la ráfaga.

—No quiere que mueran —digo.

—Por ahora —responde Luna.

—Muy considerado —dice Alain—. Prefiere que estemos enteros cuando detone la planta.

Andrew levanta una mano antes de que alguien responda.

—Transmisión entrante. Es Vance, directo al centro de operaciones.

Sube el volumen. La voz llena el tráiler: grave, controlada, sin temblor y sin tensión.

—Les advertí que no se acercaran al perímetro. Tuvieron suerte de salir con vida; no sigan tentándola. Y si están considerando un ataque masivo, se los digo ahora mismo: no dudaré en detonar esta planta con todo lo que hay alrededor. Les quedaban dos horas para darme una respuesta satisfactoria. Por lo que acaban de hacer, ahora les queda una.

La transmisión se corta.

—Una hora —dice Peter.

—Una hora —confirmo—. Menos, si el general vuelve a moverse.

Me giro hacia Andrew.

—El hueco del suroeste. Necesito medirlo.

—Ya lo tenía preparado. —Cambia la vista en la pantalla central —. Aquí.

—¿Cuántas torretas identificadas? —pregunto.

—Con certeza, seis. Puede haber más en los ángulos que las cámaras no captan.

—¿El mismo patrón que en el perímetro terrestre?

—No es igual. —Andrew superpone el mapa sobre las imágenes —. El terreno del pantano no permite una línea recta, así que la distribución es irregular. Las dos del suroeste que viste antes están a casi cuarenta metros una de otra.

Miro el punto en el mapa. Entre esas dos torretas queda un tramo de agua y barro que las cámaras no alcanzan a cubrir.

—¿Las cámaras de esas dos torretas se solapan? —pregunto.

Andrew tarda un momento. Teclea dos veces.

—No del todo. Hay un ángulo muerto de unos veinte metros en el punto central entre las dos. Ahí no llegan las cámaras. Los sensores de movimiento de las torretas, sí, si algo se mueve rápido.

—Ahí —digo.

—Ahí hay caimanes —dice Alain.

—También estaremos nosotros —le respondo con una media sonrisa.

Me giro hacia Peter. Ya me mira con la expresión de quien esperaba esa misma conclusión desde que aterrizamos en Corpus Christi.

—Necesitamos equipo para el pantano —digo—. Freddy tiene que conseguirlo antes de que llegue esa hora. Ve a hablar con él.

Peter sale.

Vuelvo a la pantalla. El punto ciego entre las dos torretas parpadea en el mapa como si esperara. Veinte metros de agua y oscuridad.

—Ainara —dice Andrew—. Si cruzan, no puedo prometerles una salida limpia.

—Tú encuéntranos una salida. Nosotros nos encargamos del resto.

—Eso es lo que me preocupa.

Alain sonríe.

Nos queda una hora. Puede que menos.

8

EL EXPEDIENTE QUE NADIE PIDIÓ

Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 7:10 p. m.

Freddy entra al tráiler con Peter detrás. Tiene la chaqueta mojada.

—Peter me contó lo del pantano. Necesito saber qué les hace falta antes de pedirlo.

—¿Tuviste algo que ver con el avance de los soldados? —pregunto.

—No. El general movió tropas sin avisar a nadie. —Freddy se sacude el agua de los hombros y se acerca a los monitores—. Ya mandé una ambulancia por los heridos. El general va a tener noticias del Estado Mayor antes de que amanezca.

—Nos quitó una hora.

—Lo sé. —Mira el reloj—. Nos queda menos de una. Y se acorta sola si Vance se adelanta. En la base no tienen plan de entrada: revisaron túneles, desagües, accesos subterráneos, y no hay nada. El perímetro terrestre está sellado por las torretas. La única zona que el FBI no cubre con cámaras es el sector sur, el puerto y los pantanos.

—Ya lo tenemos. Andrew encontró el corredor entre las dos torretas del suroeste. Veinte metros sin cámara. Por ahí entramos.

Freddy mira a Andrew, que no aparta la vista de las pantallas.

Freddy se deja caer en la silla. Por un segundo parece mayor que esta mañana.

—Antes de que sigas —dice mirándome—, Smith me contó que al sonar los disparos vio a Alain en la puerta del tráiler. Solo lo vio a él, un momento, y no le dijo nada; por lo visto, mientras resolvamos el problema no le importa quién esté aquí. Lo que sí me dijo es que el hombre que envía la CIA es Kessler, un viejo conocido de quien nunca he podido saber de qué lado juega, y que pidió el expediente completo de esta operación antes de subir al avión. Nadie le había ofrecido ningún expediente.

—¿Cuánto tenemos antes de que aparezcan?

—Menos de una hora. Ya viene en el aire sobre Luisiana.

—Entonces, para cuando lleguen, o estaremos dentro de la planta o esto habrá terminado mal. En cualquiera de los dos casos, el problema de la CIA deja de importar.

Alain se levanta de la zona de las taquillas y se acerca a nosotros.

—¿Smith va a hacer algo con lo de la puerta?

—No —dice Freddy—. Smith lleva tiempo sabiendo más de nosotros de lo que conviene. Ha decidido que somos útiles y que eso pesa más que cualquier otra consideración. Mientras no cometamos un error visible, nos deja trabajar.

Vuelvo a los monitores. El corredor está resuelto, pero cruzarlo solo sirve si sabemos qué nos espera al otro lado.

—¿Qué hay al otro lado de esa cerca?

Andrew cambia la vista a las cámaras internas de la planta. El sector que aparece muestra una valla de malla metálica, baja, con aspecto de delimitación de perímetro industrial más que de defensa táctica.

—Una cerca de mantenimiento. Está ahí desde antes de que los Centinelas tomaran la planta. No tiene sensores propios, es parte de la infraestructura original. Cortarla no activaría ninguna alarma del sistema que ellos instalaron.

—¿Cuántos Centinelas hay en ese sector? —pregunta Peter.

—Según las cámaras internas, dos patrullas rotativas, cada una de dos hombres. Pasan por ese punto más o menos cada doce

minutos. No es una guardia táctica; es una ronda de vigilancia básica.

—Doce minutos —repito—. Suficiente para cruzar la cerca y perdernos entre las estructuras antes de que vuelvan.

—Si todo sale según lo calculado —dice Andrew.

—Nunca sale todo según lo calculado —dice Peter.

—Por eso somos tres y no uno.

Peter mira a Alain. Alain mira a Peter.

Me ajusto la correa de la mochila.

Freddy se ha puesto de pie y mira el mapa con los brazos cruzados.

—Necesitan equipo. Trajes para el agua, ropa seca de camuflaje en bolsas estancas, un medio de avance silencioso para acercarse por el río, material para cortar la cerca sin ruido. Y comunicación encriptada que Andrew pueda monitorear desde aquí.

—Ya lo tengo en lista —dice Andrew—. El FBI de Texas tiene un almacén logístico a dos kilómetros.

—Llama ahora —dice Freddy—. Dile a Bishop, el jefe de Texas, que lo necesito en veinte minutos.

Andrew toma el teléfono.

Freddy se vuelve hacia mí.

—Bishop me asignó a uno de sus hombres. Holt. Se queda en la base, cerca de los monitores, por si hay que mover algo desde dentro sin que el FBI ni la CIA lo registren. Se puede confiar en él tanto como en Bishop, lo cual no es poco.

—¿Y eso de qué nos sirve? —pregunta Alain.

—De que, si alguien en esa carpa mira la pantalla equivocada en el momento equivocado, esa pantalla se apague sola —dice Freddy —. Holt sabe qué teclas tocar. Y cuando salgan, será él quien los saque del perímetro en su camioneta, sin pasar por los controles.

—Peter, Alain —digo—. En cuanto llegue el equipo de Bishop, nos preparamos. Entramos cuando Andrew dé la señal de que la patrulla acaba de pasar. Y en cuanto la malla se cierre detrás de nosotros, dejamos de existir para todo el mundo de este lado de la alambrada. Andrew va a ser lo único que quede entre nosotros y el resto del planeta.

Alain se cuelga la mochila sin hacer ruido.

—Una pregunta.

—Dime.

—¿Sabemos qué vamos a hacer en concreto cuando estemos dentro?

—Encontrar a Vance. Y el sector norte.

—¿Y si las dos cosas no están en el mismo lugar?

—Nos dividimos.

Alain lo piensa un momento.

—De acuerdo. Siempre me gustaron los planes sencillos.

Luna, que ha permanecido en silencio junto a la pared desde que Freddy entró, se acerca a mí.

—Cuando encuentres a Vance —dice en voz baja—, recuerda lo que te dije sobre Siria.

No contesto.

—Y una cosa más. —Baja todavía más la voz—. Si te funciona, no esperes que te lo agradezca. A un hombre así le quitas la causa y le quitas lo único que lo tiene de pie desde Siria. Los que se quedan sin eso buscan una salida rápida, y él va a querer que la suya sirva para algo. —Hace una pausa—. Va a intentar que sea esta noche. No lo dejes solo cuando pase.

9

EL PANTANO NO DEVUELVE NADA

Pantanos del sur, Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 7:35 p. m.

El equipo de Bishop llega en una camioneta sin distintivos doce minutos después de la llamada de Andrew. Dos cajas negras selladas. Dentro hay trajes de neopreno, bolsas estancas con ropa de camuflaje, visores, radios y una herramienta para abrir la malla de la cerca.

—Con todo ese acero de por medio, estas radios no tendrán alcance suficiente —explica Andrew—. Voy a enlazarlas a través de la red de la planta. Si la desconectan, perderán el contacto conmigo.

Peter reparte el material sin hablar. Cada uno sabe lo que le toca: yo me quedo con el cortador, porque soy quien va a abrir la cerca; Peter, con el motor de la canoa; Alain, con el visor de respaldo y la cuerda. Nos vestimos en el tráiler, de espaldas unos a otros, rápido y sin comentarios. Cada uno se cuelga a la espalda su bolsa estanca.

Andrew nos sigue por la radio desde su silla.

—La canoa está en el embarcadero viejo, doscientos metros al oeste del perímetro de cámaras —dice Andrew—. Peter le instalará el motor eléctrico que les mandó Bishop. Hace poco ruido y les permitirá llegar hasta la boca del río. Desde ahí, seguirán el cauce hasta el corredor.

—¿Patrullas en el agua? —pregunto.

—Ninguna. Los Centinelas no vigilan el río. Confían en las torretas.

Salimos del tráiler agachados, pegados a la línea de vehículos, fuera del alcance de las cámaras del FBI. La llovizna se ha vuelto lluvia franca, fría, y eso juega a favor: el ruido del agua sobre el agua tapa el de tres cuerpos metiéndose en un pantano que no los quiere.

Camino al embarcadero y vuelvo la vista al tráiler. Andrew y Luna se han quedado dentro. Me llevo una mano al auricular para comprobar que sigue en su sitio.

Peter me toca el codo.

—No mires atrás.

—No estaba mirando atrás.

—Estabas despidiéndote.

—Todavía no.

Él acepta la respuesta. Alain ya va delante, porque tiene una relación más sencilla con el peligro: si se detiene a discutirlo, puede llegar tarde.

La canoa está donde Andrew dijo. Subimos. Peter fija el motor de arrastre en la popa, baja la hélice bajo la superficie, y la canoa empieza a moverse con un zumbido que apenas se distingue del de los insectos. El embarcadero queda atrás. El perímetro iluminado de la planta se abre a nuestra derecha, una ciudad de acero suspendida sobre el agua negra, y nosotros nos deslizamos por el borde de su luz sin entrar en ella.

Durante seis o siete minutos todo funciona. Después, el motor falla.

No se apaga de golpe. Tose. Pierde fuerza, la recupera, vuelve a perderla, como un pulmón que se llena de agua. La hélice da dos vueltas más y se detiene. La canoa pierde el impulso y empieza a girar despacio en la corriente lenta del cauce.

—Agua en el conector —dice Peter en voz baja, las manos ya en el motor—. Dame un minuto.

No tenemos un minuto de sobra, pero tampoco alternativa. Saco el remo corto que venía atado al casco y empiezo a corregir el giro,

despacio, sin sacar la pala del agua para no dejar caer ni una gota que suene. Alain hace lo mismo del otro lado. Avanzamos a fuerza de brazo, en silencio, por un canal flanqueado de vegetación que se cierra sobre nosotros como un techo bajo.

Algo se mueve entre los juncos a la izquierda y se detiene cuando nos detenemos. El agua, a este nivel, ya no parece agua: parece una superficie viva, y nosotros tres encima de ella en una cáscara de fibra, demasiado expuestos, demasiado lentos.

—Listo —murmura Peter.

La hélice vuelve a girar. La canoa retoma el rumbo. Suelto despacio el aire retenido.

No pasan ni cinco minutos y la hélice vuelve a fallar. La canoa queda atravesada a la corriente y empieza a derivar hacia el recodo del canal.

El casco golpea algo por debajo: primero un roce seco, después un crujido que recorre toda la fibra. Hemos encallado contra un tronco sumergido o una raíz gruesa. El borde se levanta, la canoa se inclina y los tres caemos al agua.

El agua del pantano me traga entera. Está fría, es negra y no tiene fondo donde yo esperaba encontrarlo. El tirón me arranca el cortador del cinto. Por un segundo no sé dónde está la superficie. El instinto quiere que manotee, que suba rápido, que respire; el entrenamiento me dice lo contrario: un golpe en el agua es ruido, y el ruido, a unos cientos de metros de dos ametralladoras automáticas, es la muerte.

Peter emerge a un metro, igual de controlado. Alain aparece al otro lado del casco volcado, con una mano ya en la borda. La canoa queda atrapada contra el obstáculo, flotando boca abajo, mientras el agua reparte despacio lo que llevábamos dentro.

El corazón me golpea las costillas con una fuerza que no guarda relación con el entrenamiento. Peter respira junto a mí. Alain mantiene una mano en el casco y la otra extendida, buscando a tientas la herramienta perdida.

—¿Están enteros? —pregunto.

—«Enteros» es una palabra optimista —responde Alain.

Peter recupera el motor y lo alza por encima del agua.

—Al menos no hemos perdido el motor.

—Ya es más de lo que esperaba —digo.

Nadie responde. El pantano tampoco.

Entonces me palpo el cinturón y encuentro la funda del cortador abierta y vacía. La herramienta para abrir la cerca se quedó en el fondo del pantano. Busco a ciegas entre barro y raíces. Nada.

—Perdí el cortador —digo en voz muy baja, hacia la radio.

Un silencio. Después la voz de Andrew, tensa.

—¿Solo el cortador?

Reviso. Peter conserva el motor de arrastre, atado al casco mediante la correa de seguridad. Alain tiene la cuerda, un visor y uno de los remos cortos. Las radios aguantan. El pantano solo se llevó el cortador, y es justo lo que más nos hace falta.

—Solo el cortador —confirmo—. ¿La cerca?

Imagino a Andrew con la mano suspendida sobre el teclado, buscando una solución que no dependa de una herramienta que ahora duerme bajo el agua.

—La abrirán a mano —dice al fin.

—¿Eso es una orden?

—Es una descripción de lo que va a pasar.

—Muy tranquilizador.

—Estoy trabajando en la parte tranquilizadora.

La radio guarda silencio. Después, vuelven la respiración de los tres, el agua alrededor y las luces rojas que nos esperan más adelante.

—La malla se puede abrir a mano, pero hará ruido. Perderán tiempo.

—Que se pierda. No hay otra.

Volteamos la canoa entre los tres, sin sacarla del agua, con movimientos largos y mudos. No podemos subir: el casco hace demasiado bulto sobre la superficie y ya estamos cerca. La dejamos amarrada a un tocón, medio sumergida, y seguimos a pie. Peter desengancha el motor y lo carga; un motor de arrastre que funciona vale demasiado como para abandonarlo, y no pienso dejar una segunda pieza de equipo en este pantano.

El agua nos llega al pecho. Después a la cintura. El fondo se vuelve más firme bajo las botas y la vegetación se abre. Adelante, a través de la lluvia y de los visores teñidos de verde, aparecen las dos luces rojas que llevo media hora viendo en una pantalla y que ahora tengo delante, reales: las dos torretas del suroeste, parpadeando en su intervalo indiferente, a cuarenta metros una de la otra.

Entre ellas, el corredor. Veinte metros de agua abierta sin una sola cámara que los mire. Y al fondo, recortada contra el resplandor de la planta, la cerca de mantenimiento que tengo que abrir con las manos porque el pantano se quedó con mi herramienta.

Me detengo en el borde, con el agua a la cintura y las dos luces rojas latiendo a los costados. Peter a mi izquierda. Alain detrás. Nadie habla.

—Entre las dos torretas no puedo ayudarlos —dice Andrew en el oído—. En ese tramo están solos.

—Lo sé.

Doy el primer paso dentro del corredor.

El barro cede bajo mi bota y el agua me sube hasta la cintura. A la izquierda, Peter avanza con el motor sujeto contra el pecho. Alain cierra la formación, atento a los juncos y a cualquier reflejo que no pertenezca a la lluvia.

Las dos luces rojas siguen parpadeando. No parecen ojos, pero mi cabeza insiste en tratarlas como si lo fueran.

Andrew vuelve a hablar por el auricular.

—Ahora.

Avanzamos los tres por los veinte metros de oscuridad.

A mi derecha, la torreta gira. No hacia mí: hacia el agua abierta, hacia algo que se mueve más allá. Se detiene. Vuelve a su ángulo. Pero durante ese segundo he visto lo rápido que reacciona.

10

EL FALSO OBJETIVO

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 7:55 p. m.

Los veinte metros de exposición son los más largos de la noche.

Ya estoy dentro del corredor. Peter entra detrás de mí; Alain cierra y, a partir de aquí, el pantano deja de ser un sitio y pasa a ser una cuenta. Cada pisada hunde el pie en el barro con un sonido sordo que la lluvia se traga por arriba y a mí me llega amplificado por los huesos.

Andrew dijo que las cámaras no cubren este hueco. Le creo. Pero creer y saber son cosas distintas cuando noto las ametralladoras a ambos lados como una presión física, algo que pesa sobre la piel antes de que la cabeza termine de calcular la distancia.

No necesito mirar a Peter para saber que está contando los mismos segundos que yo. Alain, detrás, respira por la nariz con una calma que me irrita un poco.

Avanzo sin levantar los brazos del agua. Yo delante, Peter a mi izquierda medio cuerpo atrás, Alain cerrando. Ninguno de los tres abre la boca.

Entonces siento algo en la mano derecha.

La mano derecha me tiembla desde Chernóbil; sé disimularlo. Esta vez no es solo eso: algo me roza los dedos bajo el agua, un

movimiento pequeño y rápido que no es corriente ni vegetación, y el gesto se me escapa antes de que la cabeza pueda frenarlo. Por medio segundo siento el borde de lo otro, lo que nunca consigo nombrar a tiempo. Se va tan rápido como vino. Sacudo la mano. Un movimiento mínimo. Y en el mismo instante veo que la ametralladora de la torreta izquierda se gira hacia nosotros.

—Quietos —digo.

Nos hundimos los tres a la vez. El agua me tapa hasta la nariz, la boca cerrada, los ojos apenas por encima de la superficie. El barro me succiona los pies hacia abajo. Escucho más que veo cómo la segunda torreta también gira, y las dos ametralladoras apuntan al mismo punto del corredor donde estábamos de pie hace tres segundos.

Luego, los láseres. Dos puntos rojos que se desplazan sobre el agua con una velocidad que no tiene nada de mecánica: la de un sistema diseñado para no perder tiempo entre la detección y el disparo. Uno pasa a veinte centímetros de mi cabeza. Lo veo moverse sobre la superficie, buscando, y entorno los ojos todo lo posible para que los reflejos en las córneas no le den al sistema un punto que reconocer.

No me muevo. El láser pasa sobre mí y sigue.

Diez segundos. Quince. Siento el agua fría contra la cara, la lluvia sobre los ojos, la necesidad de respirar acumulándose en el pecho como una presión física.

No es uno de nosotros. Algo pesado roza el fondo y empuja la vegetación desde abajo. Los dos láseres giran hacia el ruido al mismo tiempo. Las ametralladoras los siguen.

El tronco contra el que hemos volcado se ha soltado del recodo y deriva hacia nosotros, empujado por la corriente. Sale a la superficie a unos ocho metros, cubierto de algas y raíces. Los láseres lo iluminan. Las cámaras lo procesan. Las ametralladoras vuelven a su posición de reposo: para el sistema, es un fragmento de vegetación arrastrado por el agua.

El tronco sigue hacia el este, golpeando suavemente los juncos. Espero hasta que el ruido se aleje. El cortador se ha quedado atrás, junto a la canoa, y ya no podemos recuperarlo.

—Vamos —digo en voz muy baja.

Los últimos metros los cubrimos casi arrastrados, pegados al suelo, con el agua reduciéndose hasta quedar en un charco poco profundo donde el barro es más firme. La cerca de mantenimiento aparece a cinco metros. Baja, malla simple. Sin cortador, la única herramienta que tenemos para abrirla son las manos.

Peter la estudia. Localiza un punto en la parte inferior donde la malla está menos tensa, anclada a un poste con más holgura que los demás. Mete los dedos, apoya un pie contra el poste y tira. El metal cede con un chirrido corto que suena enorme en el silencio del pantano.

Nos detenemos. Esperamos cinco segundos. Nada.

Peter tira otra vez. La malla se separa lo justo para que pase una persona agachada. Voy primero. Luego Alain. Después Peter pasa el motor por el hueco, lo esconde junto al poste para la salida y suelta la malla despacio, para que no golpee al rebotar.

Estamos dentro.

—Andrew —digo al auricular en cuanto la malla deja de moverse —. Estamos dentro del perímetro.

—Los veo en las cámaras internas —responde—. Desde que empezaron la aproximación por el corredor, reemplacé la señal en vivo del sector sur por un bucle grabado dos minutos antes. En los monitores de los Centinelas se ve lluvia y pantano. Pueden moverse sin que el sistema de video los detecte.

El barro pesa más de lo que parece. Llevamos tres minutos dentro y ya siento las piernas como si alguien les hubiera colgado peso. Antes de seguir, nos quitamos los neoprenos al pie de la cerca. La ropa seca sale de las bolsas con olor a plástico y, en dos minutos, los trajes quedan enrollados bajo los juncos, junto al motor, para la salida.

La lluvia empapa la ropa seca antes de que demos veinte pasos. Alain camina a mi derecha. Peter va delante, con la vista moviéndose en arcos cortos de izquierda a derecha, sin quedarse en ningún punto más de dos segundos.

La planta de noche es otra cosa. Desde fuera parecía una ciudad industrial; desde dentro se convierte en un laberinto de metal y

sombras. Las tuberías se cruzan sobre nuestras cabezas y los tanques se pierden en la oscuridad. Todo sigue funcionando, indiferente a nosotros y al peligro que crece en el sector norte.

El ruido nos ayuda: cubre nuestros pasos. También nos impide oír lo que no queremos perdernos.

Peter me toca el hombro para llamar mi atención. Tiene barro en la ceja y una gota de agua colgando de la punta de la nariz. Durante un segundo parece a punto de sonreír.

—Andrew —digo en voz muy baja.

—Los escucho —responde desde el tráiler—. La patrulla que pasó por el sector de entrada hace cuatro minutos va hacia el norte. Tienen una ventana de ocho minutos antes de que vuelva.

—¿Vance localizado?

—Sector central. Hay un edificio de control justo en el cruce de las tuberías principales. Calor corporal de varios hombres. Lo más probable es que esté ahí.

—¿Y el sector norte?

Una pausa breve.

—Las lecturas siguen subiendo. Despacio, pero suben.

No digo nada más. Empezamos a movernos.

Peter levanta el puño y nos detenemos los tres. Señala con dos dedos hacia la derecha. Me asomo despacio por detrás de una tubería y veo lo que él vio: dos Centinelas en el extremo del pasillo, a unos cuarenta metros. Uno apoya la espalda contra un tanque, con el rifle cruzado sobre el pecho. El otro mira hacia el pantano, de espaldas a nosotros.

Los observo unos segundos. El primero bosteza. El segundo cambia el peso de un pie al otro, con el cuerpo, no con la alerta. No están vigilando. Están esperando que pase el turno.

—No son soldados —le digo a Peter en voz muy baja.

—No —confirma.

Esperamos. Treinta segundos. Los dos Centinelas giran y siguen su ronda hacia el sector oeste, alejándose.

Seguimos.

Andrew nos guía por el auricular con instrucciones cortas: izquierda en la siguiente tubería, parar, esperar, adelante. Es como

moverse por un tablero que él ve y nosotros no. Cada vez que da una orden, obedecemos sin preguntar. No hay tiempo para preguntas.

Andrew vuelve a decir «izquierda» y me descubro obedeciendo antes de procesar la orden. Peter alza dos dedos. Alain responde con uno. No sé qué significa; por la forma en que se miran, ellos sí.

Llevamos seis minutos dentro cuando llegamos al primer problema real.

11

HIDRÓGENO NEGRO

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:00 p. m.

—Hay un sensor de presión en el suelo —dice Andrew—. Lo acabo de ver en el sistema de la planta. No es de los Centinelas, es de la infraestructura original. Detecta vibraciones. Si pisan encima o muy cerca, puede enviar una alerta al sistema central.

—¿Dónde está?

—A tres metros de donde están ahora. Justo en el centro del pasillo.

Me detengo. Miro el suelo. El pasillo está oscuro, con solo las luces de emergencia encendidas a intervalos. Veo la rejilla metálica, los pernos, las marcas de años de uso industrial. No veo el sensor.

—¿Puedes desactivarlo desde ahí? —pregunto.

—Lo intento.

Diez segundos de silencio.

—No puedo. Está en un subsistema aislado. Tendría que acceder en persona al panel de control del sector.

—¿Hay otra ruta?

—Sí. Una pasarela superior. Acceso por la escalera que tienen a la derecha, unos diez metros atrás.

Retrocedemos sin ruido. La escalera es metálica, estrecha, con peldaños enrejados. Subir por ella sin hacer ruido es casi imposible. Casi.

Peter sube primero. Pone el peso en los laterales de los peldaños, donde el metal está más sujeto y vibra menos. Alain lo sigue, copiando cada movimiento. Voy última, con una mano en el lateral de la escalera para repartir el peso.

Llegamos arriba. La pasarela está a cuatro metros sobre el suelo y permite ver la planta entera desde otro ángulo. Desde aquí, el laberinto tiene sentido: los tanques al oeste, las tuberías principales en el centro convergiendo hacia el edificio de control y, al norte, separado de todo lo demás por un espacio abierto, un edificio bajo y sin ventanas que no encaja con nada de lo que lo rodea.

—Ese es —digo.

—Sí —confirma Andrew.

Cruzamos la pasarela despacio. El metal resuena apenas con cada paso, pero el ruido de la maquinaria lo absorbe. Al otro lado bajamos por otra escalera hasta el nivel del suelo.

—Deténganse —dice Andrew de pronto.

Nos detenemos.

—Hay dos hombres en el cruce que tienen delante. No son patrulla. Están parados. Uno habla por radio.

Esperamos pegados a la tubería. El frío del metal se cuela a través de la ropa mojada. Alain cierra los ojos un segundo, los abre. Peter no se mueve.

La voz por radio llega amortiguada, incomprensible a esta distancia. Luego, silencio. Después, pasos alejándose.

—Ya se fueron —dice Andrew—. Son las ocho: el plazo de Vance acaba de vencer y no ha pasado nada. Tienen treinta segundos antes de que vuelvan por el cruce.

—Suficiente.

Cruzamos el pasillo, doblamos a la izquierda y seguimos hacia el norte.

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:05 p. m.

En la base, Freddy sostiene una taza de café que no ha bebido. Kessler ya ha llegado y lo escucha hablar de protocolos de coordinación interinstitucional. Kessler recita. No vacila una sola vez, no busca una palabra, no cambia el orden de una frase: lleva años diciendo esto mismo en salas distintas y ya no necesita estar presente para decirlo.

Freddy mira el café y calcula si todavía está lo bastante caliente para justificar que lo siga sosteniendo. Decide que sí. En una noche en la que una planta puede volar por los aires, aferrarse a una taza parece una forma modesta, pero legítima, de conservar el control.

Freddy lo reconoció nada más verlo entrar. Hace años trabajaron juntos y todo terminó mal; desde entonces arrastra una sospecha que nunca pudo probar ante ningún tribunal. Si el Anillo tiene un nombre dentro de la CIA, ese nombre acaba de sentarse en su carpa.

Kessler es un hombre de cincuenta años con cara de funcionario. Lleva el traje sin una arruga a pesar de haber viajado toda la tarde: la clase de detalle que solo le importa a alguien acostumbrado a que lo observen.

—La CIA tiene recursos de reconocimiento que el FBI no maneja —dice Kessler—. Sería una pena no aprovecharlos en una situación como esta.

—Aprecio el ofrecimiento —responde Freddy—. Por ahora la situación está contenida.

—¿Contenida? —Kessler mira los monitores con una expresión que no es sorpresa del todo—. Vance acortó el plazo. Eso no es contención, Tanaka. Es escalada.

—Por eso mismo cualquier movimiento precipitado empeoraría las cosas.

Son las ocho y cinco. El plazo que Vance acortó venció hace cinco minutos y no ha detonado nada. Kessler lo sabe igual que Freddy, y no lo nombra; Freddy tampoco: un hombre que deja pasar su propio

plazo no está escalando. Está esperando algo, y lo que espera no viene de esta carpa.

Kessler tarda en mover la cabeza. Escucha, pero no atiende a lo que dicen, sino a lo que no dicen.

—Ese tráiler del flanco sur —dice sin cambiar el tono—. ¿Quién lo ocupa?

Freddy bebe un sorbo de café antes de responder.

—Soporte técnico. Análisis de los sistemas de la planta.

—¿Del FBI de Texas?

—Del FBI de Nueva York.

Kessler le sostiene la mirada. Luego sonríe.

—Claro. Del FBI de Nueva York.

En ese momento entra Bishop y se acerca a Freddy con un papel en la mano.

—Tanaka. Actualización del negociador.

Freddy deja la taza sobre la mesa y se excusa con Kessler. Bishop lo lleva dos metros más allá y habla en voz baja.

—El ayudante que trajo Kessler ya no está cerca del tráiler. Lo mandé a revisar el perímetro norte con dos de los míos. Va a estar ocupado un buen rato.

—Gracias, Bishop.

—No me las des todavía. —Bishop dobla el papel y se lo guarda —. Kessler va a seguir preguntando. Y en algún momento vas a tener que explicarme para qué sirve ese tráiler.

—Cuando esto termine —responde Freddy.

Bishop lo mira con cansancio.

—Eso dijiste hace una hora.

—La hora sigue siendo técnicamente correcta.

Bishop niega con la cabeza, pero la comisura de su boca se mueve. Es lo más parecido a una broma que se permiten desde que empezó el asedio.

—Te lo explicaré —dice Freddy—. Cuando esto termine.

Bishop lo mira y acepta la deuda que sabe que le van a pagar.

Freddy vuelve junto a Kessler. Mientras lo escucha, mira de reojo las pantallas satelitales. Tres figuras moviéndose entre las estructuras de la planta, pegadas a las tuberías, avanzando hacia el

norte. Si Kessler gira la cabeza en el momento equivocado, no necesitará más explicaciones.

Entonces una de las pantallas satelitales se apaga.

Freddy no ha dado ninguna orden. Busca con la vista quién estaba cerca del teclado y ve a Holt alejándose de él con naturalidad, como si nunca hubiera estado ahí. El agente que Bishop le asignó gira un momento y levanta una ceja hacia Freddy. Freddy le devuelve un gesto mínimo. Holt vuelve a mirar hacia otro lado.

Kessler no ha notado nada.

Sector norte, Terminal GNL Gulf Coast

Martes, 10 de octubre, 8:03 p. m. (dos minutos antes)

Llegamos al edificio norte.

Es más pequeño de lo que parecía desde la pasarela. Una estructura de metal sin ventanas, con una sola puerta en el frente cerrada con un sistema electrónico. En la esquina superior derecha, una placa discreta, casi invisible entre la suciedad industrial acumulada.

Me acerco. La leo.

DARPA. P-HM.

No digo nada. No hace falta.

—Andrew —digo al auricular.

—Lo veo en el satélite —responde—. Y, Ainara, las lecturas de temperatura acaban de subir otra décima. Son cuatro décimas por encima de la base en los últimos veinte minutos.

Miro la placa y después a Peter.

—Necesitamos entrar.

—La cerradura es electrónica —dice Andrew—. Es un nodo del sector aislado: conecta el enlace al panel y dame un minuto.

Saco el enlace de la bolsa estanca, lo conecto al puerto de servicio del panel y esperamos pegados a la pared del edificio, fuera del ángulo de las cámaras que Andrew ya mapeó. El frío sigue ahí,

instalado. Alain se frota las manos con discreción. Peter no se mueve.

Treinta segundos. Cuarenta.

Un clic suave. La puerta se entreabre un centímetro.

—Ya —dice Andrew.

La empujo despacio. El aire que sale es frío y denso, con un olor metálico que no reconozco del todo. Dentro está oscuro, salvo por las luces de los instrumentos: docenas de pantallas y medidores dispuestos en filas, todos activos, todos mostrando números que no sé leer, pero que Andrew sí. Al fondo, tras una mampara, una fila de cilindros de contención del alto de una persona, con escarcha en las juntas.

—Los veo en la sala —dice Andrew—. Vayan hacia los paneles de la derecha.

Lo hago. Un silencio largo.

—Es hidrógeno metálico en una fase experimental, metaestable. Solo permanece estable dentro de estos cilindros y con refrigeración constante.

—¿Y el nombre del proyecto?

—En los informes clasificados lo llaman hidrógeno negro. No necesita un detonador convencional: si la contención falla, la fase se rompe y libera de golpe la energía acumulada. No sería una bomba; sería una catástrofe térmica para toda la zona.

El silencio que sigue es distinto de todos los anteriores.

—¿Cuánto tiempo tenemos si la temperatura sigue subiendo al mismo ritmo? —pregunto.

—A este ritmo, menos de dos horas. Pero si algo acelera el proceso, mucho menos.

Miro los paneles. Después, a Peter y a Alain, y en las dos caras encuentro lo mismo que debo de tener yo en la mía.

Vance no sabe lo que tiene dentro de su planta. El Anillo sí. Y alguien está haciendo que la temperatura suba.

12

LA CUENTA ATRÁS

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas / Louisville, Kentucky

Martes, 10 de octubre, 8:05 p. m.

El edificio no tiene ventanas por una razón, y ahora que estoy dentro la entiendo: el hidrógeno metálico necesita estabilidad térmica absoluta. Por eso las paredes de metal tienen doce centímetros de espesor. Aquí dentro hace un frío que vuelve casi cálida la ropa empapada.

Andrew ya me ha dicho lo que importa: alguien modificó los parámetros de refrigeración cuatro horas antes de que los Centinelas tomaran la planta. No era el inicio de una detonación inmediata, sino un temporizador de contingencia. Si la extracción fracasaba o se alargaba demasiado, la temperatura seguiría subiendo hasta destruir el laboratorio y borrar cualquier rastro de sus patrocinadores.

—¿Podemos revertir las modificaciones desde aquí? —pregunto.

—No sin el código de acceso del sistema DARPA —responde Andrew—. Puedo ver los parámetros, pero no tocarlos. Están protegidos con una clave que no está en ninguna red que yo alcance.

—Entonces alguien tiene que entrar al modo manual.

—Sí. Pero no en este edificio. Es la sala de control principal, en el sector central. Donde está Vance.

Lo comprendo. Para estabilizar el sistema tengo que llegar a Vance, y para eso cruzar el sector central con sus Centinelas desplegados por la planta. Una cosa a la vez.

El auricular emite un chasquido.

—Andrew —digo al auricular—. ¿Me escuchas?

Louisville, Kentucky

Martes, 10 de octubre, 9:05 p. m., hora del Este

Junior lleva veinte minutos trabajando con el portátil abierto en el despacho que alquiló por horas en Story Louisville, unas oficinas compartidas en NuLu, con el teléfono a un lado y el rastro del dinero abriéndose delante de él capa por capa.

Ha seguido el dinero desde CMLN hasta tres capas de empresas intermediarias, cada una registrada en una jurisdicción distinta y diseñada para que la siguiente sea más difícil de rastrear que la anterior.

Es un trabajo paciente, metódico, de los que la mayoría de la gente abandona en la segunda capa porque exige tolerar la frustración de los callejones sin salida. Junior no lo abandona.

Tiene los ojos secos y el cuello rígido. En algún momento dejó de sentir hambre, y ahora el hambre vuelve como una molestia insistente. La aparta con una mano, como si pudiera apartar también todo lo demás.

En la pantalla no hay héroes ni villanos, solo nombres de empresas y cifras. Aun así, cada nombre le parece una puerta que alguien cerró con llave.

La cuarta capa lo lleva a una cuenta en las Islas Caimán vinculada a una sociedad instrumental llamada Triton Consolidated Services. El nombre no significa nada; el patrón de transferencias,

sí: cantidades medianas, frecuencia irregular, destinos repartidos entre varios países sin lógica geográfica.

Hasta que encuentra el hilo que los une. Todos los destinos finales están vinculados a contratos de seguridad privada. No a empresas convencionales: empresas sin página web, sin dirección verificable, con nombres que cambian cada dos o tres años. La misma estructura que los Limpiadores que allanó en Louisville hace un par de horas. El mismo molde, la misma forma de cobrar sin dejar rastro.

Busca el nombre más reciente. Y ahí está, conectado a la cuenta de Triton por una transferencia de hace dos semanas: Harbinger Solutions. El nuevo nombre de los Limpiadores. La razón social con la que cobran cuando el trabajo es de gran magnitud.

En la última búsqueda encuentra el resto. Harbinger fue contratada dos semanas antes del asedio. El contrato no especifica el servicio, pero sí el tamaño del grupo: dieciséis operativos. Y el método de llegada: marítimo.

Junior toma el teléfono. Andrew acaba de pasarle la llamada por la frecuencia común.

Edificio norte, Terminal GNL Gulf Coast
Martes, 10 de octubre, 8:05 p. m.

—Ainara, te paso una llamada de Junior desde Louisville —dice Andrew.

—Te escucho —respondo.

—Encontré el siguiente nivel de CMLN —dice Junior. Su voz tiene la tensión de quien acaba de entender algo que no quería entender —. El dinero no termina en los Centinelas. Ellos son solo la primera transferencia. Hay una segunda contratación, paralela. ¿Te acuerdas del edificio vacío de Louisville? Es el mismo grupo. Ahora cobran como Harbinger Solutions. Dieciséis operativos. Contrato firmado dos semanas antes del asedio. Llegada por mar.

—¿Cuándo llegan?

—No lo sé con certeza. Pero el contrato se activa cuando el asedio supere las doce horas. Llevamos más de veinte.

Miro a Peter. Él ya me mira.

—¿Cuál es su misión? —pregunto.

—El contrato no lo dice de forma directa. Solo indica que son profesionales, que llegan por mar y que se activan cuando el asedio supera las doce horas. Pero la estructura del encargo es clara: el plan principal era extraer una muestra limpia aprovechando el caos de Vance. La alteración de la refrigeración era el protocolo de tierra quemada: si la extracción fracasaba o se alargaba demasiado, el sistema destruiría el laboratorio y no dejaría pruebas.

Tiene sentido, y por eso me inquieta: si vienen a limpiar, vienen cuando ya no haga falta nadie aquí dentro. ¿Cuándo es eso? Todavía no lo sé.

—Junior. Necesito saber si tienen información sobre el edificio DARPA. Si el Anillo los contrató para esto, puede que también les diera el código de acceso al sistema de refrigeración.

—Dame veinte minutos —responde Junior desde Louisville.

—Tienes lo que yo tarde en cruzar esta planta.

Cuelgo. Reviso los cilindros y después los paneles. La temperatura sigue subiendo despacio, una décima cada varios minutos, con la paciencia de un proceso que no necesita apresurarse porque el resultado ya está calculado.

Hay algo aquí que todavía no veo del todo. Dos grupos pagados por la misma mano para la misma planta, el segundo llegando cuando el primero ya hizo el ruido. No sé qué significa. Solo sé que el ruido de Vance le vino muy bien a alguien, y que ese alguien no ha terminado.

—Andrew —digo—. Necesito que monitorees el sector marítimo. Puerto y costa sur. Si hay algo moviéndose en el agua que no sea fauna, quiero saberlo.

—Ya lo tengo en pantalla. Por ahora solo hay lectura térmica de fauna. Pero, Ainara, si vienen en botes que navegan casi bajo el agua, la firma térmica puede ser mínima. Puede que no los detecte hasta que estén muy cerca.

—¿Cuánto es muy cerca?

—Doscientos metros de la costa.

Doscientos metros. A esa distancia, con el equipo adecuado, dieciséis operativos están en tierra en menos de tres minutos.

—Peter —digo.

—Lo escuché todo —responde desde la puerta.

—Necesitamos a Vance antes de que lleguen ellos.

Peter baja la cabeza una vez.

Alain se ajusta la correa del arma y mira hacia el corredor.

—Si salimos de esta —murmura—, quiero una misión en un lugar seco.

Salimos del edificio. La puerta se cierra a nuestra espalda con el mismo clic suave con el que se abrió. Afuera, la planta sigue zumbando, indiferente, procesando energía para una ciudad que no sabe lo que pasa a dos kilómetros de sus calles.

Nos movemos pegados a las tuberías del corredor sur. Andrew nos guía con instrucciones breves: derecha en el siguiente cruce, parar, esperar. Llevamos treinta metros cuando Peter levanta el puño.

Nos detenemos.

Dos voces al otro lado de la tubería más cercana. Las escucho antes de ver a quiénes pertenecen.

—Frank. ¿Qué demonios haces aquí?

—Nada. Tomando aire.

—Estás fumando junto a un tubo de gas presurizado. Si el comandante te ve, te mete preso.

—¿El comandante? —Una pausa. El sonido de alguien expulsando humo—. El comandante puede irse a la mierda. Llevamos veinte horas aquí parados. Ni siquiera sé por qué.

—Porque nos pagan para estar.

—¿Cuándo? Porque yo todavía no vi un centavo.

Alain me mira. Mueve la cabeza hacia los dos hombres con una expresión que dice lo mismo que pienso: no son soldados. Son empleados. Y empleados descontentos.

—Si obedeces, recibirás lo acordado —dice la otra voz—. Meses de entrenamiento, con techo y comida. No lo eches a perder ahora.

—Mientras llegue lo prometido —responde Frank—. Porque si no llega, te juro que me voy a pie.

Pasos alejándose. Luego, silencio.

Esperamos diez segundos. Peter se asoma despacio y nos hace una señal.

Seguimos.

—¿Escuchaste? —me dice Alain en voz muy baja cuando retomamos el avance.

—A ese le deben la paga. Y si se la deben a uno, se la deben a todos. Vance tiene un círculo de confianza y, detrás, una plantilla que cobra tarde.

—Lo que significa —dice Peter con los ojos puestos en el corredor— que cuando Harbinger llegue, la mitad de esos hombres puede no querer morir por una causa que nunca fue suya.

Es una información que vale. La guardo.

—Andrew. Guíanos hasta Vance.

—Ya los tengo en el satélite —responde—. Y, Ainara, Junior acaba de mandarme dos cosas. Una: el barco que fletó Harbinger figura en el registro portuario con el transpondedor apagado desde hace seis horas, y la Guardia Costera lo tiene fondeado a cuatro kilómetros de la costa. Inmóvil. Dos: en el contrato hay una partida para «acceso técnico al sector norte». Alguien de dentro va a abrirles la puerta.

—Están esperando la señal.

—Eso parece.

Cuatro kilómetros. Con el equipo adecuado, treinta minutos de travesía. Menos si aceleran.

Seguimos entre las tuberías, pegados a las sombras, hacia el centro de la planta donde Vance cree que está ganando.

13

EL HOMBRE SIN INSIGNIA

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:20 p. m.

El sector central huele diferente al resto de la planta. Más a metal caliente que a gas. Las tuberías aquí son más gruesas y están más juntas, y entre ellas hay pasillos de apenas un metro de ancho que obligan a avanzar de lado. Las luces de emergencia son más densas, lo que significa más sombra entre ellas, no menos. Avanzamos despacio, apoyando toda la planta de los pies para no hacer ruido sobre la rejilla del suelo.

El sistema interno devuelve tres señales de presencia dentro del edificio: dos en la planta baja y una en el nivel superior.

—Andrew, ¿puedes ubicar a Vance?

—La lectura térmica no distingue individuos. Solo confirma presencia y temperatura; para saber quién es quién, necesitamos las cámaras internas.

—¿Hay centinelas en el exterior?

—Uno. Puerta principal, lado norte. Está parado, no se mueve.

Un solo guardia en la puerta. Para un hombre que tomó una planta industrial con una fuerza que el FBI calcula en treinta milicianos, eso es confianza o descuido. Con Vance, puede que las dos cosas.

Le hago una seña a Peter, que dobla hacia la izquierda para rodear el edificio por el flanco. Alain se queda pegado a la tubería más próxima, con la vista puesta en el guardia. Sigo recto, hacia la pared lateral del edificio de control, donde hay una ventana angosta a dos metros del suelo.

Me subo a una válvula, luego a una tubería horizontal. El metal apenas cede bajo mi peso, pero no hace ruido. Me elevo hasta la altura de la ventana y miro dentro.

Dos hombres en la planta baja.

Uno es Vance. Está de pie junto a una mesa con planos desplegados, sin insignias ni los parches que llevan sus hombres. Lo he visto tantas veces en las imágenes de la base que reconozco su cara antes de que se vuelva.

El otro hombre lleva pantalón oscuro, chaqueta ligera y botas que no son de combate. Está sentado en una silla giratoria frente a una consola. Mientras Vance permanece de pie, él se permite inclinarse hacia atrás. No parece preocupado por la discusión ni por el hombre armado que tiene delante.

Están discutiendo.

No oigo las palabras. Vance señala los planos y después el perímetro. El otro niega con la cabeza, sin levantarse. Vance insiste, esta vez golpeando la mesa con un dedo. El hombre levanta una mano para detenerlo y le señala la silla vacía. Vance no se sienta, pero deja de señalar hacia fuera.

No sé qué le ha dicho. Sí veo que Vance acaba de ceder. Si el de la chaqueta puede frenarlo sin siquiera ponerse de pie, quizá sea a él a quien debamos apartar antes de intentar hablar.

Vance se queda quieto un momento. Luego rodea la mesa y se coloca frente a la ventana.

Me bajo de la tubería en silencio y me pego a la pared.

Alain se acerca lo justo para ofrecerme un hombro al bajar. Lo acepto; el pie derecho tarda en responder después de tanto barro.

—¿Bien? —murmura.

Retiro la mano. Él vuelve a su posición sin insistir.

—Andrew —digo muy bajo—. Hay un hombre de civil con Vance. ¿Lo viste entrar?

—No. No tengo cómo identificarlo con las imágenes que recibo.

Apoyo los dedos en la pared. La mano derecha empieza a temblar; la mantengo allí hasta que se calma. Alain, desde la tubería, me mira y señala al guardia: sigue en su puesto.

—Parece tener autoridad sobre Vance —digo—. Necesito que nos avises si alguien más se acerca al edificio.

—Estoy pendiente. ¿Van a entrar?

—Todavía no.

El hombre de civil podría ser el contacto de sus patrocinadores. Es una sospecha, y no puedo presentársela a Vance como una prueba. Antes de arriesgar una conversación necesito saber qué hace aquí. Y, si está vigilándolo, conseguir que deje de hacerlo unos minutos.

Peter aparece a mi lado sin hacer ruido.

—¿Qué viste? —pregunta en voz muy baja.

—Vance discute con un hombre de civil. Creo que es su contacto con el Anillo.

—¿Qué quiere hacer Vance?

—Parece querer moverse hacia el perímetro. El otro lo frena. No alcanzo a oír de qué hablan.

Peter mira hacia la puerta norte, donde está el guardia.

—¿Entramos?

—Si ese hombre habla por sus patrocinadores, no nos va a dejar decir mucho. Necesito hablar con Vance a solas, antes de que alguien le ordene dispararnos.

—¿Qué necesitas?

—Que el hombre salga solo.

Peter mira la ventana y luego a Alain. Le indica que esté preparado para seguir al hombre. Alain mantiene la atención en el guardia; si este se vuelve hacia nosotros, toda la conversación pendiente con Vance durará lo que tardemos en correr.

—¿Y si no sale? —pregunta Peter.

—Entraremos igual.

No le gusta. A mí tampoco. Me acomodo contra la pared y escucho el roce de la ropa de Alain al alejarse.

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:25 p. m.

En la base, Freddy escucha al gobernador de Texas por el teléfono de Smith sin interrumpir ni una sola vez. La conversación no va a ninguna parte, y él ya lo ha calculado, pero hay llamadas que no se acortan: se aguantan hasta el final.

—Entiendo su posición, gobernador —dice Smith—. El FBI está gestionando la situación con todos los recursos disponibles. Le aseguro que cualquier acción precipitada aumentaría el riesgo para los civiles en la zona de exclusión.

Freddy mira los monitores mientras escucha. En una pantalla, el mapa satelital muestra tres puntos de calor que se desplazan despacio por el sector central de la planta: Ainara, Peter y Alain. En otra, la lectura térmica de la costa sur sigue mostrando solo fauna. Por ahora.

Kessler está al otro lado de la carpa, hablando con uno de los agentes de Texas de una manera en la que ninguno de los dos parece estar dando nada. Freddy lo ha observado desde que llegó. Kessler no hace preguntas directas: hace comentarios que invitan a respuestas. Es una técnica eficaz para quien no la conoce.

Bishop sí la conoce. Ha colocado a uno de sus hombres junto a Kessler con la instrucción de responder solo lo que ya es público.

—La presión política va a aumentar en los próximos treinta minutos —le dice Bishop a Freddy cuando Smith termina la llamada —. El gobernador quiere un punto de situación cada quince minutos. Y hay dos cadenas de televisión con helicópteros ya en el aire.

—Los helicópteros son un problema —dice Freddy.

—Ya los gestiono. Espacio aéreo restringido. Pero si uno de esos pilotos decide que la multa vale la pena por las imágenes, no hay mucho que pueda hacer.

—Necesito veinte minutos más.

Bishop lo mira.

—Llevas pidiendo veinte minutos más desde que llegaste.

—Esta vez es la última.

Bishop no responde. Va hacia su radio y empieza a hablar en voz baja. Freddy vuelve a los monitores. Los tres puntos de calor del sector central se han detenido. Ainara está quieta junto al edificio de control. Esperando algo.

Bishop vuelve de la radio y le coloca un vaso de agua junto a la mano.

—Bebe algo que no sea café.

Freddy lo toma. Al primer trago descubre lo seca que tiene la boca.

—¿También vas a pedir un informe sobre esto?

—Solo si no te lo acabas.

Bishop se aleja. Freddy conserva el vaso en la mano y busca de nuevo los tres puntos en la pantalla.

Edificio de control, Terminal GNL Gulf Coast
Martes, 10 de octubre, 8:32 p. m.

Desde la pared no puedo seguir viendo la mesa. Cada vez que oigo pasos dentro espero que se acerquen a la puerta lateral, pero vuelven a alejarse. No hay garantía de que el hombre salga. Si se queda con Vance, tendremos que entrar con él ahí.

Han pasado doce minutos desde que llegamos al edificio. Reparto el peso entre los pies para aliviar el dolor en las rodillas. Alain sigue atento al guardia de la entrada principal. Peter aguarda junto a mí, lo bastante cerca para notar cómo levanto la mano cuando por fin se mueve el picaporte.

La puerta lateral se abre.

El hombre sale solo, con la vista fija en algo que sostiene a la altura del pecho. Camina hacia el sector de carga sin mirar a los lados. Alain lo sigue en silencio, a diez metros, hasta que dobla detrás de un tanque y desaparece de mi ángulo de visión.

—Está usando un teléfono satelital —me informa Alain por el auricular—. Salió para hacer la llamada.

Dos minutos después, Alain vuelve y se reúne con nosotros junto a la puerta lateral.

Le miro las manos antes de escuchar el informe. Están sucias, pero no veo sangre. Tiene la respiración acelerada y se toma un segundo para recuperar el aire. La facilidad con que vuelve no cuenta lo que ha pasado detrás del tanque.

—Atado y sin sentido en el sector de carga —dice.

Ahora sí tenemos algo que preguntarle a Vance: por qué su acompañante necesita alejarse para hablar. Alain ha vuelto a mi lado y espera una indicación. Le señalo la puerta lateral; Peter ya está acercándose a ella.

—Andrew. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que alguien lo busque?

—La patrulla más cercana pasa por ese sector en nueve minutos.

Nueve minutos. Busco a Peter. Después, la puerta lateral.

—Vamos.

14

NO ERA DE LOS SUYOS

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:35 p. m.

La puerta lateral cede sin llave. Entramos y la dejo entornada para Alain. Después del pantano, de la cerca y de las torretas, esa facilidad me inquieta. Vance ha puesto a sus hombres a vigilar el perímetro; confío en que todavía mire hacia allí.

La planta baja es una sala rectangular con planos desplegados sobre una mesa central. Las pantallas y las luces de emergencia permiten distinguir las figuras, pero dejan en sombra el rincón junto a la puerta. Nos detenemos allí.

Vance está de espaldas a nosotros, inclinado sobre la mesa, con una radio en la mano. Es el mismo hombre que vi hace minutos por la ventana, ahora a media docena de pasos en vez de al otro lado del cristal.

Hay un Centinela en la esquina derecha, de pie, con el rifle cruzado al pecho y la vista en la pared de consolas. Aburrido. Desde la ventana no lo vi; habrá bajado del nivel superior. Y junto a la escalera que sube al nivel superior, un segundo hombre. Mismo equipo táctico que los Centinelas, pero sin el parche en el hombro. Sin insignia de ningún tipo.

No es el hombre que Alain neutralizó. Es otro.

Me detengo. Peter también. Nos pegamos a la pared junto a la puerta, en el ángulo muerto del Centinela, y observamos. Alain se queda fuera, cubriendo la puerta lateral y vigilando el corredor por si aparece alguien más.

—Andrew —digo en voz mínima, con los labios apenas moviéndose—. Hay un segundo hombre sin insignias en el edificio de control. Nivel inferior, junto a la escalera. No estaba en el mapa térmico.

Una pausa breve.

—Debió entrar hace menos de cinco minutos. El satélite tenía un intervalo de actualización.

Encajo las piezas. El hombre que Alain neutralizó salió del edificio para hacer una llamada. El otro entró mientras tanto. Un relevo.

Vance habla por radio, inclinado sobre los planos. El segundo hombre lo observa desde la escalera. Mira la hora dos veces y luego la puerta por la que acabamos de entrar. Me quedo inmóvil. Cuando vuelve la vista hacia Vance, aparta el brazo derecho del cuerpo.

Lo veo mover la mano derecha.

La mano va bajo la chaqueta. Podría estar buscando cualquier cosa. Pero mantiene los ojos en Vance y se coloca detrás de él, mientras el Centinela de la esquina sigue pendiente de las consolas.

Veo asomar la empuñadura.

Quisiera disponer de un segundo más para estar segura. La mano sale de la chaqueta con el arma y ya no lo tengo.

Vance sigue de espaldas. Si le grito, quizá se vuelva justo cuando el otro dispare.

No pienso. Si pienso, llego tarde.

Salgo de detrás de la pared. Levanto el arma. Disparo una vez.

El sonido en el espacio cerrado es físico, no solo auditivo. Se siente en el pecho, en los dientes. El segundo hombre cae hacia la izquierda antes de que el eco termine.

Vance se tira al suelo por reflejo puro, arrastrando los planos con él; el cuerpo le responde al entrenamiento antes de que el cerebro procese qué pasó.

El Centinela de la esquina gira con el rifle, pero Peter ya está en movimiento: cruza la sala en tres pasos, tiene una mano en el cañón

y la otra en la muñeca del Centinela, y en dos movimientos que duran menos de un segundo lo deja contra la pared, sin el arma y con el brazo girado en un ángulo que le corta el grito antes de que empiece.

El eco tarda en apagarse. Me zumba el oído y durante un instante no sé si Andrew está hablando o si el ruido viene de dentro de mi cabeza. Nadie entra por la puerta principal: con el retumbar de la maquinaria, desde fuera ha podido sonar a cualquier golpe de metal.

Tres segundos.

Luego, el sonido de los pies de Vance sobre el suelo metálico. Se arrastra hacia la consola más próxima con una agilidad que no corresponde a alguien que acaba de recibir un impacto de sonido a un metro. Se cubre detrás de la consola. Saca el arma. Apunta hacia la oscuridad junto a la puerta lateral, donde vio el destello del disparo.

Sus ojos buscan el objetivo. No lo encuentran.

Estoy pegada a la pared, fuera de su línea de visión. Oigo su respiración al otro lado de la consola. La mía me parece demasiado fuerte; intento acompasarla mientras espero que hable.

—¿Quién está ahí?

Abro la boca, pero todavía no sé qué decirle para que no dispare. He venido a convencerlo de que lo están usando y lo primero que ha visto de mí es un fogonazo. Peter me busca con la mirada. Le indico que mantenga quieto al Centinela.

—He visto dónde disparaste —dice Vance—. Sé que estás junto a la puerta lateral. Tienes tres segundos antes de que grite y entren mis hombres.

Sigo en silencio.

El Centinela que Peter tiene inmovilizado contra la pared intenta moverse. Peter aumenta la presión en el brazo girado. El Centinela emite un sonido suave, cortado, y se queda quieto.

Vance también lo ha oído.

—Hay alguien más contigo —dice. No es una pregunta.

—Sí —respondo.

Por el auricular, Alain susurra que el corredor sigue despejado. No respondo para no indicarle a Vance dónde está. Me basta oírlo: si alguien se acerca por detrás, nos avisará. Peter no puede soltar al Centinela y yo no puedo vigilar dos puertas mientras hablo con un hombre que me apunta.

Vance tarda un instante en responder. Desde detrás de la consola llega un roce: se ha movido. Aprieto la espalda contra la pared.

—¿Cuántos?

—Los suficientes para haber llegado hasta aquí sin que nadie se diera cuenta.

No le doy un número. Si cree que hay más de nosotros fuera, quizá lo piense antes de llamar a los suyos. El Centinela vuelve la cara hacia la puerta; tampoco él sabe cuántos hemos entrado.

—El hombre al que disparaste —dice Vance despacio— era de los míos. Antes de tocarlo, deja el arma en el suelo. Quiero verla lejos de tu mano.

Empujo el arma con el pie hasta dejarla junto a la pared. Mantengo las manos visibles.

—Iba a dispararte a ti —respondo—. Y no era de los tuyos. El hombre de civil que estaba contigo salió a llamar por un satelital. Uno de los míos lo siguió y lo dejó atado en el sector de carga. Revisa a este; puede que lleve otro en el bolsillo. Luego dime si tus hombres usan esos aparatos.

Vance no contesta. Espero sin moverme, con las manos a la vista y el hombro cada vez más rígido.

—No voy a disparar —digo cuando lo oigo acercarse al caído. Se agacha junto al cuerpo, todavía pendiente de nuestro rincón, y busca en la chaqueta con la mano libre.

Diez segundos.

—Ninguno de mis hombres lleva un satelital. —La voz de Vance llega baja, más para él que para mí—. Nunca autoricé ninguno dentro del perímetro.

Levanta el teléfono hacia la luz de una pantalla. No intento llenar la pausa. Él también ha visto salir al primer hombre; ahora tiene un segundo aparato delante.

—Pudiste ponerlo tú al entrar —dice Vance—. Un teléfono no demuestra quién lo llevaba.

—Por eso te he dicho que compruebes el registro y preguntes a tus hombres por esos aparatos. No necesito que me creas.

—¿Qué quieres?

—Andrew —digo por el auricular, demasiado bajo para que Vance lo escuche—. ¿Patrullas?

—La más cercana acaba de desviarse hacia el muelle —responde —. Tienen margen. Pero el disparo puede haberlos alertado.

Cinco minutos. Puede que sea suficiente.

Me cuesta apartarme del arma. La mano se ha acostumbrado a sostenerla y tarda en obedecer, aunque ahora esté en el suelo, fuera de mi alcance.

—Cinco minutos —le digo a Vance—. Sin armas y sin llamar a tus hombres. Es todo lo que te pido ahora mismo.

Una pausa.

—¿Y qué me das tú a cambio?

—La verdad. Sobre quién te puso aquí y para qué.

—La verdad. Todos me ofrecen algo esta noche. El negociador, comprensión. Mis contactos, refuerzos. —Deja el teléfono junto a la consola—. Tú entras disparando y quieres que te crea. O eres muy tonta o sabes algo que necesito oír.

—No soy tonta.

—No —dice—. No lo pareces.

La duda que Luna dijo que plantara ya está plantada. No la empujo. Un empujón aquí la cerraría.

El arma de Vance rasca el suelo metálico. Metal sobre metal en un espacio cerrado. No sé si la está bajando o reposicionando; no puedo verlo desde aquí y no voy a asomarme para comprobarlo.

Espero a que vuelva a hablar. Detrás de mí, en la puerta, Alain cambia de posición; reconozco su silueta sin volver la cabeza.

—Sal donde pueda verte.

—Primero enciende la luz —respondo.

Un clic. Los fluorescentes del techo se encienden, blancos y duros. Alain entra por la puerta lateral sin hacer ruido y ocupa el

ángulo de la escalera, cubriendo el acceso y vigilando al hombre caído. Peter mantiene al Centinela contra la pared.

Salgo de detrás de la pared.

Vance está junto a la consola. Conserva el arma en la mano, apuntando al suelo. Mira mi ropa llena de barro, después a Peter y al Centinela. Cuando repara en Alain, este ya está cubriendo la escalera. Vance vuelve a mirarme.

Sus ojos se detienen en mi cara un momento más de lo necesario.

—Así que existes —dice—. Toda la noche mirando al perímetro, y resulta que ya estabas dentro.

—Existo —respondo—. Y desde hace veinte horas los dos vivimos dentro del plazo de otro.

15

NO TIENES QUE CONFIAR EN MÍ

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:40 p. m.

Con las luces encendidas, el arma de Vance parece demasiado cerca de su mano. Me obligo a mirarlo a él. Ha oído lo del satelital y ha aceptado verme; de momento es todo lo que tengo. Siento una gota fría bajar desde el pelo hasta el cuello, pero no levanto la mano para secarme. Todavía podría malinterpretar un movimiento.

El teléfono sigue sobre la consola. Vance lo aparta unos centímetros para dejar sitio a su arma. No vuelve a tocarlo.

Apoya el arma sobre la consola. No la suelta del todo; la deja al alcance de la mano. Es lo máximo que voy a conseguir de él por ahora, y lo acepto. No voy a pedirle que confíe en mí. Voy a darle razones para que no le quede otra opción.

Me acerco dos pasos. Lo justo para que pueda verme bien, no tanto como para que lo perciba como una amenaza. Peter permanece junto al Centinela. Alain vigila la escalera y la puerta lateral con esa quietud suya que parece descanso y es todo lo contrario.

El Centinela se queja. Vance gira hacia él.

—¿Le rompiste el brazo?

—No —responde Peter—. Pero necesito que deje de intentar golpearme.

—Quieto, muchacho —ordena Vance.

El hombre obedece. Vance espera hasta ver que Peter afloja un poco la mano. Ese cuidado por uno de los suyos me sirve más que cualquier frase sobre su honor. También me recuerda que, si la conversación sale mal, será a nosotros a quienes ordene atacar.

—Tienes cinco minutos —dice Vance.

—Empiezo.

La maquinaria de la planta retumba a través de las paredes como un pulso constante. Afuera, en algún punto del perímetro, una patrulla de dos Centinelas completa su ronda sin saber lo que ocurre en este edificio. Andrew me dio cinco minutos. Cada uno de ellos vale.

—CMLN. Comunidad Multilateral de Liquidez Negociable. ¿Es el nombre que aparece detrás de tu dinero?

—Sigue —dice. No es una confirmación, pero al menos no tengo que empezar por explicarle unas siglas que ya conoce.

—Lo hemos rastreado hasta una organización a la que llamamos el Anillo. Hemos seguido su rastro en cuatro operaciones, en distintos países. Financian a gente como tú, se llevan lo que buscan y eliminan a quien pueda relacionarlos con ello. Ahora quieren algo de esta planta.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta Vance.

—Gente que les sigue la pista desde antes de que nadie más supiera que existían.

No le doy más detalles. No los necesita ahora, y darlos solo abriría preguntas laterales que nos quitarían tiempo.

—¿Y por qué no está aquí el FBI diciéndome esto?

—Porque habrías disparado antes de escucharlo.

—También podría dispararte a ti.

—Podrías. Por eso preferiría que apartaras la mano del arma.

No lo hace. Yo no me acerco más. A mi espalda oigo a Alain acomodarse junto a la escalera. Peter espera mi indicación para soltar al Centinela; aún no puedo dársela.

—El Anillo no te contrató para hacer una declaración política. Te usó para tomar el control de esta planta el tiempo suficiente para que ellos pudieran llegar y hacer aquello para lo que de verdad vinieron.

—¿Llegar a qué?

—Al edificio norte.

Vance mira los planos. Espero a que responda.

—No sé qué hay en ese edificio —dice.

—Pero mandaste vigilarlo desde el principio. Está separado de los sistemas de gas. ¿Por qué era tan importante?

—Había que protegerlo. Eso me dijeron.

—¿Infraestructura crítica? ¿Algo que sus refuerzos iban a retirar cuando tú aseguraras la planta?

—No me dieron una lista de lo que había dentro. —Se interrumpe y mira la puerta—. Me dieron una misión.

—Los refuerzos vienen —continúo—. Pero no son los que te prometieron. Hay una embarcación a cuatro kilómetros. Sin luces, sin radio, inmóvil, esperando una señal. Ningún aliado llega así. Así se llega cuando el objetivo está dentro y no debe saber que vienes.

Esta vez el silencio dura más. Lo dejo durar.

—Me prometieron sacar a mis hombres —dice por fin.

Lo dice mirando al Centinela, que ha dejado de forcejear.

—¿Quién te lo prometió?

Vance mira el aparato que encontró en el bolsillo del caído. No responde.

No necesito repetirle la pregunta. Me preocupa más que la vergüenza lo haga aferrarse a esa promesa. Yo tampoco querría reconocer delante de uno de los míos que he puesto su vida en manos de alguien que jamás pensó devolverlo a casa.

Me acuerdo de Luna y contengo la siguiente pregunta. Vance acaba de admitir que aceptó custodiar algo sin saber qué era. Si lo obligo a defenderse de mí, dejará de preguntarse por quienes se lo pidieron.

Hay un dato más que juega a mi favor, y lo uso.

—Tu plazo venció hace cuarenta minutos. Anunciaste una detonación de advertencia y no la ejecutaste. Quiero saber por qué.

—Porque sigo esperando una respuesta del negociador.

—Entonces todavía estás dispuesto a esperar antes de matar a alguien.

—No confundas eso con una rendición.

—No te he pedido que te rindas.

Vance no dice nada.

—Hammer te dio una orden en Siria y te negaste porque sabías que era indecente. No desobedeciste por miedo. Desobedeciste porque entendiste que alguien estaba utilizando la cadena de mando para hacer algo que no podía defender.

Vance deja de mirar el arma y levanta los ojos hacia mí. La reacción dura menos de un segundo, pero basta. He tocado algo que no quiere volver a recordar.

—No vuelvas a hablar de Siria.

—Puedo estar mintiendo —digo—. Comprueba lo del barco. Pide a tu puesto del flanco sur que lo busque con la térmica de la torreta. A cuatro kilómetros de la costa. No tienes que confiar en mí para dar esa orden.

Vance me mira. Luego toma la radio.

—Centinela cuatro. Flanco sur. Barrido marítimo con la térmica de la torreta. Cuatro kilómetros. Informe inmediato.

Durante la espera, el Centinela intenta enderezarse y Peter afloja un poco la presión para que pueda hacerlo. Vance los observa. Alain permanece junto a la escalera, vuelto hacia los accesos. Yo escucho el auricular y la radio de Vance, temiendo que la patrulla responda antes que el puesto del sur.

Luego, una voz por la radio.

—Comandante. Hay algo. Una embarcación oscura, sin luces de navegación. Estática. A unos cuatro kilómetros, confirmado. ¿Procedemos?

Vance tarda en responder. Pide al puesto que confirme el rumbo y la ausencia de identificación dos veces. Cuando recibe la segunda confirmación, mira el teléfono del hombre caído y entiende que quienes prometieron sacarlos ya están dentro de su perímetro. No baja el arma ni entrega el mando; solo deja de llamar refuerzos y escucha.

16

LOS SUYOS O LA MISIÓN

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:45 p. m.

Vance baja la radio despacio.

—Negativo —dice—. Mantengan posición y sigan observando. No actúen sin mi orden.

Apoya la radio sobre la consola, junto al arma.

Vance mantiene la mano sobre la radio. Espero otra orden, pero no pulsa el botón. Al otro lado hay hombres que siguen confiando en él, y aquí, junto a su arma, está el teléfono de quien iba a matarlo. El Centinela que Peter sujeta también ha oído el informe del barco. Mira a su comandante y espera.

Me callo. Lo dejo procesar.

Vance abre la boca y vuelve a cerrarla. Yo miro hacia la puerta. Cada segundo que le concedo es otro que le quitamos al sistema de refrigeración, pero no sé cómo apurarlo sin perder lo poco que hemos conseguido.

—Me dijeron que había apoyo político —dice al fin.

—Eso no es lo que hemos encontrado al seguir el dinero. Hemos encontrado a Harbinger. Y un contrato firmado antes de que tomaras la planta.

Vance mira el suelo.

—Había nombres —insiste—. Gente que iba a responder cuando llegara el momento.

—¿Has hablado con alguno esta noche?

Vance no responde.

—La cuarta frase de tu video —digo—. «Naciones que considera hostiles a los intereses estratégicos de los Estados Unidos». ¿La escribiste tú?

Vance deja de mirar el suelo.

—Me la dieron redactada. Dijeron que en Washington la entenderían mejor así.

Lo dice delante del Centinela, y es al Centinela a quien no mira.

Vance retira la mano de la radio. No quiero que siga contándome lo que le prometieron. Quiero que dé una orden antes de que sea demasiado tarde.

—Mis hombres creyeron en esto —dice.

El Centinela baja la vista. Me pregunto cuánto de esa conversación contará después, si salimos de aquí. Vance también lo mira. Por primera vez desde que entramos, parece importarle más lo que ese muchacho ha oído que lo que yo pueda decirle.

—Lo sé —digo—. Por eso todavía hay tiempo de hacer algo que valga la pena para ellos.

—¿Y después? —pregunta Vance—. ¿Vas a decirles que entreguen las armas y que todo está perdonado?

—No puedo perdonar lo que hicieron. Tampoco he venido a decidir una condena.

—Entonces no me vendas una salida que no existe.

—Te estoy pidiendo ayuda para evitar que muera más gente. Eso sí está en tus manos.

Me sostiene la mirada. Hace unos minutos habría querido verlo esposado junto al Centinela. Ahora espero que se acerque a la radio.

Levanta la vista.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Andrew calcula menos de veinticinco minutos si Harbinger se pone en marcha. Y la refrigeración sigue empeorando. No esperemos a verlos desembarcar para mover a tus hombres del flanco sur.

Vance toma el arma de la consola. Todo en la sala se tensa a la vez. Luego la enfunda, despacio, y aparta la mano de la culata.

—¿A cuántos de mis hombres puede salvar esto? —pregunta.

Todavía podría prometerle demasiado para conseguir lo que necesito. Me muerdo esa respuesta. Si después pierde a uno de sus hombres, recordará cada palabra que diga ahora.

—No puedo darte un número. Pero si los apartamos del flanco sur antes de que lleguen, tendrán una oportunidad. Dejarlos allí sería entregárselos.

En ese momento vibra el satelital que Vance sacó del bolsillo del muerto y dejó junto a la consola.

Vance lo recoge y observa la pantalla antes de contestar. Me acerco un paso, aunque sé que no voy a distinguir la voz del otro lado.

—Hola. —Una pausa—. No. No soy Cole. —Otra pausa, más larga —. Soy el comandante Vance. ¿Quién es usted?

Vance empieza a responder, pero se detiene. Mira la pantalla y vuelve a llevarse el teléfono al oído.

—¿Hola? —Espera un instante—. Cortó.

Cierra el aparato y lo deja en la consola.

—¿Quién era? —pregunto.

—Preguntó si el acceso al norte estaba listo. Cuando le dije quién era, colgó.

Cole. Quien marcó ese número esperaba la voz del dueño del teléfono, y el dueño está en el suelo, a tres metros, sin insignias y sin nombre. Alguien lo metió aquí con un aparato que Vance nunca autorizó, y ese alguien creía estar hablando con su propio hombre dentro de la planta.

—Tenemos menos tiempo del que pensaba.

—Entonces subamos.

Antes de poner el pie en el primer peldaño, se detiene y me mira por encima del hombro.

—Los mandos principales están en el nivel superior. El enfriamiento del sistema del edificio norte es manual, desde el panel central. Yo lo instalé. —Me sostiene la mirada—. Trabajé aquí. Dos años, después de la baja, en la contrata de seguridad. Monté el

sistema manual de respaldo de esta planta con estas manos. Nunca me dijeron qué enfriaba. Es el único trabajo que le dan a un hombre con mi expediente.

—Entonces necesito que subas conmigo.

—Tus compañeros se quedan aquí.

—De acuerdo.

Vance señala al Centinela antes de subir.

—No le hagan daño.

—Que coopere —responde Peter.

Me vuelvo hacia Alain. Basta con que mire la puerta para que entienda lo que le pido. Se quedará pendiente del corredor mientras Peter controla al detenido. Si algo cambia abajo, dependeré de que me avisen.

Empieza a subir. Lo sigo. Detrás de mí, en la sala, Peter suelta al Centinela lo justo para esposarlo a una tubería con los precintos que lleva en el cinturón.

Alain sigue en el ángulo de la escalera, sin moverse.

17

EL EJÉRCITO QUE NO FIGURA

Louisville, Kentucky
Martes, 10 de octubre, 9:45 p. m., hora del Este

Después de pasarle a Andrew los últimos datos del contrato, Junior había salido de Story Louisville rumbo al aeropuerto, con intención de regresar a Nueva York. Está a mitad de camino cuando vuelve a sonar el teléfono.

—Revisé las fotos del terreno —dice Andrew—. Hay otro edificio al otro lado del terraplén. Mucho más grande que el que registraste. Figura como depósito, pero puede que lo usaran para alojarse.

Junior no pregunta más. Da la vuelta en el siguiente retorno.

Mantiene ambas manos sobre el volante hasta completar el giro. El hombro está tenso antes de que tenga motivo para dolerle. Podría pedir que mandaran a alguien. Mira la hora y vuelve a pensar en Ainara, dentro de una planta que él solo conoce por sus llamadas.

En el siguiente semáforo escribe un mensaje a Andrew: va de regreso al terreno.

Diez minutos después, deja el coche junto al portón, vuelve a abrir el candado y fuerza la cerradura de una puerta lateral de la segunda estructura. El corredor está a oscuras cuando cierra la puerta detrás de él.

Enciende la linterna del teléfono y da tres pasos antes de que el instinto le grite que algo no cuadra: el aire no tiene el frío uniforme de un edificio vacío. Tiene una corriente, un movimiento que no debería estar ahí.

No llega a girarse del todo.

El golpe le da en el hombro en vez de en la nuca, y eso es lo único que lo salva: pierde el teléfono, no el conocimiento. Cae contra la pared, rebota, y lo primero que ve en la oscuridad que recupera de golpe es una sombra más grande que él moviéndose con la economía de quien ha hecho esto antes.

Junior intenta gritar y apenas le sale aire. Nunca ha sabido qué hacer con las manos en una pelea; ahora las levanta tarde y recibe otro golpe en el brazo. Lo único que entiende es que no puede dejarse arrinconar.

Se deja caer en vez de esquivar. El segundo golpe pasa por donde estaba su cabeza y se lleva por delante un trozo de pared. Junior rueda, choca con una puerta que cede, y los dos caen dentro de la primera sala del corredor: vacía, con la misma huella pálida en el suelo que ya vio en la nave de delante, aunque ahora la ve de refilón, boca abajo, con un antebrazo cruzado sobre la garganta.

El hombre pesa el doble que él y sabe dónde poner el peso.

Junior mete la mano en el bolsillo abierto de la chaqueta y encuentra las llaves. Las aprieta contra la mano que le cierra la garganta. El hombre afloja un instante. Junior tira del cuello, se golpea la mejilla contra el suelo y consigue aspirar aire.

Un centímetro basta.

Se escurre por debajo, se pone de pie tambaleándose, y no elige la puerta: elige lo que tiene más cerca, la sala contigua, con cuatro lavabos en fila y una zona de ducha colectiva que registra sin quererlo mientras huye. El hombre lo sigue sin prisa, seguro de la distancia y de sí mismo.

A Junior le fallan las piernas al doblar. Se agarra al marco para no caer y sigue. No tiene idea de adónde lleva la siguiente puerta.

Cruza otra puerta más. Esta vez el olor cambia antes de que la vista se ajuste: grasa fría, metal, algo de humo reciente. Una cocina. Mostradores, hornos empotrados, una pila del tamaño de una

bañera. Junior no repara en nada de eso: agarra el primer objeto que puede levantar con las dos manos, una sartén industrial abandonada sobre un quemador apagado, más pesada de lo que esperaba.

El hombre entra detrás de él, más rápido esta vez, calculando que la sorpresa ya se gastó.

Junior no espera a que termine de calcular. Gira con todo el cuerpo, no con el brazo, y el borde de la sartén impacta en la sien del hombre. Este levanta el brazo para protegerse la cara, pero protege la mitad equivocada.

Cae contra el mostrador y no se levanta.

Junior se queda de pie, sin soltar la sartén, contando su propia respiración. Cinco segundos. Diez. El hombre no se mueve.

Se mira los nudillos. Le tiemblan tanto que el mango golpea el borde del mostrador. El ruido lo hace retroceder, como si el hombre pudiera levantarse por haberlo oído.

Apoya la sartén sin soltarla del todo.

Entonces mira, de verdad, por primera vez desde que entró.

La cocina no es una cocina de oficina. Los hornos son de los que alimentan a un comedor entero, no a media docena de empleados. Detrás del mostrador hay un rectángulo limpio en el suelo, más oscuro que el resto, del tamaño de un refrigerador industrial que ya no está. Y junto al fregadero, todavía humeante en un cubo de metal, hay papel a medio quemar: bordes carbonizados, algo de letra que sobrevivió al fuego lo suficiente para que Junior, incluso desde aquí, reconozca una lista.

El hombre no vino a vigilar un edificio vacío. Vino a terminar de vaciarlo.

Mira el papel y después al hombre tendido. No sabe cuánto más habrá destruido ni si alguien espera que confirme el trabajo. Necesita salir de allí con algo que Andrew pueda usar.

Deja la sartén a su alcance y se agacha para comprobar que el hombre respira. Le aparta un cuchillo del cinturón. No encuentra radio ni teléfono; solo unos guantes de trabajo manchados de ceniza. Vuelve al corredor a buscar el suyo. La pantalla está

agrietada, pero la linterna todavía funciona. Antes de subir, fotografía lo que queda de la lista.

Sube la escalera con el teléfono en una mano y el cuchillo en la otra, más atento a los sonidos que a las marcas del suelo. Pero las marcas están ahí de todos modos: rozaduras a la altura de metro y medio, paralelas, cada noventa centímetros. Literas. Las cuenta sin detenerse, con la misma urgencia con que antes contaba su respiración.

Doce posiciones en la primera sala grande, literas de dos niveles: veinticuatro camas. La segunda sala repite el patrón exacto: otras veinticuatro. Dos habitaciones más pequeñas con marcas de camas individuales —mandos, no tropa— y una última con marcas de un escritorio y un archivador.

Cuarenta y ocho camas de tropa. Cuatro de mando. Una oficina. Abajo, un comedor mucho mayor de lo que necesita el grupo enviado a Texas.

El contrato hablaba de dieciséis operativos. Aquí cabían al menos otros treinta y dos. Las marcas no le dicen cuántos durmieron allí ni cuándo se fueron, pero ya no puede dar por hecho que todo el grupo esté camino de la planta.

Prueba contar otra vez y pierde la cuenta. Se toca la garganta; le duele al tragar. Le gustaría que la cifra saliera más pequeña, que pudiera avisar a Andrew de un edificio vacío y volver al coche. Hace una foto de cada habitación, incluidas las que no sabe interpretar.

Se detiene en el descansillo y llama a Andrew. La llamada conecta al segundo tono. Desde allí todavía puede oír si alguien se mueve abajo.

—¿Tienes algo? —pregunta Andrew.

—Encontré las barracas. Cuarenta y ocho plazas, más habitaciones para los mandos. Había un hombre quemando documentos. Me atacó. Está inconsciente en la cocina. —Traga antes de continuar—. El contrato solo manda dieciséis a Texas. Puede que haya otro grupo. Necesitamos averiguar quién más salió de aquí.

Silencio al otro lado.

—¿Estás bien? —pregunta Andrew. Es la primera vez en toda la noche que Junior lo oye preguntar eso antes que por el resto.

—Me duele la garganta —admite Junior.

—¿Puedes respirar?

—Sí.

—Sal. Las fotos que falten pueden esperar.

Junior mira la última habitación. No sabe si ya la fotografió. Retrocede hacia la escalera sin darle la espalda al pasillo.

—Puedo caminar. Te mando las fotos. Busca algún registro que permita saber cuánta gente había aquí. No quiero confundir camas vacías con hombres que ya están actuando.

—Hecho. Y, Junior: sal de ahí antes de que alguien venga a buscar a tu amigo de la cocina.

Junior ya está caminando hacia la puerta.

—Avisa a Ainara de lo que encontramos —dice—. No sabemos dónde está el resto, ni siquiera cuántos son. Que lo tenga presente.

—Entendido. Le paso las fotos a Luna, que ya está revisando las grabaciones de las carreteras cercanas. A ver si encontramos los vehículos en los que salieron.

Junior cuelga. Recorre el corredor hacia la salida sin mirar otra vez hacia la cocina. Recoloca la cadena en el portón para que parezca cerrado desde fuera, se guarda el candado en el bolsillo y camina hacia el coche con el cuchillo todavía en la mano, porque no ha decidido en qué momento soltarlo.

Al salir, descarta el aeropuerto. Antes de continuar, necesita una conexión segura: vuelve a su despacho privado de Story Louisville, en NuLu.

Dentro del coche, coloca el cuchillo en el suelo del lado del acompañante y cierra los seguros. No arranca de inmediato. Intenta introducir la llave, falla y apoya la frente un instante contra el volante.

Tiene que conseguir que alguien vuelva a ese edificio. Anota la dirección, aunque se la sabe, por miedo a olvidar algo más.

18

EL TRATO BAJO FUEGO

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:50 p. m.

En el nivel superior, una mesa con planos ocupa casi todo el espacio. Vance me lleva hasta un panel de palancas y medidores. Las etiquetas están gastadas; algunas tienen anotaciones hechas a mano. Me acerco para leerlas y espero que él recuerde algo más que los nombres.

Vance se detiene junto al panel central y lo mira un momento antes de hablar. No como se mira algo desconocido: como se mira algo que instalaste tú y no has vuelto a tocar desde entonces.

—Podemos recuperar la refrigeración desde aquí —dice Vance—. Estas seis palancas. Hay que bajarlas en un orden concreto. Si te equivocas, el sistema cierra las válvulas de refrigeración.

—¿Las cierra? ¿Justo cuando necesitamos que enfríe?

—Está diseñado para contener una fuga. Con la temperatura actual, ese cierre haría subir la presión sin control.

—Y explota —digo.

—Ese sector podría explotar en menos de cuatro minutos si no se cierran las válvulas. Por eso no puedes equivocarte de orden. Y no se toca hasta que el control digital esté cortado.

Aparto la mano del panel. Si bajo las palancas en la secuencia correcta, vuelve la refrigeración al edificio norte. Si me equivoco, la corto y la presión sigue subiendo hasta que algo revienta. No estamos intentando provocar una explosión: estamos tratando de impedirla.

—¿Cuál es la secuencia? —pregunto.

—Tres, uno, cinco, dos, seis, cuatro. Espera al menos quince segundos entre una y otra. Puedes tardar más. Nunca menos.

Memorizo la secuencia. Tres, uno, cinco, dos, seis, cuatro. Quince segundos entre cada una. La repito en silencio dos veces más mientras Vance se aparta del panel y se acerca a la mesa con los planos.

—Dímela —pide Vance.

Se la repito, señalando cada número desde unos centímetros de distancia.

—¿Y si alguien me interrumpe?

—Esperas. Retomas por la siguiente. No vuelvas a bajar una que ya accionaste.

Miro hacia la escalera. Puedo oír a Peter hablar abajo, pero no distingo las palabras.

—Quédate mientras la repito otra vez.

Esta vez Vance me escucha sin mirar los planos.

No entiendo el sistema. Esa es la verdad que no digo en voz alta. Sé qué palancas bajar y en qué orden, pero no por qué ese orden y no otro, no sé qué hace cada válvula, no sabría improvisar si algo se sale del guion. Estoy memorizando una fórmula que no comprendo para operar una máquina que puede borrar una ciudad.

Me gustaría que se quedara aquí conmigo mientras bajo las palancas. Pero sus hombres obedecerán a Vance, no a mí, cuando les diga que disparen contra quienes esperaban como refuerzos. Lo necesito abajo. Vuelvo a mirar las etiquetas y recorro los números sin tocar las palancas.

—Ahora tú —dice, apoyando las manos sobre la mesa—. Necesito saber con precisión cómo llegarán esos mercenarios y cuánto tiempo tenemos.

—La embarcación está a cuatro kilómetros. Lleva seis horas inmóvil, lo que indica que esperan una señal. Lo más probable es que la señal fuera la llegada al edificio norte del hombre que llevaba el código de acceso.

—El hombre que neutralizaron —dice Vance.

—Puede que fuera él. O el segundo hombre. La llamada preguntaba por el acceso al norte. No sé cuánto esperarán ahora que nadie responde.

—No van a esperar para siempre —dice Vance—. Comprueba dónde están antes de que movamos a nadie.

—Andrew —digo por el auricular—. La embarcación de Harbinger. ¿Sigue quieta?

—No. Acaba de arrancar. A la velocidad que llevan, veinte minutos. Tal vez dieciocho.

Miro a Vance.

—Dieciocho minutos.

Por el auricular, Andrew confirma que seguirá pendiente de nosotros. Me llevo una mano a la oreja para acomodar la pieza, que empieza a dolerme.

—No pierdas de vista el panel —le digo.

—Estoy aquí.

Quisiera pedirle algo más útil, pero esas dos palabras bastan para que me aparte de las palancas y escuche a Vance.

Vance no pierde ni un segundo.

—Necesito reagrupar a mis hombres. Los del flanco sur tienen que moverse ahora. Si están ahí cuando llegue Harbinger, los matan antes de que entiendan qué pasa.

—¿Cuántos tienes en el flanco sur?

—Seis. Más dos en las torretas de ese sector.

—¿Explosivos?

—Los de la detonación de advertencia. Nunca llegué a usarlos. —Lo dice sin énfasis, recitando un inventario que ya no le sirve de nada—. Dos cargas de demolición en el muelle de carga, preparadas y sin cebar.

Anoto ese dato en mi memoria.

—Ocho hombres en la línea de llegada —digo—. ¿Puedes moverlos sin que parezca una retirada? Si Harbinger tiene observación previa de tus posiciones y las ve cambiar, pueden acelerar.

Vance piensa un momento.

—Los roto como si fuera un relevo normal. Mis hombres están acostumbrados a rotaciones cada dos horas, y a esta hora toca relevo de todas formas.

—Hazlo. Que vengan al sector central. Aquí podemos defender los accesos a esta sala.

Vance me mira.

—¿Estás planificando una defensa?

—Necesito tiempo frente al panel. Peter, Alain y tus hombres tendrán que impedir que lleguen hasta aquí. Si estabilizamos el edificio norte, evitamos la explosión. Después tendremos que impedir que se lleven lo que hay dentro.

—Si el edificio norte se estabiliza —repite despacio— y Harbinger no consigue lo que vino a buscar, ¿qué les dices a mis hombres sobre lo que ha pasado esta noche?

—Que sus patrocinadores los usaron para llegar a ese edificio. Y que tú lo descubriste y les ordenaste que protegieran a la gente que estaba dentro de la planta.

Vance apoya la vista en los planos unos segundos.

—No van a estar contentos.

—¿Tú lo estarías? —pregunto.

—No.

Vance pasa una mano por los planos y desdobla una esquina. Tiene un dedo manchado con tinta. Me fijo en eso para no mirar la radio: necesito que la use, pero si se lo repito otra vez quizá solo consiga que me discuta.

—Y van a pedirte explicaciones. Primero tienes que sacarlos del camino de Harbinger.

Otro silencio. Más corto que los anteriores.

—Una cosa más —digo—. Los trabajadores de la planta.

—Cuarenta y dos. En el almacén del sector sur, con dos de mis hombres en la puerta.

—El sector sur es por donde entrará Harbinger.

—Lo sé desde que me dijiste que venían por mar.

—Entonces sácalos ahora. Por el oeste, lejos del agua. Que tus dos hombres los acompañen hasta el perímetro y los suelten allí. Los agentes del FBI están fuera y van a verlos salir.

—Eso me deja dos hombres menos en la línea.

—Te deja cuarenta y dos personas caminando hacia una carretera. Cuando esto termine, eso es lo que vas a poder contarles a los tuyos.

—Tendrán que cruzar a la vista del FBI.

—Avisaré a Andrew para que lo coordine con Bishop. Los guardias entregarán las armas cuando se les indique.

Vance mira la escalera. Uno de sus hombres sigue abajo, sujeto por Peter; otros dos tendrán que salir rodeados de las personas a las que mantuvieron encerradas. De pronto entiende lo que les está pidiendo.

—Que lleguen todos al perímetro —dice.

—Ese es el trato.

Vance toma la radio.

19

EL BARCO SIN SEÑAL

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 8:55 p. m.

En la carpa del FBI, Freddy escucha la lluvia golpear la lona del techo al ritmo irregular de una tormenta que todavía no ha decidido si será seria.

Kessler y su agente salieron cinco minutos antes. Bishop espera a que se cierre la lona de la entrada y se acerca a Freddy. Le señala el pequeño espacio reservado al fondo de la carpa.

—El privado —dice, sin más.

Entran. Bishop cierra la cortina. Se sientan.

—No te fíes del coronel que acaba de llegar. Martin. Es el relevo que mandó el Estado Mayor cuando retiraron a Thorton por lo del escuadrón. Tiene mejores modales, pero las mismas intenciones. Está esperando que cometas un error.

—Smith se encarga de él —dice Freddy.

—Smith se encarga de mucho esta noche.

Freddy no responde a eso. Bishop lo deja estar y va directo al punto.

—Ponme al tanto de tu operación. ¿Qué gente tienes en ese tráiler?

—Analistas.

Bishop lo mira y espera.

—No me mientas, muchacho.

Freddy mira la cortina. Ha hecho esperar a Bishop toda la noche, y ya no puede pedirle que proteja a gente cuya presencia se niega a reconocer.

—Son personas con habilidades poco comunes. Algunos tienen historial en agencias federales. Otros son civiles. Todos trabajan fuera de los canales oficiales porque estos sufren filtraciones que no podemos permitirnos.

—Justicieros.

—Trabajan con nosotros. Smith conoce la operación.

—Te pregunté por esa gente. No por quién está dispuesto a firmar un papel.

—Yo respondo por ellos —dice Freddy—. Y te pido que me ayudes a sacarlos de ahí.

Bishop arrima la silla. Freddy reconoce el gesto: va a escuchar, pero se ha agotado el margen para las respuestas vagas.

—¿Están dentro de la planta ahora mismo?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Tres.

Bishop se frota la frente.

—¿Sus nombres?

Freddy vacila.

—Si tengo que mandar a los míos a buscarlos, no voy a decirles que busquen a tres personas en particular.

—Ainara, Peter y Alain.

Bishop repite los nombres, despacio, para retenerlos.

Bishop levanta la vista al techo un momento. Luego se vuelve hacia Freddy.

—¿Has oído hablar del Anillo? —pregunta Freddy.

La pregunta se queda en el aire entre los dos. Bishop entrecierra apenas los ojos.

—No. ¿Debería?

—Vance está financiado por ellos.

Bishop apoya los antebrazos en las rodillas y se inclina hacia él.

—¿Por qué lo financiarían?

—Quieren algo del edificio norte. Hay un segundo grupo en camino, pagado con el mismo dinero. Mercenarios. Entrarán por la costa sur en menos de veinte minutos.

Bishop se incorpora en la silla.

—¿Lo saben mis hombres del perímetro sur?

—Todavía no. Necesitamos mantener las posiciones hasta que el equipo de dentro esté preparado. Si ven que los estamos esperando, pueden cambiar la entrada.

—Eso no significa dejar a mis hombres sin previo aviso. Puedo advertir a los responsables de sector y ordenarles que no se muevan.

—Hazlo. Por canal seguro. Te confirmaré cuándo puede avanzar el apoyo; calcula unos quince minutos, pero no lo tomes como una garantía.

Bishop consulta el reloj. Luego clava los ojos en Freddy.

—Tus justicieros, más vale que sean tan buenos como parece que crees que lo son.

—Lo son.

—Confías mucho en ellos —dice Bishop.

—Sí.

—¿Y ellos saben cuánto dependes de que no fallen?

Freddy mira hacia la cortina. Del otro lado, alguien solicita una confirmación por radio y debe repetirla.

—Más de lo que me gustaría.

Antes de salir, Bishop espera a que Freddy se levante.

Bishop descorre la cortina. Afuera, la carpa sigue llena de agentes frente a los monitores, voces de radio, el ruido constante de una operación que en el parte oficial todavía figura en modo de contención.

Freddy lo sigue con la mirada. Ahora, si se equivoca, Bishop sabrá qué le ocultó y qué decidió creerle.

La lluvia sobre la lona se ha intensificado. Bishop mira hacia arriba un momento antes de volver a la sala principal.

—Si Kessler pregunta por mí, estoy ocupado —dice Bishop.

—Lo estás.

—Por una vez no tendrás que inventar nada.

Freddy mira los monitores. En la pantalla del satélite, desde que arrancó, la embarcación de Harbinger sigue avanzando hacia la costa sur. Una sola firma térmica en el agua oscura, sin luces.

Quedan dieciséis minutos.

20

EL DESEMBARCO

Tráiler del equipo Fénix, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:00 p. m.

La lluvia sigue constante fuera del tráiler. Andrew sube el volumen del auricular y Luna acerca la silla para oírlo. Hay una gotera junto a la puerta; el agua empieza a extenderse por el suelo, todavía lejos de los cables.

Luna pasa de la imagen del edificio de control a la costa sur. En una pantalla siguen Ainara y Vance. En la otra deberían aparecer los hombres que vienen a matarlos. Andrew vuelve a ampliar la orilla, pero solo consigue manchas más grandes.

Solo fauna. Manchas difusas que se mueven lentamente entre la vegetación del pantano. Nada que parezca humano.

Y eso es justo lo que preocupa a Andrew.

Luna arrastra con el pie una caja vacía hasta la gotera. El primer golpe de agua contra el cartón hace que Andrew se vuelva.

—No es una alarma —dice ella.

Él mira la caja y vuelve a la pantalla.

—Gracias.

Luna se sienta.

—No los veo. —Andrew aparta una ventana y recupera la imagen de la costa—. La embarcación arrancó hace diez minutos y volvió a

detenerse a dos kilómetros. Debieron bajar allí en botes más pequeños. Desde entonces no encuentro nada entre el barco y la orilla.

—¿Cómo entran entonces?

—Puede que usen botes muy bajos. Con esta lluvia y la vegetación, no consigo distinguirlos. —Señala la pantalla—. Tenemos que asumir que siguen acercándose, aunque no aparezcan.

Luna consulta el reloj. Ainara lleva más de una hora dentro. Ha conseguido hablar con Vance y llegar al panel, pero la última vez que la oyeron todavía estaba aprendiendo a usarlo.

El margen que habían calculado se ha reducido a unos minutos. Los hombres de Vance todavía están cambiando de posición. Luna mira la imagen de la costa, buscando algo que justifique darles más tiempo.

—Avisa a Ainara —dice Luna.

—Ya —responde Andrew.

Pulsa el botón del auricular y habla.

Terminal GNL Gulf Coast, edificio de control
Misma fecha y hora

La voz de Andrew me llega mientras Vance termina de dar instrucciones por radio a sus hombres del flanco sur. Lo escucho con un oído mientras con el otro proceso las respuestas de los Centinelas confirmando que se mueven.

—Ainara. La nave madre soltó el desembarco. No los tengo en pantalla, pero vienen. Cuestión de minutos.

Levanto una mano para pedirle a Vance que espere y repito el aviso. Él deja de hablar por radio.

—¿Cuánto falta para que lleguen? —dice.

—No los detectan. Tenemos que contar con que estén a punto de llegar.

Vance no duda. Toma la radio.

—Todos los Centinelas del flanco sur al sector central. Movimiento inmediato. No es un relevo, es un reagrupamiento. Y escuchen esto: lo que suba del agua esta noche no es de los nuestros. Si desembarcan, son hostiles. Confirmen recepción.

Las confirmaciones llegan en cadena. Seis voces distintas, escuetas, sin preguntas. Sus hombres se mueven sin saber todavía por qué se cancela el relevo, pero se mueven.

Una séptima transmisión se superpone a la última y Vance pide que la repitan. Me quedo mirando su mano, inmóvil sobre el botón. Hace un momento temía que no diera la orden. Ahora que la ha dado, solo quiero que todos la hayan oído.

—Recibido, comandante —responde por fin el puesto.

Vance baja la radio. Yo suelto el aire.

—¿Cuántos tienes en ese flanco? —pregunto.

—Los seis que se repliegan y los dos encargados de abastecer las torretas. Esos siguen en el puesto de munición, detrás de los árboles.

—¿Pueden retirarse también?

—En cuanto dejen cargadas las torretas. Seguirán disparando solas, pero cuando se les agote la munición, alguien tendrá que volver.

Los dos hombres tendrán que cruzar después el mismo terreno por el que esperamos que aparezca Harbinger. Vance sigue mirando la radio.

—Que terminen y salgan. No los dejes esperando una segunda recarga.

Vance da la orden y exige confirmación. Del puesto responden que están terminando. La voz se corta antes de que alcancen a decir cuánto les falta.

Me giro hacia el panel de control.

—La secuencia del edificio norte. Tres, uno, cinco, dos, seis, cuatro. Quince segundos entre cada palanca. Si ejecuto eso ahora, ¿cuánto tiempo necesita el sistema para estabilizar la temperatura?

—La secuencia tarda poco más de un minuto si nadie lo interrumpe. Después necesita veinte minutos para estabilizarse por

completo; el descenso debería empezar en los primeros cinco, si la contención aguanta.

—¿Cuándo debo ejecutarla?

—Primero hay que dejarlo en modo manual. Si el control digital sigue enviando órdenes mientras bajas las palancas, puede provocar el mismo cierre de emergencia.

Le hablo a Andrew por el auricular.

—Andrew. ¿Puedes asegurarte de que el sistema digital del edificio norte esté completamente desconectado cuando yo opere el panel?

Una pausa breve.

—Voy a cortarles el acceso. Pero si alguien intenta recuperarlo mientras estás en el panel, necesitaré que esperes mi confirmación antes de continuar.

—Avísame cuando pueda empezar. Me quedo pendiente del canal.

Hasta que Andrew me dé vía libre, no puedo tocar las palancas. Lo que Vance les diga ahora a sus hombres, en cambio, quiero oírlo. Bajo la escalera del edificio de control. Vance me sigue.

Peter se vuelve al oír nuestros pasos. Tiene al Centinela asegurado junto a la tubería; comprueba los precintos antes de acercarse.

—¿Ya son amigos?

—Estamos trabajando en eso —respondo.

Vance pasa entre los dos y llama a sus hombres. Después, corta los precintos del Centinela, le devuelve el rifle que Peter le quitó y le ordena que se quede de guardia en la planta baja. Uno de sus hombres le entrega un rifle. Peter lo sigue con la mirada y luego me busca a mí.

—Me quedo aquí.

No necesito explicarle por qué quiero a alguien de confianza cerca de la escalera. Alain espera mi indicación junto a la puerta lateral. Le señalo la salida hacia el norte y se adelanta para comprobar el corredor.

Tráiler del equipo Fénix
Misma fecha y hora

Andrew cierra una ventana que le tapa la salida al oeste. Luna se levanta al reconocer el grupo que aparece en la imagen.

—Tengo movimiento en el oeste. Un grupo grande, a pie, saliendo del perímetro. Cuarenta y cuatro personas.

—Los trabajadores —dice Luna.

—Cuarenta y dos y los dos guardias. Confirma con Bishop que los están recibiendo. Que nadie confunda a las escoltas con un ataque.

Luna empieza a transmitir el aviso. Andrew sigue buscando en la costa y se queda inmóvil: cuatro figuras acaban de aparecer en el borde del agua. No las ha visto acercarse. Ya están cruzando la orilla del sector suroeste.

—Luna. Ya están en tierra. Los primeros cuatro, en el sector suroeste. No los vi venir: bajaron a los botes antes de tiempo. Los dieciséis minutos eran del barco.

Control oeste del perímetro
Martes, 10 de octubre, 9:02 p. m.

Freddy llega al control oeste cuando los primeros ya están en el camino de tierra. Los focos de los camiones iluminan la recta que desciende desde la valla. A los lados, dos filas de agentes con las armas bajas.

Salen despacio, de dos en dos, con los brazos separados del cuerpo porque alguien se lo ha indicado a gritos desde lejos. Monos azules, chalecos reflectantes, botas de seguridad. Una mujer lleva del brazo a un hombre que arrastra la pierna. Detrás vienen los dos Centinelas, con los rifles sobre la cabeza.

—Que nadie levante la voz —dice Bishop a su gente—. Llevan veinte horas encerrados.

Los trabajadores pasan entre las dos filas y nadie les grita. Un sanitario sienta al de la pierna en el estribo de una ambulancia. Otro reparte botellas de agua y mantas térmicas que crujen al abrirlas. Un hombre joven se aparta del grupo, se dobla sobre la cuneta y vomita; el sanitario le pone una mano en la espalda y lo deja terminar.

El hombre de la pierna le explica al sanitario que lleva sentado desde antes de medianoche en el suelo de un almacén a oscuras. El sanitario le dobla la rodilla despacio y le pide que camine tres pasos. El hombre los camina.

Los dos escoltas dejan los rifles en el suelo, dan tres pasos atrás y se arrodillan sin que nadie se lo pida. Un agente joven se les echa encima antes de tiempo y Freddy lo frena antes de que llegue.

—Espósalos y siéntalos en la camioneta. Nada más.

—Señor, son de los que tomaron la planta.

—Y son los que acaban de sacar a cuarenta y dos personas. Mañana alguien tendrá que explicar las dos cosas a la vez.

Uno de los escoltas levanta la cabeza mientras le cierran los precintos.

—¿El comandante sigue vivo?

—Todavía no puedo confirmarlo —responde Freddy.

El hombre asiente como si con eso bastara y se queda mirando las luces de la planta.

—Nos dijo que teníamos que llegar todos al perímetro —añade—. Los cuarenta y dos. Lo repitió dos veces por la radio.

Bishop recorre la fila con el dedo y cuenta en voz alta, para que quede en la grabación del control.

—Cuarenta y dos —dice—. Los mismos que entraron al turno de noche.

Le hace una señal a un agente con una tableta.

—Nombres, documentos y a quién hay que avisar. Que nadie se vaya a casa sin declarar.

Una mujer se detiene delante de él con las manos todavía en alto. Hay que decirle dos veces que puede bajarlas. Un agente le

cubre los hombros con una manta y ella se la sujeta con ambas manos.

—Smith tiene que decirlo por la frecuencia —le dice Freddy a Bishop—. Que los trabajadores están fuera y que salieron por una orden de dentro. Los hombres que siguen ahí tienen que oírlo esta noche, no mañana en la televisión.

—¿Y si dentro de una hora ese hombre vuela la planta?

—Entonces, seguirá siendo verdad que estos cuarenta y dos salieron.

Un operario joven se vuelve hacia los dos escoltas esposados y les dice algo que Freddy no llega a oír. Ninguno de los dos contesta.

Un operario mayor se sale de la fila y se planta delante de Freddy. Tiene la cara gris y las gafas cubiertas de polvo.

—¿Ustedes han entrado en el norte?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ahí dentro no entramos nosotros. Y llevo catorce años en esa planta.

Un agente se lo lleva hacia la carpa de registro. Freddy anota el nombre que el hombre lleva bordado en el mono y lo rodea con un círculo.

Bishop habla por radio con el control de la carretera para que los autobuses salgan por el acceso sur, lejos de las cámaras de la prensa.

Los autobuses arrancan con las puertas aún abiertas. La fila de luces se aleja hacia la carretera y el camino de tierra vuelve a quedar vacío.

21

LOS HOMBRES DEL CONTRATO

Tráiler del equipo Fénix
Martes, 10 de octubre, 9:02 p. m.

Luna se inclina sobre la pantalla. Dos de los recién llegados avanzan hacia el norte; los otros se abren a los lados. Ninguno se detiene a orientarse. Andrew mueve la imagen para seguirlos y uno ya ha desaparecido detrás de una estructura.

Con los planos y semanas para prepararse, han podido elegir por dónde entrar. Luna busca el corredor que lleva al edificio de control.

—Esto ya lo han hecho antes —dice Luna en voz baja.

—Sí —confirma Andrew.

Una torreta abre fuego. El resplandor tapa por un momento a los hombres. Cuando Andrew recupera la imagen, dos han caído. Los otros retroceden hacia la vegetación y desaparecen.

—La torreta derribó a dos —dice Andrew.

—Quedan catorce —dice Luna—. Al menos las torretas los reconocen como enemigos. ¿Dónde están los otros dos?

—Perdidos en el ángulo muerto. Pero ya saben dónde está la torreta.

Aparecen más hombres en otros puntos de la orilla. Andrew intenta seguir a una pareja y Luna le señala otra, más al oeste.

Llegan demasiado separados para mantenerlos a todos en la misma imagen.

—Se distribuyen para saturar las torretas —dice Luna.

—Y no puedo seguirlos a todos —responde Andrew—. Si pierdes de vista a alguno, dímelo.

Luna arrima la silla y se ocupa del lado oeste. No sirve contar solo a los que ve: los dos que se ocultaron pueden estar acercándose por otra parte. En el canal, Ainara todavía no ha confirmado que vaya a empezar con las palancas.

Dos de los dieciséis han caído. Los catorce restantes siguen siendo una amenaza, estén en la orilla o todavía fuera de las cámaras.

—Avisa a Ainara —dice Luna—. Que la formación cambió y que ya están en tierra.

Luna se queda con un dedo junto a la última posición de los dos hombres que se ocultaron. Andrew cambia de cámara.

—Ahí no —dice ella—. Vuelve un poco.

Los árboles llenan la imagen. No aparece nadie.

Retira la mano para no taparle la pantalla. Si se equivoca, le hace perder segundos; si calla y pasan por allí, Ainara no tendrá ni siquiera ese aviso.

Andrew ya tiene el auricular activo.

Terminal GNL Gulf Coast, sector central
Martes, 10 de octubre, 9:03 p. m.

La voz de Andrew me alcanza mientras salgo del edificio de control hacia el cruce.

Alain está donde lo mandé al bajar: junto al edificio norte, cubriendo el corredor que lleva hasta él. Le pedí que nos avisara si alguien alcanzaba ese acceso y que no se dejara aislar allí.

—Entradas por varios puntos. Ya vimos seis desembarcar en total; la torreta derribó a dos. Catorce del grupo siguen activos, pero

todavía no sabemos cuántos están dentro.

—¿La torreta sigue activa?

—Sí. Los encargados terminaron de cargarla, pero no han conseguido salir. Hay disparos cerca del puesto de munición.

—Díselo a Vance. Que les indique por dónde replegarse.

—Le estoy avisando.

Sigo moviéndome. La lluvia golpea las superficies metálicas de la planta con un ruido que lo cubre todo a menos de veinte metros. Es a la vez una ventaja y una desventaja: Harbinger tampoco nos oirá.

Desde el sur llegan disparos que suenan distintos a las ráfagas de la torreta. Dos, muy seguidos, y después varios más. Me detengo junto a una tubería para escuchar.

—Alain —digo.

—Veo a seis por el corredor sur —responde—. Se cubren mientras avanzan. No me han visto. —Se interrumpe un momento—. Ainara, estos no son milicianos.

—Lo sé.

—Van a llegar al cruce antes que tú. No salgas al descubierto.

—Recibido. ¿Dónde están los Centinelas?

Mientras espero su respuesta, busco un hueco entre las estructuras que me permita seguir. El agua me corre por las pestañas y tengo que secarme con la manga.

—Sigo aquí —dice Alain—. Desde aquí no veo el puesto de munición.

No le había preguntado, pero agradezco que lo diga.

—Dos intentan retirarse desde el puesto de munición —dice Andrew—. Están detrás de un tanque. —Se oyen disparos desde el sur—. Cayeron. No los veo moverse.

Los disparos al sur cesan del todo. No hay más intercambio. Solo el ruido de la lluvia y el zumbido constante de la maquinaria.

Los dos que quedaron al sur no han logrado alcanzar a Vance.

Apoyo una mano en la tubería. Les dijimos que cargaran y salieran. No llegaron a tiempo. Quisiera preguntarle a Andrew si está seguro, pero los disparos que acabo de oír no dejan mucho espacio para esa pregunta. Peter sigue en el edificio de control. Tengo que

llegar hasta Vance antes de que sus seis hombres se encuentren con el mismo avance.

El corredor entre las tuberías estrecha el paso hacia el norte. Desde allí podemos frenar el avance sin que los seis hombres de Vance tengan que cubrir toda la planta. Si Harbinger lo cruza, Alain quedará expuesto junto al edificio DARPA.

Vance está colocando a sus seis hombres entre las tuberías. Me hace una seña para que me agache antes de acercarme. Los demás Centinelas siguen repartidos en otros puestos de la planta; estos seis son los que ha conseguido reunir aquí.

—Dos bajas en el flanco sur —le digo.

Uno de los hombres levanta la cabeza al oírme. Vance le señala su puesto y espera hasta que vuelve a cubrirlo.

—No sabemos si hay heridos —añado en voz baja.

—No puedo mandar a nadie a buscarlos ahora.

Miro el corredor por el que he venido. Yo tampoco puedo ofrecerme.

—Lo escuché. —Interrumpe una orden por radio y me mira—. Tenemos el corredor. Tienes aproximadamente veinticinco minutos.

—Cuando vuelva al panel, veinte minutos para la estabilización completa. Cinco para reducir el riesgo crítico.

—Te damos los cinco —dice Vance—. Los veinte, si podemos.

22

EL ENEMIGO CON CREDENCIAL

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:05 p. m.

Freddy cuelga y mantiene la mano sobre el teléfono. Los cuarenta y dos trabajadores están fuera, pero Ainara y los demás siguen dentro. En uno de los monitores, la costa sur se llena de señales que aparecen y desaparecen bajo la lluvia.

Busca los tres puntos del equipo Fénix y encuentra solo dos. El tercero debe estar cubierto por las estructuras. Sabe que es normal. Aun así, espera hasta que vuelve a aparecer antes de atender al agente que se acerca.

El Anillo conocía el laboratorio oculto y preparó la operación con meses de anticipación. La pregunta ya no es cómo llegó hasta una planta de Texas. Es quién, dentro de las instituciones que protegían el proyecto, abrió la puerta.

El agente espera con una tableta contra el pecho.

—Los cuarenta y dos están en el control oeste —dice—. Ninguno herido. A los dos escoltas los tenemos separados del resto, como pidió.

Baja la tableta.

Freddy mira el punto del edificio de control. Hace unos minutos habría aceptado una rendición sin preguntarse qué ocurría con

Vance. Ahora la supervivencia del comandante puede decidir la de todos los hombres que siguen dentro.

—¿Han declarado?

—La mayoría no vio nada. Los encerraron antes de medianoche. Uno lleva catorce años trabajando aquí y no deja de preguntar por el sector norte.

Freddy lo recuerda y aparta el café.

—Póngamelo al teléfono.

La voz que entra por el altavoz es la de un hombre mayor, ronca de cansancio y de haber hablado durante un buen rato.

—Al sector norte no entra nadie de la planta —dice—. Eso lo lleva una contrata de fuera. Nosotros no tenemos ni la llave.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Pero el año pasado entró una contrata por un mes y medio. Trabajaban de noche en la sala de máquinas del edificio de control, la que lleva las válvulas del norte. Nos cambiaron los turnos para que no coincidieran con los suyos.

—¿Y qué hicieron?

—Nos dijeron que era mantenimiento programado. —Una pausa —. Yo llevo catorce años en esa planta. El mantenimiento programado lo hacemos nosotros.

—¿Firmaron una orden de trabajo o dejaron algún informe?

—Nada. Lo pregunté en su momento. Me dijeron que iba por otra vía.

—¿Vino alguien del Estado a revisar lo que habían hecho?

El hombre tarda en contestar.

—Antes venían una vez al año. Ya no me acuerdo de la última.

Freddy anota en el margen del plano: «Contrata externa. Sin registro». Debajo escribe las fechas aproximadas.

—¿Se lo ha contado a alguien más?

—A ustedes. Nadie más me lo ha preguntado en catorce años.

—¿Y usted tampoco insistió?

El hombre guarda silencio.

—Tengo dos hijos —dice al fin—. Cuando una contrata federal te dice que mires hacia otro lado, aprendes a mirar hacia otro lado.

—Quédese allí. Mañana tendrá que repetirlo en una declaración formal. Y no hable de esto con la prensa.

Freddy corta. El sector norte aparece como un rectángulo vacío en el plano. Un equipo trabajó allí durante seis semanas y, sobre el papel, no dejó ni una puerta abierta.

El agente sigue a su lado, esperando otra instrucción. Freddy le pide los nombres de los dos hombres de Vance que escoltaron a los trabajadores. Los anota junto a los de los cuarenta y dos liberados.

—Que los separen del resto de los detenidos —dice—. Y que nadie los interrogue hasta que llegue alguien de mi equipo.

—¿Son colaboradores?

—Todavía no lo sé. Pero obedecieron una orden que evitó cuarenta y dos funerales. Quiero que eso conste antes de que empiece el reparto de culpas.

El agente se aleja. Freddy vuelve a mirar el rectángulo.

Ve a Bishop entrar a la carpa empapado. Camina rápido.

—Nuestro despacho —dice Bishop al pasar a su lado.

Freddy lo sigue hasta el reservado. Bishop cierra la cortina y deja la chaqueta mojada sobre el respaldo de una silla.

—Estuve haciendo llamadas desde el coche. El secretario del gobernador me debía un favor. Ya no me lo debe.

—¿Qué le preguntaste?

—Le pregunté por la historia regulatoria de esta planta. Si alguien preparó el terreno para el Anillo, debía de haber dejado alguna ausencia extraña.

Bishop se inclina hacia Freddy. Baja la voz, aunque la lluvia golpea la carpa con fuerza suficiente para cubrirlos.

—El Departamento de Defensa bloqueó tres inspecciones estatales en los últimos dieciocho meses. Alegó jurisdicción militar y canceló las visitas.

Freddy lo procesa en silencio.

—Es una planta privada —dice Freddy—. Defensa no tiene jurisdicción ahí, salvo que admita que hay un proyecto militar dentro.

—No la tiene —confirma Bishop—. A menos que dentro de esa empresa haya algo que no sea una operación de gas.

—El secretario no quiso decirme quién firmó las cancelaciones —añade Bishop. Se frota las manos para calentarlas.

—¿No lo sabe?

—Lo sabe. Prefiere conservar el empleo.

Freddy mira la chaqueta que gotea sobre el suelo.

—Hace un rato me dijiste que no confiara en nadie.

—Dije que no confiaras en Martin. Yo todavía estoy aquí.

Freddy mira el rectángulo vacío. La contrata nocturna, las inspecciones canceladas y el laboratorio forman una sola cadena. Alguien conocía cada eslabón.

El Anillo no pudo obtener todo eso de los registros públicos. La filtración salió de un lugar con acceso al proyecto y capacidad para protegerlo.

—Alguien dentro del Departamento de Defensa les dio la ubicación —dice Freddy.

Bishop no dice nada.

—Thorton intentó entrar antes de que controláramos la zona —continúa Freddy—. Quizá no buscaba recuperar protagonismo. Quizá alguien necesitaba que el Ejército llegara primero al laboratorio.

—Antes de que el FBI encontrara el laboratorio —dice Bishop.

—Exacto.

Bishop se acomoda y mira el techo de lona.

—Si tienes razón, tenemos que mantener esto entre nosotros.

—No pienso decir nada.

—Bien. Ya tenemos suficientes armas apuntando hacia dentro.

23

LA PREGUNTA QUE SMITH EVITA

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:08 p. m.

—Cuando termine el asedio, esto seguirá abierto —dice Bishop—. Dieciocho meses sin inspecciones significan que nadie fuera del proyecto sabe qué modificaron allí.

—Y en nuestro lado estamos igual —dice Freddy—: nadie controla lo que está cocinando Smith.

Bishop mira ahora hacia la cortina. Afuera, sus agentes siguen trabajando dentro de una operación que quizá alguien del Gobierno intentó desviar.

Freddy piensa en Smith. Meses atrás, cuando le pidió más apoyo contra el Anillo, el director fue claro sobre lo que podía hacer sin exponerse.

—No puedo ir de frente contra alguien a quien todavía no vemos —le dijo—. Pero puedo darte espacio para trabajar.

Smith puso el avión, autorizó el acceso del equipo Fénix y frenó a Thorton hasta donde pudo. Freddy necesita saber si aquello era prudencia o si el director conocía una amenaza que nunca nombró.

—Necesitamos ampliar el perímetro —dice Freddy—. Uno de los míos encontró alojamiento para unas cincuenta personas en Kentucky. Dieciséis forman el grupo que está atacando la planta. No

sabemos si el resto sigue unido, se dispersó o pertenece a otra operación.

Bishop suelta el aire por la nariz.

—¿Cuántos?

—Como máximo, unas treinta y dos plazas adicionales —responde Freddy—. Las camas no prueban que estuvieran ocupadas, pero tampoco puedo ignorarlas.

Bishop cuenta con el pulgar los equipos que ya tiene desplegados.

—Mis agentes sostienen el perímetro, reciben a los trabajadores y contienen a la prensa. Si los muevo para buscar una amenaza posible, abro huecos frente a una amenaza que ya está aquí.

—¿El Ejército?

—No confiaría en una unidad enviada por el mismo mando que mandó a Thorton. Todavía no sabemos quién lo respaldaba.

—¿Entonces?

—Entonces necesitamos a alguien fuera de esa cadena —dice Freddy.

Freddy entiende la respuesta antes de que Bishop la pronuncie.

Bishop se pone de pie.

—Los Rangers. Ya tienen gente en el perímetro, responden al gobernador y conocen los accesos mejor que cualquiera de los que están aquí. Pueden ampliar la búsqueda sin mezclarse con el mando militar.

—¿Cuántos puedes conseguir? —pregunta Freddy.

—Los necesarios para extender la zona de exclusión tres kilómetros y revisar las carreteras secundarias. Necesito veinte minutos.

Bishop descorre la cortina.

—¿Puedes conseguirlos tan rápido?

—Puedo conseguir la llamada. Que lleguen dependerá de las carreteras y de esta lluvia.

—Eso es menos tranquilizador de lo que crees.

—No intentaba tranquilizarte.

Bishop sale. Freddy casi sonríe, pero el mapa vuelve a atraerle la mirada.

En el mapa, el edificio norte sigue marcado en rojo. Freddy se pone de pie. Ya no puede seguir protegiendo a Smith de una pregunta que afecta a todos los que están dentro.

Sale del reservado y busca a Smith entre la gente de la carpa. Lo encuentra en el extremo norte, hablando con el nuevo coronel que envió el alto mando. Espera a que el coronel se aleje. Luego se acerca y habla en voz baja.

—Necesito saber qué conocías de esta planta y del Departamento de Defensa. Te lo pregunto como el hombre que autorizó esta operación, no como el director que tiene una respuesta preparada.

Smith lo mira durante un largo momento.

—Aquí no.

—¿Dónde?

Smith señala hacia la salida de la carpa con un gesto mínimo.

Freddy intenta leerle la cara y no encuentra nada. Smith siempre ha sido bueno en eso: parece cansado cuando quiere parecer cansado, distraído cuando necesita escuchar y ocupado cuando una pregunta llega demasiado cerca. Esa habilidad lo convirtió en director. Esta noche también podría convertirlo en otra puerta cerrada.

—Si vas a decirme que no sabes nada, dilo aquí —murmura Freddy—. Nos ahorrará mojarnos.

Smith se ajusta la chaqueta.

—Si no supiera nada, no te pediría que salieras.

La respuesta debería tranquilizarlo. No lo hace. Freddy recuerda los nombres que acaba de darle a Bishop: Ainara, Peter y Alain. Ya no puede permitir que otra conversación importante termine en una insinuación.

—Afuera. Dos minutos.

Freddy sale tras él. Al otro lado del perímetro, Ainara pelea por minutos; Smith acaba de pedirle dos.

Dos minutos.

Fuera llueve fino. Smith se detiene bajo el alero de un camión de transmisiones, donde el generador tapa cualquier voz a más de un metro.

—Thorton pidió esta tarde autoridad para intervenir —dice—. Su solicitud citaba un anexo de Defensa que ningún general de la Guardia Nacional debería haber leído: una instalación clasificada dentro de la planta.

—¿Qué instalación?

—No lo decía. Ni dónde ni qué guarda. Solo que existía y que el Ejército tenía que llegar antes que nadie.

Freddy se seca la lluvia de la cara con la palma.

—Y no me lo dijiste.

—No sabía si la filtración salía de la oficina de Thorton o de más arriba. Si lo compartía por un canal que no controlo, les confirmaba que lo habíamos visto.

—¿Y Kessler?

—Kessler es otra cosa. —Smith mira hacia la carpa—. Hace nueve años, en Estambul, perdí dos fuentes después de una reunión en la que él era el único contacto común. Cada vez que intenté abrir una investigación, alguien la cerró por seguridad nacional.

—Por eso no me pediste nombres.

—Lo que no sé no se puede filtrar. —Smith se sube el cuello del abrigo—. Tu gente sigue sin existir, Tanaka. Que siga así. —Consulta el reloj—. Se te acabaron los dos minutos.

Vuelve a la carpa. Freddy lo sigue un momento después.

24

CUATRO CONTRA UNO

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:10 p. m.

El corredor sur huele a pólvora y a lluvia.

El agua se mezcla con el aceite del suelo y vuelve resbaladiza la rejilla. Las luces fallan desde que un disparo alcanzó una caja de distribución. Cuando se apagan, avanzo guiándome por el metal frío de las tuberías.

A veinte metros, Vance ha colocado a cuatro hombres detrás de los tanques. Otros dos cubren el flanco este y deben avisar si Harbinger intenta rodearlos.

No parecen suficientes. Son los que tenemos.

Ya saben que los atacantes trabajan para quienes financiaron el asedio. Ninguno lo comenta. Uno comprueba dos veces el cargador; otro mira a Vance antes de volver la vista al corredor.

Vance se aproxima agachado.

—Los del puesto de munición no respondieron —dice.

Se lo dije al llegar. Ahora se lo confirma su propia radio.

—Cuando esto termine, iremos por ellos.

Vance me sostiene la mirada. Ambos sabemos que es una promesa que quizá no podamos cumplir.

—Alain —digo por el auricular.

—Aquí. Seis avanzan por el corredor principal. Los otros ocho se dividieron entre los flancos. Los perdí detrás de los tanques.

—¿Distancia?

—La columna está a unos ochenta metros. Los demás, más lejos.

Ochenta metros. Menos de dos minutos, quizá mucho menos si corren.

—Andrew —digo.

—Los grupos de los flancos buscan otra entrada. Si encuentran el paso entre los tanques del oeste, pueden llegar al edificio norte sin cruzarse con Vance.

—¿Puedes cegar ese corredor?

—Puedo abrir la purga de vapor. El calor les impedirá atravesarlo sin protección.

—Hazlo.

—Dame treinta segundos.

Mientras espero, vuelvo a llamar a Alain.

—¿Sigues cubriendo el norte?

—Sí.

—Si alguno de los flancos se acerca demasiado, retrocede. No quiero que te corten la salida.

—Eso sonó casi afectuoso.

—No te acostumbres.

Su risa dura menos de un segundo. Me basta para saber que todavía respira con normalidad.

Llego junto a Vance y me agacho detrás de un tanque. En el corredor aparecen seis figuras que avanzan en parejas. Se detienen y se mueven a la vez, como si cada una supiera dónde estarán las otras sin necesidad de mirarlas.

Los Centinelas los siguen con las armas. Uno respira por la boca. Vance le toca el hombro y señala otra cobertura, más baja y alejada del borde.

—Yo entrené a gente así —dice Vance en voz baja, sin apartar los ojos del corredor.

—Junior encontró en el contrato una partida para «acceso técnico al sector norte». Si Harbinger alcanza el edificio DARPA y alguien les

abre desde fuera, pueden tomar el control de la refrigeración. No podemos dejarlos pasar.

Vance toma la radio.

—Fuego solo con blanco claro. No desperdicien la primera oportunidad.

Silencio durante cuatro segundos.

Harbinger dispara primero contra las luces. Una tras otra se apagan hasta dejar el corredor casi oscuro.

—Ellos pueden vernos —dice un Centinela—. Nosotros no.

—Andrew —digo—. ¿Puedes encender las luces del corredor sur desde el sistema de la planta?

—Parte del circuito responde. Puedo encender algunas.

—Hazlo ahora.

A mi lado, el Centinela que habló intenta limpiarse el agua de los ojos sin bajar el arma.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Mason.

—Cuando vuelvan las luces, no las mires de frente, Mason.

Vance me observa, pero no comenta nada.

Varias luces vuelven de golpe, separadas y temblorosas. Las figuras del corredor se detienen. Dos se llevan las manos a los visores y buscan cobertura.

Un disparo golpea el tanque a la altura de mi cabeza. Me aparto y siento caer fragmentos de pintura sobre el cuello.

Los Centinelas de Vance abren fuego.

Durante el siguiente minuto apenas distingo acciones separadas. Disparos, metal golpeado y hombres que cambian de cobertura antes de que el enemigo ajuste la puntería.

Harbinger avanza mejor coordinado. Los Centinelas compensan conociendo los desniveles, los tanques resistentes y los ángulos desde los que pueden disparar sin ofrecer todo el cuerpo.

Mason dispara y se agacha antes de que respondan. El hombre de su izquierda le da un golpe breve en la espalda, una felicitación que no necesita palabras.

Un proyectil golpea la tubería sobre nosotros y el ruido me deja un pitido en el oído. Mason se encoge. Vance lo toma por el chaleco

y lo arrastra unos centímetros hacia una cobertura mejor. Lo hace sin dejar de mirar al corredor.

—Respira —le ordena.

Mason asiente demasiado rápido.

—No puedo verlos.

—Ellos tampoco te ven cuando estás aquí. Espera a que se muevan.

Me sorprende el tono. No es el del hombre que amenazó con volar la planta, sino el de alguien que ha repetido esas palabras a soldados asustados muchas veces.

Al otro extremo, uno de los Centinelas pide munición. El hombre que lo cubre le lanza un cargador por el suelo. Se detiene a medio camino, atrapado en una ranura. Ninguno puede alcanzarlo sin exponerse.

Me deslizo hasta la siguiente cobertura, recojo el cargador y lo empujo con la palma. El Centinela lo atrapa.

—Gracias —dice, casi sin voz.

Hace una hora ese mismo hombre habría disparado si me hubiera visto cruzar el perímetro. Ahora espero a que recargue para poder volver a moverme.

Yo cambio de posición y busco a Vance. Sigue dando órdenes, pero ahora mira a cada hombre cuando habla. Ya no dirige una operación. Está intentando que regresen.

Por ahora basta para contenerlos.

—Alain —digo entre dos ráfagas.

—Aquí.

—Los flancos. ¿El vapor los frenó?

—El vapor cerró el paso del oeste. Los cuatro retrocedieron. En el este encontraron una pasarela. Si suben, podrán disparar sobre Vance desde arriba.

Levanto la vista. La pasarela pasa justo sobre el cruce. Con cuatro hombres allí, la posición de Vance dejará de ser una defensa y se convertirá en una trampa.

—Peter —digo.

—Dime —responde desde el edificio de control.

—Sal de tu ubicación. Cuatro hombres suben hacia la pasarela del sector central. No dejes que alcancen el cruce.

Silencio de un segundo.

—Voy —dice Peter.

—Peter.

—Sigo aquí.

—No tienes que detenerlos a todos. Solo impedir que lleguen arriba.

—Esa diferencia parece importante para ti.

—Lo es.

—Entonces procuraré recordarla.

La comunicación se corta. No sé si ha terminado de hablar o si ya está corriendo.

Peter solo contra cuatro hombres, sobre una pasarela estrecha y mojada. No tengo otra persona a quien enviar ni tiempo para buscar otra opción.

25

EL PRECIO DE DIEZ MINUTOS

Pasarela exterior, sector central
Martes, 10 de octubre, 9:11 p. m.

La pasarela mide apenas un metro de ancho. Los cuatro hombres de Harbinger suben en fila desde el extremo sur, obligados a dejar entre ellos más distancia de la que querrían.

Peter guarda el arma. Si dispara al primero, los otros tres tendrán tiempo de ponerse a cubierto y fijar su posición. Espera detrás del giro de la pasarela, pegado al montante, con una mano apoyada en la baranda mojada.

El primer hombre aparece con el rifle por delante. Peter contiene el aire hasta verle el hombro.

Aparta el cañón. El disparo se pierde en la lluvia y el retroceso desequilibra al hombre. Peter tira de su chaleco y lo golpea contra la baranda. El metal cede; el operativo cae al nivel inferior y queda inmóvil.

Los demás ya saben que Peter está ahí.

El segundo dobla el ángulo demasiado rápido. Peter lo recibe de frente, desvía el arma y los dos chocan con la baranda. Durante un instante ninguno domina el forcejeo. Peter le clava el hombro en el pecho, consigue girarlo y lo empuja por el hueco abierto por el primero.

Dos fuera. Quedan otros dos y Peter ha perdido la sorpresa.

El tercero se detiene antes del giro. Retrocede y apunta al montante. Peter ve la sombra del rifle antes que al hombre.

Se deja caer sobre la rejilla. El disparo atraviesa el lugar donde estaba su cabeza. Peter golpea la pierna del operativo y este cae sobre el cuarto, que intenta subir sin espacio para apartarse.

Los siguientes segundos son torpes y violentos. El tercero alcanza a cortarle el hombro antes de que Peter le golpee la muñeca contra un poste. El cuchillo cae entre las rejillas. El cuarto busca el rifle; Peter pisa la correa y recibe un golpe en la cara. Responde con la frente, luego con el codo. Cuando consigue levantarse, los dos hombres siguen en el suelo y ninguno de ellos sostiene un arma.

Peter aparta los rifles con el pie y comprueba que los dos de la pasarela respiran. No sabe cuánto tardarán los dos últimos en levantarse.

El tercero se lleva la mano a la muñeca y trata de incorporarse. Peter le ordena que permanezca en el suelo. El hombre lo mira, calcula el corte en su hombro y vuelve a intentarlo.

Peter recoge un rifle y lo apunta sin acercar el dedo al gatillo.

—No necesito que estés de acuerdo —dice—. Solo que esperes cinco minutos.

El operativo observa a sus compañeros. El primero y el segundo siguen abajo; el cuarto respira con los ojos cerrados. Al final, apoya la espalda contra la rejilla.

—No sabes lo que protegemos —dice.

—Tú tampoco.

La respuesta lo hace callar. Peter retrocede hacia la escalera sin darle la espalda. Le duele más el hombro cuando deja de usarlo, como si el cuerpo hubiera esperado a que terminara la pelea para reclamar atención. No sabe si esos hombres respetarán la tregua improvisada. Confía en que el vapor, la oscuridad y la distancia les cuesten los minutos que acaba de pedir.

Le sangra la frente y el brazo derecho no sube del todo. Abajo continúa el combate. La pasarela está despejada por ahora, que es lo único que Ainara le pidió.

Se toca el corte con la punta de los dedos. La sangre se mezcla con la lluvia.

—Peter, ¿estás herido? —pregunta Ainara.

—Un poco.

—Eso no es una medida.

Mira a los hombres en el suelo. Uno empieza a moverse.

—Puedo bajar.

—Entonces baja. No busques otra pelea.

Peter recoge uno de los rifles y lo deja apoyado lejos de los cuerpos. Le gustaría asegurar a los cuatro, pero no tiene precintos ni tiempo.

—Pasarela limpia —dice al auricular.

Empieza a bajar antes de terminar de recuperar el aire.

Corredor sur, Terminal GNL Gulf Coast
Misma fecha y hora

—Vance —digo.

—Dime.

—Necesito dos minutos más de contención en el corredor. Luego voy al panel.

Vance dispara dos veces desde detrás del tanque, cambia de posición y responde sin girarse.

—Dos minutos es mucho tiempo en esto.

—Lo sé. ¿Puedes?

—Podemos.

Me desplazo hacia el extremo del cruce. Desde allí puedo ver un tramo de la columna central que queda oculto a los hombres de Vance.

Espero.

Uno de los operativos abandona la cobertura. Disparo. Cae y su compañero retrocede, buscando el origen del tiro.

Quedan nueve de los catorce que seguían activos: cuatro detenidos por Peter y este último en el corredor, si todos siguen fuera de combate. No puedo comprobarlo.

Harbinger detiene el avance. Gano unos segundos.

—Ainara, Peter acaba de despejar la pasarela —dice Andrew.

Quiero contestar que lo sé, que escuché su voz. En cambio, pregunto:

—¿Cómo lo ves?

—Se mueve. Dice que puede bajar.

Con Peter, esa respuesta cubre demasiadas posibilidades. No puedo ir a comprobarlo.

Vance me hace una seña desde el otro lado del cruce. Uno de sus hombres tiene sangre en la manga. No sé si es suya. Quiero acercarme, pero Harbinger vuelve a disparar y el Centinela se agacha por sus propios medios.

—¿Cuántos siguen contigo? —pregunto cuando consigo llegar hasta él.

—Los seis.

—¿Heridos?

Vance tarda en responder.

—Todos los que siguen peleando están heridos de alguna manera.

No es la respuesta que pedí. También es la única honesta. Miro el acceso al edificio de control y calculo el trayecto. Si espero a que alguien esté ileso, nunca llegaré al panel.

Vance le pide una radio a uno de sus hombres y me la entrega.

—Está en nuestra frecuencia. Podrás hablar conmigo desde arriba.

La sujeto al cinturón.

Salgo por el acceso lateral y corro hacia el edificio de control. El suelo mojado me hace resbalar en el primer giro. Apoyo una mano, recupero el equilibrio y sigo hasta la escalera. Cuando llego al panel, me cuesta cerrar los dedos alrededor de la palanca.

—Andrew —digo.

—Estoy bloqueando el acceso remoto al sistema del norte —responde Andrew—. Alguien intenta recuperarlo. Todavía lo

mantengo fuera.

—Necesito diez minutos de margen para ejecutar la secuencia sin perder la cuenta ni dejar que el sistema vuelva a tomar el control.

—Te avisaré si cambia.

—Vance. Empiezo la secuencia. Necesito diez minutos —digo por la radio.

La voz de Vance llega entre los disparos y el eco metálico del corredor.

—Diez minutos —confirma.

Miro las seis palancas. Tres, uno, cinco, dos, seis, cuatro. Quince segundos entre cada una.

Pongo la mano en la palanca tres.

En el corredor siguen los disparos. Peter confirma que baja de la pasarela. Andrew respira por el auricular mientras trabaja.

Bajo la palanca tres. Empiezo a contar. Uno. Dos.

26

UN ARMA IMPROVISADA

Terminal GNL Gulf Coast / Base de operaciones, Corpus Christi, Texas

Martes, 10 de octubre, 9:13 p. m.

Trece. Catorce. Quince.

Bajo la palanca uno.

La aguja central apenas se mueve. No sé si eso significa que todo va bien o que todavía es demasiado pronto para saberlo.

—Andrew —digo.

—Veo el cambio —responde Andrew—. Sigue.

Uno. Dos. Tres.

—Vance —digo por la radio.

—Aquí. —Oigo disparos y después su respiración.

—¿Situación?

—La columna central sigue detenida. Perdí contacto con los dos hombres que cubrían el flanco este.

Cuatro. Cinco.

—Alain —digo.

—El flanco este está abierto —responde Alain—. Los cuatro del oeste, los que frenaron el vapor, están rodeando por debajo de la pasarela. Van hacia el norte.

Van hacia el edificio DARPA.

Seis. Siete. Ocho.

—Andrew. ¿Cuánto para que lleguen al edificio norte?

—Cuatro minutos si mantienen el ritmo.

Necesito mucho más para terminar la secuencia. Si llegan antes, no sé qué harán con la puerta ni con los cilindros. Me obligo a seguir contando.

—Alain. ¿Puedes cerrarles el corredor lateral?

—Puedo probar. No prometo elegancia.

—Con lo que tengas. No hace falta que los venzas —añado—. Solo retrásalos.

—Me tranquiliza muchísimo.

Al fondo del canal oigo a Peter preguntar dónde lo necesitan. Le digo que vuelva a la pasarela y cubra el cruce desde arriba. Durante un instante todos hablan a la vez y pierdo dos números. Cierro los ojos, recupero la cuenta y continúo.

Una pausa.

—Tengo el rifle. Y una idea bastante mala —dice Alain.

—Cuéntame.

—Hay un colector de sedimentos cerca de ellos. Si libero la compuerta, una descarga de agua negra y lodo puede barrer la pasarela inferior. Para alcanzarla tengo que pasar por debajo de los tanques.

Pierdo la cuenta. Miro la aguja y vuelvo al último número que recuerdo con certeza.

—Hazlo. Y avísame cuando estés fuera.

—Eso último complica un poco el plan.

Corredor lateral, sector este

Misma fecha y hora

Alain deja el rifle junto a una tubería. Necesita las dos manos para la válvula y no puede arrastrarlo bajo los tanques sin hacer ruido.

Se tiende en el agua y avanza por debajo de la línea de depósitos. Los cuatro hombres recorren el centro del pasillo, mirando hacia los lados y hacia las plataformas. Alain confía en que no miren al espacio estrecho que tienen bajo los pies.

El agua le llega hasta el pecho. El rifle queda detrás, más lejos a cada movimiento.

Avanza cuando la lluvia golpea con más fuerza y se detiene cuando disminuye. Una rodilla choca con una pieza de metal sumergida. Aprieta los dientes y sigue.

La compuerta del colector está en la base de la tubería, casi a ras del suelo. Tiene el seguro oxidado y una palanca corta. Si consigue soltarla, la presión del agua hará el resto.

Cinco metros.

El par más cercano se detiene. Uno dirige el visor hacia los tanques. Alain hunde la cara en el agua turbia y espera. El haz pasa sobre él.

Alain afloja el seguro del colector de sedimentos. La compuerta no cede al primer tirón. Apoya los dos pies contra la base, vuelve a tirar y el cierre salta con un golpe seco. Una descarga de agua negra y lodo a presión barre la pasarela inferior, empuja a los dos mercenarios que van en punta y obliga al resto a retroceder hacia la zona abierta.

Los cuatro retroceden cubriéndose. El agua les golpea las piernas y el lodo convierte la pasarela en una superficie inestable. Alain ha ganado unos segundos y los mercenarios tienen que buscar otra ruta.

Alain regresa por el mismo espacio, recoge el rifle y se apoya un instante contra la tubería. Tiene la rodilla abierta y barro en la boca.

—Corredor lateral bloqueado —dice al auricular.

Tarda un segundo más antes de añadir:

—De nada.

—Recibido —digo.

—¿Eso es todo?

—Cuando salgamos, te doy una medalla.

—Prefiero ropa seca.

La voz de Alain mantiene un tono ligero, pero una respiración contenida delata el dolor. Antes de que pueda preguntarle, dice que vuelve a cubrir el corredor del edificio norte.

Nivel superior, edificio de control
Minutos después

—Andrew —digo—. La guerra digital. ¿Aguantas?

La respuesta tarda más de lo normal.

—El Anillo encontró otra entrada al sistema. Todavía la bloqueo, pero esta ruta llega hasta el control de refrigeración.

—¿Qué pasa si recibe esa señal mientras opero?

—Recibiría órdenes contradictorias y cerraría las válvulas.

—¿Cuánto hasta que use esa ruta?

—No lo sé. Puede intentar entrar ahora o esperar a que hayas avanzado más.

Andrew guarda silencio un instante. Cuando vuelve a hablar, hay alguien más conectado al canal.

—He incorporado a Junior desde Louisville —dice—. Encontró en los pagos de CMLN el nombre de la empresa que realizó el mantenimiento del sistema.

—La empresa desapareció hace seis meses —explica Junior—, pero uno de sus técnicos recibió dinero de la misma cuenta que pagó a Harbinger. Si ese hombre preparó el acceso, quien está atacando a Andrew conoce el sistema desde dentro.

—¿Eso nos dice cómo detenerlo? —pregunto.

—Todavía no —admite Junior—. Pero puedo buscar qué dejaron instalado y cuándo. Andrew no está peleando contra alguien que encontró una puerta abierta esta noche. La dejaron abierta para él.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—En Louisville. Y antes de que lo preguntes, estoy bien.

La rapidez de la respuesta me dice que no lo está del todo.

—Luego hablamos.

—Eso espero.

Andrew nos corta antes de que ninguno añada algo que no sirva para mantener el sistema abierto.

Me pregunto qué tuvo que pasar para que contestara tan rápido que estaba bien. Conozco esa respuesta. La he usado demasiadas veces.

—Ainara, sigue contando —dice Luna.

He vuelto a perder un número.

Miro la aguja, reconstruyo la secuencia desde la última palanca y empiezo otra vez. No puedo ayudar a Junior desde aquí. Él tampoco puede bajar las palancas por mí.

Miro las palancas. He bajado la tres y la uno. Junior no me ha dado una solución, pero al menos ahora entiendo por qué Andrew pierde terreno.

—Andrew. Necesito que bloquees esa ruta en los próximos dos minutos.

—Voy a seguir bloqueándolo. Si entra, tendrás que aislar el panel con el interruptor de banda roja. En ese momento perderemos toda conexión con el sistema.

—Y dejaré de recibir tus indicadores.

—Sí. También perderás el auricular: usa esa red. Tendrás que terminar con los medidores físicos y la secuencia.

El cronómetro interno avanza hacia el final del intervalo. Mantengo la mano apartada del panel mientras el metal vibra bajo mis botas y Andrew intenta contener la intrusión del Anillo. Cuando la aguja alcanza el pulso verde, bajo la palanca cinco. Tres posiciones completadas. Quedan tres.

Aprieto la mano hasta que deja de temblar.

27

SIN NADIE AL OTRO LADO

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:15 p. m.

El interruptor de banda roja está en el panel derecho. Parece demasiado pequeño para dejarme sola con todo el sistema.

—Luna —digo.

—Estoy contigo —responde desde el tráiler.

—Si activo el aislamiento, no podré seguir escuchándote. Mantén a Freddy al tanto de lo que ocurra fuera. Que Andrew pueda concentrarse en el sistema mientras tengamos conexión.

—Entendido. Yo me encargo de avisarle. Hasta que cortes, sigo contigo.

El panel no cambia. Sigo contando.

Tráiler del equipo Fénix
Misma fecha y hora

Andrew trabaja sin apartar la vista de la pantalla principal. Cada ruta que bloquea provoca otro intento unos segundos después.

Quien está al otro lado conoce el sistema. No tantea ni pierde tiempo en zonas inútiles; busca las conexiones que conducen al control del edificio norte.

La información de Junior explica por qué. Una empresa contratada para mantener el sistema recibió dinero ligado a Harbinger. El acceso pudo quedar preparado meses atrás.

Andrew cierra una ruta. La siguiente aparece en un subsistema que no había considerado vulnerable.

No puede saber cuánto le queda. Solo que cada bloqueo tarda más que el anterior.

Mira el botón que conecta con Ainara. Todavía no lo pulsa.

Si la alarma aparece, tendrá que pedirle que active el aislamiento y continuará sola. Andrew revisa la posición del interruptor en los planos y prepara una instrucción de una sola frase. No quiere que Ainara escuche sus dudas cuando llegue ese momento.

Luna se acerca a la pantalla.

Luna deja una botella de agua junto a la mano libre de Andrew.

—Bebe.

—Ahora no.

—No necesitas las dos manos para tragar.

Andrew toma un sorbo sin mirar la botella y casi se atraganta.

—Eso ha sido culpa tuya.

—Pero sigues respirando.

Andrew deja escapar un sonido que podría ser una risa si tuviera suficiente aire. Luna vuelve a las grabaciones de carretera que él le dejó abiertas después de la llamada de Junior desde las barracas. Busca los vehículos que salieron del centro de entrenamiento: si había otro grupo, necesitan saber hacia dónde fue. En su lista ha rodeado las dos matrículas más legibles y anotado la hora y el lugar de cada avistamiento.

—¿Crees que vienen aquí? —pregunta.

—No tengo datos para creerlo.

—No te pregunté qué dicen los datos.

Andrew deja de escribir durante un instante.

—Creo que el Anillo rara vez prepara una sola salida. Si Harbinger falla, alguien más puede tener otra tarea.

—Eso tampoco significa que sean treinta y dos.

—No.

Luna subraya la palabra «ocupantes: desconocidos». Necesita que Freddy escuche la amenaza sin convertirla en una certeza. En una noche como esta, una cifra grande puede movilizar ayuda; también puede llevar a los agentes a la dirección equivocada.

Él deja la botella. Luna ve que la mano le tiembla antes de volver al teclado.

—Encontramos siete camionetas que salieron del centro de entrenamiento el lunes por la noche —dice Luna—. Las cámaras las siguen hasta la interestatal 65 en dirección sur. Después perdemos el rastro cerca de Nashville.

Andrew no deja de trabajar.

—Díselo a Freddy. Que no dé por hecho que venían ocupadas ni que se dirigían aquí.

Luna toma el teléfono. Antes de marcar, anota las matrículas en una hoja para no depender de otra pantalla.

Base de operaciones del FBI

Misma fecha y hora

Freddy escucha al coronel Martin proponer un asalto aéreo mientras Kessler observa. Aún nadie sabe que el equipo Fénix está dentro.

—Podemos entrar por el oeste —dice Martin—. La presencia de Centinelas parece menor y la tormenta cubriría el descenso.

El teléfono de Freddy vibra. Luna le comunica lo de las siete camionetas: salieron de Kentucky, viajaron hacia el sur y desaparecieron cerca de Nashville. No saben cuántas personas llevaban ni cuál era su destino.

Freddy envía las matrículas y la última posición conocida a los Rangers y a la Guardia Estatal. Si las camionetas siguen hacia Texas, quiere que alguien las esté esperando antes de que alcancen el perímetro.

Vuelve junto a Martin y Kessler.

—Queda registrado, coronel. Lo evaluaremos si la situación cambia.

—¿Qué está esperando, Tanaka? —pregunta Kessler—. Desde aquí parece que nadie actúa.

—Eso significa que quienes están trabajando todavía no han sido descubiertos.

Martin frunce el ceño.

—¿Quiénes?

—Los equipos que ya están desplegados.

La respuesta no satisface a ninguno de los dos. Freddy mira el reloj. Cada pregunta que consigue retrasar es un segundo en el que Ainara puede seguir trabajando.

Kessler mira hacia el tráiler. Freddy se desplaza medio paso y le corta la línea de visión sin que se note.

Entonces Andrew entra en la frecuencia. Habla más rápido de lo habitual.

—El acceso remoto está a punto de alcanzar la refrigeración. Voy a avisar a Ainara. Tendrá que activar el aislamiento: perderé el sistema y no podré seguirla desde aquí.

Freddy aprieta el auricular contra la oreja. No puede decidir por ella. Sin embargo, sí puede impedir que Martin o Kessler interrumpan el canal en el peor momento.

—Necesito el reservado —dice a Martin.

—Estoy hablando con usted.

—Y yo tengo una operación en curso.

Kessler observa el auricular. Freddy sabe que ha oído el cambio en la voz de Andrew aunque no distinga las palabras.

—¿Ha ocurrido algo en el sector norte? —pregunta.

Freddy no responde. Entra en el reservado y cierra la cortina. No puede cerrar la puerta porque no existe, pero al menos obliga a Kessler a decidir si quiere apartarla delante de toda la carpa.

—Andrew, mantenme informado —dice.

—No hay nada que puedas hacer desde ahí.

—Lo sé.

Aun así, se queda conectado.

28

LA BRECHA DEL SUR

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:17 p. m.

Lo escucho antes de sentirlo.

Una explosión sorda llega desde el corredor sur. No es un disparo. El metal cruje después y el sonido recorre la estructura hasta el suelo bajo mis pies.

Aparto la mano de la palanca dos. La secuencia permite esperar. No permite equivocarse.

—Andrew —digo.

—Harbinger abrió parte del acceso sur —responde Andrew—. Hay una brecha de unos tres metros.

Tres metros bastan para que entren en parejas. Y yo sigo frente a tres palancas que no puedo bajar más rápido.

La mano me duele de mantenerla cerrada. La abro y la apoyo sobre el borde del panel. Abajo, alguien grita una orden que el metal de las paredes vuelve incomprensible.

—¿Ainara? —dice Luna.

—Sigo aquí.

—Pensé que habías perdido la cuenta.

—Todavía no.

No le digo que he perdido muchas otras cosas desde que entramos: la ubicación exacta de Peter, el número de hombres que continúan junto a Vance y la certeza de que la secuencia servirá si la tubería sigue dañándose. Luna tampoco me pregunta. Me devuelve el siguiente número y lo repito con ella.

—Andrew, ¿cuántos hombres de Harbinger han pasado por la brecha del sur? —pregunto.

—Todavía no puedo contarlos —responde—. El polvo de la explosión tapa la imagen de las cámaras de ese acceso.

Desde el sur llegan ráfagas breves. Los hombres de Vance siguen respondiendo. La brecha todavía no está en manos de Harbinger.

Vuelvo a apoyar los dedos en la palanca y los retiro. El impulso de hacer algo es peligroso cuando la única acción correcta consiste en esperar.

—Sigue con la secuencia —dice Luna por el auricular.

—Eso intento.

—No. Estás escuchando los disparos.

Tiene razón. Cierro los ojos y recupero el número en el que estaba.

No sé cuánto durará.

—Peter —digo al auricular.

—Aquí —responde desde la pasarela exterior.

—La brecha en el corredor sur. Necesito que la cubras.

—Estoy a cien metros. Dame dos minutos.

—Tienes uno.

Oigo a Peter correr sobre la pasarela y bajar una escalera. Su respiración se vuelve más fuerte que los pasos.

—Andrew —digo.

—Cuatro cruzaron. Los otros cinco cubren la brecha.

Los nueve que quedaban siguen activos: cuatro dentro y cinco sosteniendo la entrada.

—¿Dirección de los cuatro?

—Norte. Directo al edificio DARPA.

En la imagen que describe Andrew, los cuatro ya han superado a los hombres de Vance. Nosotros pusimos la defensa en el corredor

porque creíamos que ese era el único camino. Harbinger abrió otro en segundos.

—¿Vance sabe que pasaron?

—Estoy intentando localizarlo.

—No uses el canal general. Sus hombres ya tienen suficiente confusión.

Van al edificio DARPA. Puede que esperen a que alguien les abra desde fuera o que piensen en forzar la entrada. En cualquiera de los dos casos, no necesitan pasar por el panel donde estoy.

—Alain —digo.

—Aquí. —Alain respira con dificultad, pero su voz se mantiene firme.

—Cuatro de Harbinger en dirección norte. Entre tú y el edificio DARPA.

—Los veo a unos sesenta metros. Vienen en parejas.

—No los dejes llegar.

—Entendido.

—Alain.

—¿Sí?

—No te quedes sin salida.

—Cada vez pides cosas más difíciles.

Oigo cómo cambia de posición. No sé si ha obedecido o si solo ha encontrado una manera más cómoda de desobedecer.

El primer disparo de Alain llega antes de que pueda responder.

El suelo vuelve a vibrar. Esta explosión viene del oeste y es más breve. Después aparece un silbido continuo en las tuberías del sector norte.

Sostenido y creciente.

No necesito que Andrew me lo explique: es una fuga, y está debajo de mí.

—Andrew —digo. La voz me sale más baja de lo normal.

—Dañaron la línea exterior de refrigeración —dice Andrew—. No está cortada, pero pierde presión.

—¿Cómo de grande?

—El sistema intenta compensarla. Si se fuerza demasiado la línea dañada, la fuga aumentará.

—La ensancha.

—Sí.

—¿Cuánto antes de que eso pase?

Andrew guarda silencio antes de responder.

—Entre veinte y veinticinco minutos con las lecturas actuales. Puede ser menos si la temperatura vuelve a subir. La unión dañada tiene un cierre de emergencia en la sala de máquinas: se aprieta con una llave y hay que sostenerla hasta que selle. Desde aquí no puedo accionarlo.

Cuatro hombres avanzan hacia el norte, cinco sostienen la brecha y todavía me faltan tres palancas.

Veinte minutos podrían bastar si nada empeora. Todo está empeorando.

—Avísame cada vez que cambie la temperatura. No esperes dos minutos.

—Entendido.

El silbido se mezcla con los disparos. Apoyo una mano en la mesa para sentir si la vibración aumenta y vuelvo a mirar el panel.

La palanca dos espera bajo mi mano. Podría bajarla y continuar, pero Andrew aún no ha confirmado que el acceso digital siga bloqueado. Me obligo a esperar.

En la radio que me dio Vance entra la voz de un Centinela que llama a Vance. Pide instrucciones para sacar a un herido del cruce. Nadie responde durante unos segundos.

—Muévanlo detrás del segundo tanque —dice por fin Vance—. Mason, cúbrelo.

Mason. El joven Centinela que estaba a mi lado cuando Harbinger apagó las luces del corredor. Sigue combatiendo. La radio se llena de respiraciones y golpes contra el metal. Después, alguien confirma que han puesto al herido a cubierto.

No sé si sobrevivirá. Sé que Vance ha aprovechado parte del tiempo que le queda para intentarlo.

Tráiler del equipo Fénix
Misma fecha y hora

Andrew lleva demasiado tiempo sentado. Cuando mueve los dedos, siente un tirón que le sube por el antebrazo.

La temperatura del edificio ha subido otro grado. La fuga continúa y el sistema responde aumentando la refrigeración, como si no pudiera distinguir entre corregir el problema y agravarlo.

En las imágenes del sur, cinco hombres cubren la brecha. Más al norte, cuatro figuras avanzan hacia el edificio DARPA.

Alain derriba a dos. Los otros buscan cobertura y cambian de ruta.

—Luna —dice Andrew sin girarse.

—Dime —responde desde la silla de al lado.

—Habla con Freddy. Si los Rangers presionan desde fuera, los cinco de la brecha tendrán que mirar en dos direcciones.

—Ya lo llamo.

Luna marca a Freddy, pero mantiene una mano junto al hombro de Andrew.

—¿Cuántos quedan al norte?

—Dos. Siguen en el norte, pero los perdí de vista.

—Alain dijo que se retiraron.

—Dijo que cambiaron de ruta.

Luna transmite solo lo que sabe.

Andrew vuelve a la temperatura. Cuando vuelve a buscar a los dos hombres que escaparon de Alain, ya no están donde los dejó. El silbido entra por el micrófono de Ainara y le recuerda que el tiempo también avanza cuando las cámaras no muestran nada.

La lectura vuelve a subir.

Andrew intenta recuperar una cámara del norte y obtiene una imagen gris, llena de lluvia. Golpea una tecla con más fuerza de la necesaria.

—No vas a arreglarla así —dice Luna.

—No intento arreglarla.

—Entonces deja de castigar el teclado. Lo necesitamos.

Andrew retira las manos. Luna aprovecha para leerle la temperatura en voz alta y él vuelve a trabajar, esta vez más despacio. Ninguno menciona que la cifra ha subido.

Nivel superior, edificio de control
Minutos después

Oigo pasos en la escalera y levanto el arma. Es Vance. La bajo antes de que llegue al último peldaño.

Trae polvo en los hombros. Ha dejado a su segundo al mando del cruce y sube a ver el corredor desde la ventana.

—La brecha —dice.

—Alain detuvo a dos. Otros dos siguen hacia el edificio DARPA. Necesita apoyo.

Vance mira el panel y después la ventana. Está eligiendo cuál de los dos problemas puede permitirse dejar sin hombres.

—¿Cuántos hombres puedes mover del corredor sur al norte? —pregunto.

—Si muevo gente del corredor sur, la brecha queda sin defensa.

—Si no mueves gente al norte, llegarán al edificio DARPA.

—No puedo defender los dos puntos —dice Vance.

—Entonces manda a quienes conozcan mejor el camino al norte y quédate con el resto.

Vance mira hacia abajo. Uno de sus hombres grita una posición por la radio.

—Si saco a dos, el corredor puede caer.

—Si no los sacas, Alain se queda solo.

—¿Y si llegan?

—Pueden esperar a que se la abran o intentar forzarla. Si alcanzan el edificio, podrían robar el material o dañar la contención. No sabemos qué orden recibieron si fracasa la extracción. Y alguien tocó la refrigeración antes de que ustedes llegaran.

Vance me mira.

—¿Antes de que tomáramos la planta?

—Antes. Andrew encontró cambios hechos cuatro horas antes del asedio. Prepararon esto contando con que ustedes asumirían la culpa si el edificio explotaba.

Vance se acerca a la ventana. Abajo, sus hombres siguen disparando. Espera una pausa entre las ráfagas antes de tomar la radio.

—Mando dos al norte —dice—. Son los únicos que puedo sacar del cruce.

Vance llama a Mason y a otro hombre. Les indica una ruta que evita el corredor principal y les ordena apoyar a Alain.

—Comandante, Cooper sigue solo en la planta baja —dice Mason —. ¿Paso a buscarlo?

Vance cierra los ojos un instante. Cooper debe de ser el muchacho que Vance dejó de guardia en la planta baja.

—No regreses por él. Ve al norte.

Mason tarda en confirmar.

—¿Me escuchaste?

—Sí, comandante.

La radio queda en silencio. Vance no me mira.

—Ainara —interviene Andrew—. Junior comprobó la versión de Hammer sobre Siria, como le pediste. Encontró un informe. Vance tiene que oír esto.

—Dilo.

—La declaración sobre Siria coincide con la que Vance dio hace tres años a un investigador del Pentágono —dice Junior—. Ese informe quedó archivado. Hammer no inventó esa parte.

Miro a Vance. No necesito contarle ahora que alguien ha confirmado su historia. Sí necesito recordar que todavía puede elegir qué hacer con ella.

—Recibido. Junior, pásaselo a Freddy.

Me vuelvo hacia el panel.

Vance sigue junto a la escalera. Ha oído mi parte de la conversación, pero no pregunta con quién hablaba ni cómo encontramos el informe.

—¿Recuerdas el orden? —pregunta.

—Tres, uno, cinco, dos, seis, cuatro. Me quedan la dos, la seis y la cuatro.

—Bien.

Se vuelve para bajar.

—Vance.

Se detiene.

—El informe existe. Lo que declaraste sobre Siria quedó registrado.

No sé por qué se lo digo ahora. Quizá porque va a bajar hacia una brecha que puede no volver a cruzar.

—Eso no devuelve a nadie —responde.

—No.

Vance se queda en el lugar sin bajar las escaleras. Aprieta los labios. Toma la radio y empieza a dar órdenes.

Las respuestas llegan por la radio con retraso. Los puestos más alejados, que no oyeron la orden del flanco sur, intentan entender por qué los supuestos refuerzos se han convertido en enemigos.

—Repita eso, comandante. —La voz es de uno de los puestos alejados del cruce, tensa—. ¿Los del mar son hostiles?

—Son hostiles —dice Vance—. Vienen a matarnos a todos. A ustedes, los primeros.

Silencio en la frecuencia.

—Nos dijeron que eran los refuerzos.

—Nos engañaron —dice Vance—. Los del mar vienen a matarnos. Desde ahora protejan al hombre que tienen al lado y aléjense del edificio norte.

Otro silencio. Más corto.

Las confirmaciones llegan una a una. Una voz no responde. Vance repite su identificación y espera, pero no vuelve a llamarlo.

Vance se acerca a la mesa y deja la radio. Se queda con la mano encima.

—Treinta hombres —dice—. Los conocí, uno por uno, antes de traerlos.

—Todavía puedes sacar a muchos.

—También puedo perderlos a todos por cambiar de bando a mitad del combate.

—No cambiaste de bando. Descubriste quién estaba disparando contra ustedes.

Me mira como si quisiera discutir la diferencia. Abajo vuelven a pedirle una orden. Toma la radio y responde. La discusión tendrá que esperar, si alguno de los dos conserva tiempo para ella.

Me acerco al panel y pongo la mano en la palanca dos.

29

ANTES DE DETONAR

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:20 p. m.

Tengo la mano sobre la palanca dos cuando Andrew entra por el auricular. Vance ya ha bajado para reorganizar la defensa.

—Entraron al subsistema. Tienes que aislarlo ahora.

Miro el panel. Tres palancas ejecutadas. Tres por ejecutar. El interruptor de banda roja en el panel derecho.

Activo el interruptor.

Las pantallas del panel se apagan. Solo quedan las agujas y los medidores físicos.

El auricular queda en silencio. Andrew ya no puede ver lo que hago. Intento recordar si me dijo algo más antes de que la conexión se cortara.

Aprieto el auricular por reflejo.

—Andrew.

No hay respuesta.

—Luna.

Nada.

La ausencia de sus voces ocupa más espacio que los disparos de abajo. Me obligo a soltar el auricular y vuelvo a la cuenta.

Bajo la palanca dos.

Solo puedo contar.

Una aguja retrocede y la temperatura baja en unas décimas. Quiero tomarlo como una confirmación, pero no tengo a quién preguntarle. Sigo contando.

Necesito completar la secuencia.

Apoyo la otra mano sobre la mesa para no acelerar. Quince segundos no deberían ser difíciles. Los he contado cientos de veces entrenando, esperando una señal o midiendo una distancia.

Al llegar a nueve, escucho pasos en la escalera. Mi cuerpo quiere volverse. Mantengo la vista en la aguja y sigo.

Una sombra cruza por debajo de la puerta interior.

Alguien golpea la baranda.

No sé si es Vance, uno de los suyos o Harbinger. La respuesta llegará antes que el siguiente número, pero no puedo permitirme esperarla.

Pierdo el número y vuelvo al siete. Ocho. Nueve.

Es entonces cuando escucho el impacto.

El intervalo termina mientras alguien sube por la escalera. La sombra cruza bajo la puerta. Una estructura cede en el nivel inferior; después llegan voces y más golpes: Harbinger ha alcanzado el edificio de control. Bajo la palanca seis. Solo queda la cuatro.

Tráiler del equipo Fénix

Misma fecha y hora

Cuando Ainara activa el aislamiento, se apagan las imágenes del sistema norte y desaparece su señal.

Luna aparta el monitor del norte y busca las cámaras que siguen activas.

Las cámaras que se conservan muestran cinco operativos entrando en la planta baja del edificio de control. Otros dos avanzan hacia el norte.

—Cinco dentro —dice Luna—. ¿Dónde está Vance?

Andrew cambia de cámara y ve movimiento detrás del edificio. No consigue distinguir rostros.

—Ainara cortó la red. No puedo localizar su radio.

—La radio de Vance no depende de esa red.

—Pero nosotros no estamos en su frecuencia.

Luna mira el equipo que tienen delante. Hay decenas de conexiones y ninguna llega a la persona que necesitan. Toma el teléfono para llamar a Freddy y luego lo deja. Él tampoco puede entrar al edificio.

—Busca una cámara exterior —dice—. Si no podemos hablarles, por lo menos veamos qué están haciendo.

Louisville, Kentucky

Martes, 10 de octubre, 10:20 p. m., hora del Este

Junior sigue en el despacho de Story Louisville con la carpeta de Hammer abierta y las fotografías del centro de entrenamiento a un lado. Le duele la garganta cada vez que traga.

Freddy necesitará pruebas cuando empiecen las preguntas. Junior ordena las fechas y guarda copias del informe sobre Vance, aunque todavía no sabe quién intentó enterrarlo. En la misma carpeta está la evaluación psiquiátrica que cerró la baja: firmada por Hammer, sin fecha de consulta ni el nombre del médico que la realizó. Se la manda a Freddy en cuanto la abre.

Escribe una frase, la lee y la borra. «Vance decía la verdad» no es una conclusión suficiente para un expediente. Añade el nombre del investigador, la fecha y el número de archivo.

No sabe si Ainara escuchó toda la información antes de cortar el sistema. Escribe como si después tuviera que explicárselo a ella.

Se detiene al escribir el nombre de Ainara. Podría llamar a Andrew, pero el canal está ocupado y cualquier pregunta obtendría la misma respuesta: todavía no saben.

Junior guarda el documento en dos ubicaciones. Luego abre las fotografías de las barracas. En una esquina aparece su propio reflejo en una ventana, pálido y con una mano en el cuello. Recorta la imagen antes de archivarla. No quiere que eso figure en el informe.

El silencio del despacho es distinto **del de la nave.** Allí cada ruido podía anunciar que el hombre de la cocina se había levantado. Aquí solo hay aire acondicionado y una puerta cerrada que nadie intenta forzar.

Junior se levanta para buscar agua. Al incorporarse, el hombro le recuerda el primer golpe. Se queda apoyado en la mesa hasta que pasa el mareo.

En la pequeña cocina del centro hay vasos de cartón y una máquina de café apagada. Llena un vaso con agua de la llave. Bebe la mitad y se lleva el resto al despacho, cuidando de no derramarlo sobre el portátil.

Se sienta y continúa.

Control exterior del perímetro

Martes, 10 de octubre, 9:18 p. m.

El agente que Bishop dejó pegado a Hammer llama por radio: el coronel ha vuelto al control exterior y pide noticias.

Freddy sale de la carpa con el teléfono en la mano. Hammer espera junto a un coche del FBI, sin paraguas, con el abrigo oscurecido por la lluvia.

—Me han dicho que hubo disparos dentro —dice Hammer—. ¿Detonó algo?

—No.

—¿Está vivo?

—No voy a contestar a eso.

—Sirvió a mis órdenes seis años.

—Lo sé. —Freddy gira el teléfono hacia él—. Mi gente ha pasado la noche con su expediente. Esta es la evaluación que cerró su baja.

No tiene fecha de consulta. No tiene el nombre del médico que la hizo. Tiene su firma.

Hammer lee sin acercarse. La lluvia le entra por el cuello y no se mueve para evitarlo.

—Ese hombre estaba inestable.

—Puede ser. Pero no hubo consulta.

—Veintidós días después de que se negara, ese intermediario entregó la posición de una patrulla —dice Hammer, sin levantar la voz—. Murieron cuatro de los nuestros. Eso también está en el expediente.

—Está. Y no explica una firma sin consulta previa.

Hammer no contesta.

—Cuando un capitán con tres condecoraciones declara que le ordenaron matar a un civil sin pruebas, alguien tiene que revisar esa orden —dice Freddy—. Cuando lo declara un hombre al que acaban de diagnosticar, el papel se archiva y nadie vuelve a abrirlo. Usted no lo echó del Ejército: lo convirtió en un expediente que nadie tiene que leer.

—La orden era legal.

—No he dicho lo contrario. He dicho que usted no quería que la revisaran.

El agente de Bishop se ha quedado a dos pasos, mirando hacia la carretera. Hammer se pasa la mano por la cara mojada.

—¿Esto va a ir a algún sitio?

—A los investigadores militares, el jueves. Con la copia del informe que Vance firmó hace tres años.

—¿Alguien por encima de usted le pidió que cerrara ese expediente?

Hammer lo mira sin contestar.

—Voy a preguntárselo igual mañana, con un abogado delante y una grabadora sobre la mesa.

—Entonces no diré nada más sin un abogado.

—Me parece razonable. Una cosa más —dice Freddy—. ¿Por qué ha vuelto al control?

Hammer tarda en responder.

—Porque si sale vivo de ahí, alguien tendrá que declarar que durante seis años sirvió bien. Y no queda nadie más que yo para hacerlo.

Hammer da media vuelta y camina hacia el coche. Antes de abrir la puerta, se detiene.

—Si lo sacan vivo de ahí, dígaselo usted. A mí no va a escucharme.

El agente de Bishop anota la hora en una libreta antes de moverse.

Hammer sube. El agente ocupa el asiento del acompañante y el coche sale del control hacia la carretera cerrada.

Freddy apaga la pantalla del teléfono y vuelve bajo la lluvia.

Nivel superior, edificio de control

Martes, 10 de octubre, 9:21 p. m.

Los golpes aumentan abajo. La puerta principal cede. La salida por la que subí desemboca en el mismo nivel que acaban de ocupar los atacantes.

La radio del cinturón crepita.

—Ainara —dice Vance.

—¿Cuánto te queda?

Tomo la radio con la mano libre.

—La última. Doce segundos.

—Harbinger entró en la planta baja. Al primero que subió por la escalera lo tiré abajo. Van a volver. —Vance respira una vez—. No llegarán.

—¿Dónde estás?

—Junto al soporte.

—¿Y tus hombres?

—Los que pueden moverse están fuera del edificio.

No dice cuántos. No puedo detener la cuenta para obligarlo a responder.

—Vance —digo.

—Mandé traer una de las cargas del muelle. Si la coloco en el soporte del acceso norte, puedo hundir la entrada de la escalera. No alcanzará el edificio DARPA, pero bloqueará el paso hasta aquí.

—No detones hasta que termine —digo.

—No pensaba hacerlo.

—Vance, necesito que me lo confirmes.

La radio capta un golpe cercano. Después, se escucha su voz:

—Esperaré tu última palanca.

No es una promesa suficiente. Podría perder la posición antes o decidir que los hombres que suben importan más que mi cuenta. Aun así, tengo que confiar en él.

—Te avisaré cuando la baje.

—No. Si hablas, puedes perder la cuenta. Termina. Yo escucharé el panel.

No sé cómo piensa oírlo desde abajo. Quizá solo necesite una razón para esperar. Luna me lo advirtió en el tráiler: que no lo dejara solo cuando pasara. Me queda una palanca y no puedo moverme de aquí.

Entiendo lo que omite. La escalera que Harbinger no podrá subir también es la única salida normal del nivel superior.

Vance va a sellarme dentro.

30

EL ÚLTIMO MOVIMIENTO

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:22 p. m.

—Vance —digo.

—Completa la secuencia —ordena Vance—. Cuando detone, no dejes de contar.

—No tienes que hacer esto.

—Nadie me lo ha pedido.

—Mis hombres —dice Vance—. Los que quedan. ¿Saldrán de aquí?

—Voy a decir la verdad: que los usaron y que, cuando lo supieron, intentaron proteger la planta.

—No les prometas que nadie los juzgará —añade Vance.

—No puedo hacerlo.

—Bien.

La palabra me sorprende.

—¿Eso es todo?

—Si salen de aquí, que respondan por lo que hicieron. Pero que respondan vivos y sabiendo para quién trabajaban de verdad.

Por la radio llega una voz que llama al comandante. Vance no contesta. Puede que ya esté colocando la carga o que haya dejado el aparato para usar las dos manos.

Sigo contando. No tengo nada que ofrecerle excepto la verdad que me pidió y la posibilidad de que sus hombres lleguen a escucharla.

—Suficiente.

La cuenta sigue mientras Vance habla. Cada palabra compite con la aguja y con los golpes que suben desde la planta baja. El metal tiembla y la mano me resbala una vez. No puedo adelantarme: si toco la palanca antes del intervalo, cierro las válvulas. Llego a quince sin perder el número y bajo la palanca cuatro.

Las agujas empiezan a retroceder. La temperatura baja poco a poco, pero baja.

La secuencia está completa.

Tomo la radio.

—Vance.

Sin respuesta.

—Vance.

Nada.

La radio cruje. Por un instante creo escuchar una respiración.

—Sal de ahí —digo.

El canal vuelve a quedar vacío.

La vibración llega desde abajo y me sube por las piernas. Después oigo la explosión.

Me quedo quieta dos segundos. Luego me muevo.

El polvo entra por la escalera y convierte el aire en algo que raspa. Me cubro la boca con el antebrazo.

La palanca cuatro está abajo. Durante un segundo quiero volver a tocarla, asegurarme de que llegó al final. No lo hago. Vance me advirtió que no accionara ninguna dos veces.

Miro los medidores. La presión continúa descendiendo. Ese pequeño movimiento es lo único estable en toda la sala.

—Lo hicimos —digo, aunque nadie puede oírme.

La frase no suena verdadera. Vance no responde y, debajo de mis pies, hay hombres intentando atravesar los escombros. Pero la repito una vez antes de buscar una salida.

Quiero llamarlo otra vez. En lugar de hacerlo, corro hacia la escalera.

Un tapón de hormigón y hierro ocupa el rellano. No hay paso. Vance cerró la subida y mi salida.

Recorro la sala. En el extremo norte encuentro una ventana de ventilación. Al otro lado, una tubería de desagüe baja por la pared, sujeta con abrazaderas.

Hay tres metros hasta el suelo. Bajo la ventana, el polvo de la detonación se mezcla con la lluvia y varias figuras se mueven entre los restos.

Salgo por la ventana.

Me cuelgo del marco y busco la tubería con un pie. Está mojada. Bajo usando las abrazaderas, con el cuerpo pegado a la pared. A mitad de camino, el suelo interior se hunde con un crujido.

Toco el suelo.

La tubería vibra cuando suelto el peso. Me quedo agachada junto a la pared y espero a que alguien dispare. Nadie lo hace.

Los guantes se han rajado y tengo las palmas abiertas por el metal. La mano derecha tiembla y deja pequeñas manchas de sangre en el barro. Reconozco el aviso, el mismo de siempre, el que antecede a que el tiempo se comporte distinto. No hay margen para prestarle atención. La cierro alrededor del arma, pero el dedo no encuentra bien su posición.

Desde los restos llega una tos. Pienso en Vance. Doy un paso hacia el edificio y una figura de Harbinger aparece entre el polvo. Me oculto detrás de la primera tubería antes de que levante la cabeza.

No puedo entrar sola. Tampoco puedo quedarme allí a esperar a saber si la tos era suya.

Me alejo hacia el este, protegida por las tuberías. El suelo resbala y las luces fallan tras la explosión.

—Peter —digo al auricular.

Silencio.

El aislamiento también cortó la red de comunicaciones de la planta.

Hay un terminal exterior cerca; lo vi en el plano de Andrew. Reactivarlo devolvería el auricular y restablecería el acceso remoto. Sigo de largo.

Me muevo hacia el este, donde dejé a Alain cubriendo el corredor lateral y donde Peter subió a la pasarela.

Desde el sur llegan disparos aislados. Entre las tuberías, el eco impide saber quién responde.

Doblo por el corredor central y casi choco con Peter.

Tiene sangre seca en la frente y la chaqueta abierta en el hombro. Sostiene el arma con la izquierda.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Los cuatro de la pasarela siguen fuera de combate. ¿Terminaste? —pregunta Peter.

—Completa —contesto.

Se le vencen un poco las rodillas. Lo sujeto por el brazo sano antes de que se caiga.

—Solo es el hombro —dice.

—Y la frente.

—La frente no la uso mucho.

—Se nota.

Alain aparece justo a tiempo para oírlo.

—Me alegra comprobar que la lesión no ha afectado su sentido del humor —dice Alain.

Peter intenta enderezarse sin mi ayuda. No lo consigue a la primera.

—¿Y tú? —le pregunto a Alain.

—Más o menos —dice Alain. Tiene el pelo pegado a la cara, una quemadura roja en el antebrazo y el pantalón roto sobre la rodilla que se abrió bajo los tanques—. De los cuatro que iban al norte, derribé a dos; los otros dos se desviaron hacia el oeste. No sé dónde están ahora. Mason llegó después; se quedó con otro vigilando el norte.

—¿Cuántos de Harbinger quedan activos? —pregunto.

—Las torretas derribaron a dos al desembarcar, Peter detuvo a cuatro, yo a dos y tú a uno en el cruce —cuenta Alain—. Deberían quedar siete, salvo que alguno de los de la pasarela se haya levantado.

Siete contra nosotros tres, más los Centinelas que sigan con Vance. Si Vance sigue vivo.

Y ese es el problema. Vance repartió a sus hombres por el perímetro para sostener una planta de kilómetro y medio contra todo lo que había fuera, y nunca reunió a más de seis en el mismo punto. Los demás siguen en sus puestos, sin órdenes nuevas, esperando una voz por la radio que no va a llegar. Ninguno de ellos se moverá al norte por decisión propia: los eligió uno a uno precisamente porque obedecen.

El edificio DARPA continúa cerrado y la escalera del control está bloqueada. Hemos ganado tiempo, pero no sabemos cuánto.

Si la temperatura sigue bajando y nadie vuelve a abrir el sistema, el peligro inmediato debería disminuir.

Eso todavía no nos da una salida.

Peter se sienta contra una tubería sin pedir permiso. Alain se agacha para mirar el hombro abierto.

—Necesita presión —dice.

—Necesitamos comunicación —responde Peter.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

Alain arranca una tira de tela del borde de su propia camiseta y la coloca sobre la herida. Peter intenta apartarlo.

—Déjalo —digo.

—Puedo caminar.

—Nadie ha dicho que no.

Peter cede. Alain aprieta el vendaje improvisado y Peter deja escapar una palabra que la lluvia no alcanza a cubrir.

—Eso demuestra que todavía siente el brazo —dice Alain.

La broma no nos hace sonreír. Pero consigue que Peter permanezca quieto lo suficiente para que termine.

—Necesitamos comunicación —digo—. Hay un terminal de monitoreo exterior en el sector central. Si lo activo, vuelve la red y los auriculares hablan otra vez. También vuelve a entrar el Anillo.

—¿Alternativa? —pregunta Peter.

—Salir de la planta y establecer comunicación desde fuera.

—Con siete de Harbinger entre nosotros y el flanco sur —dice Alain.

—Sí.

Los tres nos miramos.

—El terminal —dice Peter.

Me muevo hacia el sector central.

Peter mira hacia el edificio de control.

—¿Vance? —pregunta Peter.

—No respondió después de la detonación.

Ninguno propone regresar por él. Todavía hay hombres armados entre los restos y no tenemos comunicación. Aun así, la forma en que Peter mira el edificio me dice que la decisión solo está aplazada.

El interruptor de banda roja quedó al otro lado de una escalera sepultada. El terminal exterior es lo único que puede devolvernos la red, y encenderlo también se la devuelve a ellos. Nos ponemos en marcha hacia el sector central.

31

LA SEÑAL QUE NO LLEGA

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:30 p. m.

Smith entra en el reservado y Bishop cierra la cortina detrás de él. Los tres permanecen de pie alrededor de la mesa.

Freddy los mira. Espera.

—Martin quiere volver a plantear el asalto aéreo —dice Smith—. Kessler intenta frenarlo. ¿Qué están viendo ellos que yo no?

—Martin quiere entrar antes de que controlemos el laboratorio. Kessler quiere que nadie se acerque. No sé si responden a la misma persona o si se estorban entre sí.

—Pero los dos ocultan algo —añade Bishop.

Smith los mira a los dos.

—¿Hay algo que deba saber?

—El Anillo financió a Vance para que tomara la planta —dice Freddy—. La demanda política era la cobertura. El objetivo real está en el sector norte.

Smith no parece sorprendido. Freddy no sabe si se debe al entrenamiento o a que ya sospechaba algo.

—Kessler podría estar protegiendo al Anillo —dice Smith—. O protegiendo a alguien que teme lo que encontremos.

—Todavía no podemos distinguir una cosa de la otra.

—Entonces no lo acuses. Déjalo cerca y controla qué información recibe.

—¿Y los militares? —pregunta Smith—. El coronel Martin, el general Thorton antes que él. ¿Qué tienen que ver?

—Defensa bloqueó tres inspecciones estatales en dieciocho meses —dice Bishop—. Alguien con autoridad sabía qué había dentro y evitó que otros lo vieran. Eso no prueba quién filtró la información.

Smith baja la mirada al plano.

—Thorton intentó tomar el control antes de que el FBI procesara la planta —dice Freddy—. Pudo actuar por orden de alguien o creer que contaba con respaldo. Necesitamos averiguarlo.

—¿Y Hammer? —pregunta Bishop.

—Uno de los míos revisó los papeles de la baja —dice Freddy—. Hammer añadió una evaluación psiquiátrica que nunca se realizó y cerró el expediente con un diagnóstico inventado. Mi especialista notó que evitaba hablar de Siria. Con Vance declarado inestable, lo que contó de aquella orden se archivó sin que nadie lo investigara.

—¿Y qué hay aquí dentro? —pregunta Smith.

—Un laboratorio de DARPA con hidrógeno metálico experimental. Si falla la refrigeración, la catástrofe térmica podría alcanzar la ciudad. El Anillo intenta llevarse el material o impedir que quede evidencia de la operación.

Smith apoya ambas manos en la mesa.

—¿Dónde está tu equipo ahora mismo?

—Dentro. Intentaban estabilizar la refrigeración cuando se cortaron las señales. Si terminaron la secuencia, el riesgo habrá bajado y el material seguirá encerrado.

—¿Puedes contactar con ellos de otra manera? —pregunta Smith.

—No mientras el sistema siga aislado. Reactivarlo también devolvería el acceso al Anillo.

—Entonces no lo hagas.

La rapidez de la respuesta irrita a Freddy.

—Son tres personas ahí dentro.

—Y casi medio millón fuera —dice Smith—. Confiaste en ellos para tomar esa decisión. Ahora tienes que confiar en que sabrán

cuándo cambiarla.

Freddy mira las pantallas.

—Mantendré abierto el canal de negociación con Vance —dice Smith—. Aunque ya no responda, sus hombres pueden estar escuchando. Necesitamos que sepan que todavía existe una salida.

—¿Qué les vas a decir? —pregunta Bishop.

—Les diré que reconocemos la liberación de los trabajadores y que podemos recibir una rendición ordenada. Eso es verdad. No voy a prometer inmunidad.

—No sabemos si Vance puede responder —dice Freddy.

Smith lo mira.

—Por eso hablaré también para quienes lo estén reemplazando.

—El coronel Martin —dice Bishop—. ¿Qué hacemos con él?

—Mantengamos a Martin preparando su propuesta —dice Freddy —. Tendrá que coordinar rutas, clima y personal. Eso nos compra tiempo y lo mantiene lejos de la orden final.

—Kessler verá movimiento y tendrá que esperar antes de objetar —añade Bishop.

—Y ninguno sabrá qué ocurre dentro hasta que recuperemos la comunicación.

Smith esboza una breve sonrisa, la primera de la noche.

—Hay siete camionetas que salieron del centro de entrenamiento de Louisville —dice Freddy—. Las cámaras las siguieron hacia el sur hasta Nashville. No sabemos cuántas personas llevaban ni si se dirigían a Texas.

Smith mira el reloj.

—¿Qué necesitas?

—Rastrear las matrículas desde Nashville. Si aparecen en otra carretera, sabremos si siguen hacia la costa.

—Lo haré desde aquí y limitaré la consulta a dos agentes de confianza.

—Y los Rangers que pidió Bishop están en camino para ampliar el perímetro exterior —añade Freddy.

—Bien. —Smith se detiene antes de salir—. La próxima vez que tengas tres personas dentro de una planta tomada, quiero sus nombres antes de ver cómo se apagan sus señales.

—La próxima vez intentaré no tener a nadie dentro de una planta tomada.

—Eso sí sería una novedad.

Smith se vuelve hacia Bishop.

—¿Cuánto tardarán los Rangers?

—Las primeras unidades están a menos de diez minutos. El resto llegará después.

—Que no entren en la planta sin una señal clara. Su trabajo es cerrar las salidas y localizar las camionetas si aparecen.

—Ya lo saben.

Salen juntos. Kessler habla con su agente en un extremo de la carpa; Martin estudia un mapa con dos asesores. Ambos levantan la vista.

Smith se separa y va hacia la mesa de radios con el teléfono en la mano. Bishop lo sigue con la vista.

—Está poniendo su nombre en esto —dice Bishop.

Bishop se va hacia la salida sur sin esperar respuesta.

Freddy se queda frente a las tres pantallas en negro: temperatura, presión y cámaras internas.

El técnico que las atiende gira en la silla.

—Se apagaron cuando aislaron el sistema —dice el técnico—. ¿Intento recuperarlas?

—No. La secuencia exigía control manual. Cuando el ataque rompió el bloqueo, aislar el sistema era la única forma de terminarla sin que nadie alterara las válvulas desde fuera. No vamos a abrirles el acceso otra vez.

—¿Y si necesita ayuda? —pregunta el técnico.

Freddy mira el reloj.

—La necesita. Pero recuperar las pantallas también podría devolverles el control a quienes intentaban impedir que terminara.

—¿Cuánto esperamos?

No tiene una respuesta. En la pantalla negra se refleja su propia cara y, detrás, el movimiento de toda la carpa.

—Hasta que tengamos una señal externa o hasta que el riesgo de esperar sea mayor que el de abrir el sistema.

El técnico asiente como si esa frase incluyera una medida exacta.

Freddy se sienta en la silla que dejó el técnico y observa su reflejo en los monitores. Junto a la imagen de su cara aparecen las huellas de dedos de quienes trabajaron allí durante toda la noche.

—¿Quieres que avise a soporte? —pregunta el técnico.

—No. Quédate tú.

—No puedo arreglar una pantalla sin tocar el sistema.

—Lo sé. Pero si vuelve una señal, quiero que la veas antes que nadie.

El técnico acerca otra silla. Los dos se quedan esperando delante del monitor apagado.

32

LA AMENAZA ME TRAGA OTRA VEZ

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:40 p. m.

Las alarmas cambian de tono cuando estamos a treinta metros del terminal de monitoreo. Dos pulsos cortos en lugar de uno largo. Me detengo. Peter da dos pasos más antes de volverse.

—¿Qué pasa? —pregunta.

No contesto todavía. Miro atrás, hacia el edificio de control. Entre las placas caídas del lado oeste sube una columna de vapor blanco que la lluvia no deshace, recta y continua, más alta que el resto de la estructura.

Eso no es humo.

Cuando bajé la última palanca, las agujas empezaron a retroceder. Lo vi. La temperatura descendía y la presión también. Pero después vino la explosión de Vance y tuve que salir por la ventana antes de que el suelo cediera debajo de mí.

Di por hecho que habíamos ganado tiempo suficiente para reunirnos y recuperar la comunicación. Esa columna me obliga a detenerme.

—La fuga sigue abierta —digo.

Peter mira hacia el edificio.

—Pero terminaste la secuencia.

—Sí. Conseguí que el sistema empezara a enfriarse. Eso no repara una tubería rota.

Alain se vuelve hacia el terminal que íbamos a alcanzar.

—¿Andrew puede hacer algo desde aquí?

—Puede orientarnos si recuperamos el contacto. Pero alguien tiene que cerrar la fuga a mano.

Hablar con Andrew nos devolvería algo parecido a un plan. También abriría de nuevo el acceso que el Anillo intenta recuperar. Miro el terminal y luego el edificio. Mientras decidimos cómo pedir ayuda, el gas sigue saliendo.

Recuerdo lo que Andrew me explicó cuando la reparación todavía era una posibilidad: la unión dañada tiene un cierre de emergencia. Hay que apretarlo con una llave y sostenerlo hasta que el mecanismo termine de sellar. La presión que reduje desde arriba debería facilitarlo. Debería.

—Tengo que llegar a la sala de máquinas.

—Acabas de salir de ahí —dice Peter.

—Salí del nivel superior. La fuga está abajo.

Señalo el edificio para que ambos entiendan el recorrido.

—La entrada exterior quedó sepultada. Hay un ventanal interior que da a la sala de máquinas. Tendré que cruzar la sala de control y bajar por ahí.

Peter sigue mi mano con la mirada. Ahora ve lo que le estoy pidiendo: que me deje volver al edificio del que apenas conseguí escapar.

Aparecen dos Centinelas por el corredor este. El primero es el segundo al mando de Vance. Tiene polvo en el pelo y una herida seca junto a la oreja. Su compañero camina detrás, mirando hacia el norte cada pocos pasos.

—El comandante detonó el acceso sin salir —informa—. La carga no alcanzó a los de Harbinger, pero les bloqueó la escalera y los hizo retroceder hacia los tanques del oeste. Otros dos van hacia el edificio norte. Intentaremos detenerlos.

El hombre que lo acompaña le entrega una cinta arrancada de un uniforme.

—La encontré junto al derrumbe. Era del comandante.

La guarda en un bolsillo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Reed.

—Reed, si Vance sigue vivo, necesitaremos llegar hasta él.

Mira los restos del edificio. Durante un instante deja de parecer un hombre que sabe qué orden dar.

—Primero tenemos que impedir que esos dos alcancen el norte.

No puedo prometerle que voy a encontrar a Vance. Tampoco puedo decirle que deje de esperarlo.

—Yo voy a cerrar la fuga.

El compañero de Reed mira hacia el corredor.

—Podemos darte cinco minutos.

Reed lo observa, pero no lo corrige.

—¿Cuántos quedan con ustedes? —pregunto.

—Seis en el cruce cuando salimos. Dos heridos podían seguir moviéndose. No sabemos cuántos están en los otros sectores.

—¿Y Mason?

—Con el grupo del norte.

El nombre me alivia. Recuerdo su voz cuando Vance le ordenó alejarse de Cooper y seguir adelante. Hasta hace unas horas todos eran figuras armadas en una pantalla. Ahora quiero saber cuáles siguen respirando.

Reed ajusta la correa del rifle.

—Si encuentra al comandante…

No termina.

—Lo buscaré al pasar —digo.

Es lo único que puedo ofrecerle.

Se van hacia el norte. Espero a que doblen el corredor antes de mirar a Peter.

—Despeja la salida este. Necesito poder salir por ahí.

—Voy contigo.

—Con ese hombro no podrías ayudarme si el techo vuelve a caer.

—Con un brazo todavía puedo sacarte.

Lo dice sin levantar la voz. Eso lo hace más difícil.

Me acerco y apoyo la mano en su brazo sano.

—Lo sé. Por eso te necesito afuera.

Peter mira mi mano antes de apartar la vista.

—Alain, cubre el acceso sur —continúo—. Si alguien intenta entrar detrás de mí, avísale a Peter.

Alain examina el vendaje de su compañero.

—Puedo cubrir ambos corredores durante unos minutos.

—No puedes estar en dos sitios —dice Peter.

—Esta noche todos me ponen límites.

Ninguno sonríe, pero Peter deja de discutir.

—Manténganse a la vista —les digo—. Si tienen que retroceder, háganlo juntos.

Compruebo que sigo llevando la radio que me consiguió Vance. El auricular quedó sin conexión cuando aislé la red, pero esta radio funciona por separado. Todavía puedo intentar contactar con los Centinelas. La sujeto al cinturón y ajusto el arma para que no se enganche al pasar.

El acceso norte es una pendiente de hormigón roto. Queda un hueco entre dos varillas. Desde aquí no puedo ver qué sostiene el techo sobre él.

Alain lo mira conmigo.

—Prefería el pantano.

—Yo también.

Dejo atrás a los dos y subo por los escombros. Paso de lado entre las varillas, con una mano protegiendo la radio y la otra buscando apoyo.

Al otro lado encuentro el pasillo.

El suelo cruje.

33

SINCRONÍA

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:47 p. m.

Las alarmas me taladran los oídos. Corro. Los pulmones me arden, y no es solo por el esfuerzo: el aire está cargado de partículas que no debería estar respirando. El pasillo se inclina unos grados hacia la izquierda; el edificio cede bajo su propio peso. Los soportes metálicos de la pared se doblan hacia adentro y el suelo cruje con cada paso que doy.

El pasillo termina en una puerta sin marco. Paso de lado, sin detenerme, y salgo a una sala abierta, donde el humo me golpea de frente y me obliga a frenar. Cierro los ojos un segundo, los abro, y entonces la reconozco: la sala de control, o lo que queda de ella.

El techo cedió por el centro y arrastró consigo media sala. Todo está inclinado, aplastado y cubierto de polvo. Entre los escombros saltan chispas azules. La luz de emergencia parpadea en rojo.

Me arranco una manga de la camiseta y me la ato sobre la boca y la nariz. El tejido es fino y filtra poco, pero es lo que hay.

El suelo es una rejilla metálica y encima hay escombros: trozos de techo, cables, pedazos de consola. Avanzo probando cada paso antes de cargar el peso. No sé qué hay debajo del polvo, y un agujero ahora sería el final.

Pienso en Peter, que debería estar fuera, cubriendo la salida este. Y en Alain. Los dos están afuera y yo estoy aquí, y esta noche eso es lo único que agradezco.

Hace unos minutos alguien tenía que entrar aquí antes de que los números dejaran de importar. Ese alguien soy yo.

Un ordenador volcado me corta el paso. Lo aparto de una patada. Cae con un golpe sordo, levanta polvo, y espero tres segundos con los ojos cerrados antes de seguir. Más allá hay una silla aplastada bajo una viga, y junto a ella, algo que me detiene.

Una mano.

Asoma entre los escombros con la palma hacia arriba y los dedos curvados y flojos. No es del equipo: el uniforme es de un verde oscuro que no es el nuestro. Un hombre joven. Veinte años, puede que menos. Cuesta saberlo con la cara cubierta de polvo y el cuerpo quieto.

Junto a la mano hay una placa con la cadena rota. La giro con dos dedos hasta leerla: Cooper. Me la guardo en el bolsillo del muslo. Murió creyendo que hacía lo correcto. No tengo tiempo para esto. Sigo.

Al fondo hay un ventanal sin cristal, solo con los bordes dentados del marco. Detrás está la sala de máquinas, dos metros más abajo: tuberías gruesas como troncos, válvulas, manómetros, una maraña de metal que en un día normal alimenta media ciudad. Hoy no es un día normal.

El sistema digital está muerto. No hay pantallas, red ni voces al otro lado. Si quiero detener esto, tendré que hacerlo abajo y a mano.

Esta vez sé qué ha cambiado: la secuencia del panel redujo la presión, pero la línea dañada sigue abierta. Si no cierro la unión a mano, el edificio continuará perdiendo refrigeración aunque las agujas parezcan bajar.

Me asomo y mido la caída. Dos metros. Abajo, hay una rejilla irregular cubierta de escombros. Va a doler.

Salto.

El impacto me sube por las rodillas hasta la cadera y me hace chocar los dientes, pero doblo las piernas y ruedo de lado sobre los

escombros antes de levantarme. Nada roto. Puedo seguir.

La sala de máquinas huele a metal caliente y a algo más que no termino de identificar y que me pone en alerta de golpe. Es un olor que no avisa de un arma ni de un enemigo enfrente, sino de que el aire mismo se ha vuelto una amenaza.

Aquí abajo las alarmas desaparecen bajo un retumbar grave que se siente en el pecho. Es presión acumulada buscando salida.

Avanzo despacio, con una mano en las tuberías para orientarme en la penumbra. El humo es más ligero que arriba, pero se ve mal y las luces de emergencia parpadean sin ritmo. Aprendo a mirarlas de lado.

Un silbido fino corta el retumbar. No estaba ahí hace tres segundos, y es justo el sonido que no debería existir.

Es una tubería principal, más gruesa que el resto, con una unión a la altura del pecho. En la unión hay una mancha oscura que se extiende por el metal. Y en el borde inferior, una gota.

La gota se forma, se estira y apunta al suelo.

La gota no es una bomba. Es la advertencia de que la fisura está creciendo. Si se abre, lo que hay dentro encontrará oxígeno y una de las chispas que saltan a mi alrededor, y entonces explotará.

La gota se estira un milímetro más. La gravedad hace su trabajo.

La marca de cierre está a menos de un centímetro de la línea roja. Tengo que llevarla hasta allí y aguantar.

Busco la llave de cierre en el armario de emergencia. No está.

La encuentro bajo una bandeja de cables caída, a poco más de un metro. La saco con la izquierda, aparto los restos y encajo la cabeza en la brida. El metal helado atraviesa los guantes.

Apoyo el pie contra la base de la tubería y cargo el peso sobre la llave. La brida no se mueve.

La gota se desprende.

Y empujo otra vez.

La llave cede apenas. Lo suficiente para que pierda el apoyo y golpee la tubería con el hombro.

Me aferro al mango. La marca vuelve hacia atrás en cuanto aflojo.

—No.

Cambio la posición del pie y recupero lo poco que había avanzado.

La secuencia del panel redujo la presión, pero aquí todavía queda suficiente para empujar el mecanismo en sentido contrario.

Tengo que vencerla y sostener la llave. Si la suelto antes de que el cierre se asegure, volverá a abrirse.

Otra gota empieza a formarse.

Busco con la vista el medidor que hay sobre la unión. La aguja tiembla cerca del límite rojo. Podría apartarme y buscar una válvula para reducir más el flujo, pero tendría que soltar la llave. La marca ya ha retrocedido una vez.

No puedo empezar otra cosa y confiar en que esta me espere.

Me coloco de lado. El mango queda bajo el hombro y consigo empujar con las piernas. Avanza otro poco.

Arriba cae algo pesado.

El golpe me hace encogerme. La llave resbala dentro del guante y la sujeto antes de que se salga. Tengo el corazón tan acelerado que apenas distingo sus golpes del retumbar de la tubería.

Miro la gota. Se alarga.

Y entonces todo cambia.

La luz roja parece tardar más en apagarse. Distingo una mota de polvo que gira frente a mi cara, una chispa que se abre bajo la consola caída, el borde transparente de la gota separándose del metal.

Conozco esa sensación.

Andrew la llamó Sincronía una vez. No era un diagnóstico ni una explicación; solo el nombre que encontró para algo que ninguno de los dos sabía describir. Desde Chernóbil, desde la exposición al virus de Wolff, aparece cuando estoy sometida a un esfuerzo extremo. No sé qué la provoca ni puedo decidir cuándo llega. Mi pulso se dispara, los músculos se tensan y, durante unos segundos, el tiempo parece abrirse en fragmentos separados.

La gota cae. Puedo seguir cómo se estira y se separa del metal. También noto que mi pie resbala un poco cada vez que empujo: estoy perdiendo apoyo sin darme cuenta.

Bajo la mirada. Hay un reborde junto a la base de la tubería. Encajo allí la bota y acomodo el hombro bajo el mango.

No sé más de máquinas que hace un instante. Tampoco tengo más fuerza. He alcanzado a ver dónde desperdiciaba la que me queda.

Empujo con la pierna, sosteniendo la llave con ambas manos.

La marca avanza.

El alivio casi me hace aflojar. Aprieto los dientes.

Ahí.

No necesito entender toda la máquina. Solo mantener la herramienta en esa posición y llevar la marca hasta la línea roja.

La gota cae sobre la tubería inferior. Se deshace con un siseo y otra ocupa su lugar.

Esta vez no la sigo con los ojos.

Empujo.

Me duele la mano derecha. Al principio es una punzada bajo los dedos; después, un dolor que abarca la palma entera. La escarcha cubre la cabeza de la llave y empieza a subir por el mango.

—Suelta y cambia de mano —me diría Peter.

Lo intento sin abandonar la presión. En cuanto desplazo la izquierda, la herramienta se ladea.

Vuelvo a sujetarla. No puedo.

La radio crepita en mi cinturón. Solo escucho un chasquido. Espero una voz, aunque sé que no debería prestar atención a eso.

—Vance —digo.

Nadie contesta.

No encontré a Vance arriba. Encontré a Cooper, a quien dejaron cubriendo la retaguardia de la sala. Noto el borde de la placa contra el muslo cada vez que cargo el peso sobre la pierna.

Mason tuvo que dejarlo allí por orden de Vance. Yo he pasado junto a él para terminar lo que su comandante me permitió empezar.

Empujo hasta que se me escapa un gemido. La marca alcanza la línea roja. La sostengo.

Espero que algo encaje, que el silbido se corte, que la máquina me permita apartar las manos.

Nada.

—¡Vamos!

El mango intenta regresar. Apoyo más peso.

La línea roja queda cubierta, pero el cierre aún no se ha asegurado. Lo noto en el esfuerzo que exige mantenerlo ahí. No puedo confundir haber llegado con haber terminado.

Cuento para no soltar.

Uno. Dos. Tres…

El guante derecho está rígido. Intento mover el índice y no sé si lo consigo.

Pienso en Alain, afuera, vigilando el corredor. En la forma en que miró el hueco por el que entré. Ni siquiera intentó fingir que le parecía una buena idea. Me gustaría escuchar una de sus tonterías.

El silbido cambia. Baja de tono y vuelve a subir. La herramienta transmite un golpe pequeño, tan breve que casi lo pierdo entre los temblores de mis manos.

Mantengo el ángulo.

Otro golpe.

El cierre avanza desde dentro.

La respiración me calienta la tela sobre la boca. Tengo ganas de arrancármela, pero no puedo soltar ninguna mano. Trago polvo y sigo contando.

La brida da un tirón. El silbido se apaga.

Me quedo inmóvil, con todo el peso apoyado sobre la llave.

No confío todavía.

Busco el medidor. La aguja baja despacio. Donde se formaban las gotas queda una franja húmeda, inmóvil.

El gas ha dejado de salir.

Sigo sujetando el mango hasta que la aguja se estabiliza. Después retiro una pequeña parte del peso. La marca no retrocede. Aflojo un poco más y se mantiene.

Entonces aparto el hombro.

La llave queda en su sitio. El cierre soporta la presión por sí solo.

—Ya está —digo.

Apenas me oigo.

Espero varias respiraciones mientras miro la unión. No aparece otra gota. El silbido no vuelve.

He cerrado la fuga.

Por primera vez me permito pensar en salir.

Intento enderezarme y la rodilla falla. Me agarro a la tubería con la izquierda. La derecha sigue cerrada como si aún sujetara la herramienta.

El tiempo recupera su velocidad de golpe. La Sincronía se retira sin previo aviso. Vuelvo a oír las alarmas mezcladas con el crujido del edificio y mi propia respiración; ya no puedo distinguir los sonidos. Me late el ojo izquierdo y una náusea me obliga a apoyar la frente en el brazo. Me tiemblan las manos. Desde Chernóbil, estos episodios suelen dejarme agotada y con lagunas que no sé explicar.

Miro la mano derecha.

El guante se ha quedado adherido a la palma. Tiro apenas de un borde y el dolor me detiene. No vuelvo a intentarlo.

Me siento contra la tubería. Necesito un momento para no caerme al dar el primer paso.

Me quito la tela de la boca con la izquierda y envuelvo la mano sin retirar el guante. Hago el nudo con los dientes. Queda flojo. Vuelvo a apretarlo con cuidado.

Peter va a ver el vendaje y me va a preguntar si estoy bien. Le voy a decir que puedo caminar. Casi sonrío: es lo mismo que me dijo él hace un rato.

Las piernas empiezan a temblarme. Apoyo la cabeza contra la tubería y cierro los ojos mientras respiro.

Una más.

No.

Los abro.

El medidor permanece estable. La unión sigue seca. Ya no tengo nada que hacer junto a esa llave. Me pongo de pie apoyándome en la pared.

Tengo que encontrar la salida este. Peter está ahí. Alain cubre el sur. Si alcanzo a uno de los dos, podrán ayudarme a salir y después buscaremos la forma de llegar hasta Vance.

Repito el recorrido para no perderlo: el ventanal, la sala de control, el pasillo.

Doy el primer paso y espero a que el suelo deje de inclinarse.

34

LA FILTRACIÓN

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 9:55 p. m.

Martin lleva veinte minutos reformulando la misma propuesta.

—La lluvia paró. Perdimos la cobertura, pero ganamos visibilidad. Puedo tener una unidad preparada para entrar por el oeste antes del amanecer.

Freddy lo escucha sin moverse.

—La negociación sigue abierta —responde Freddy—. Mientras exista una posibilidad de terminar sin más bajas, no autorizaré un asalto.

Smith, en la mesa de radios, no levanta la vista.

—La frecuencia lleva demasiado tiempo en silencio.

—Y aun así no ha habido otra detonación. Esperamos.

Kessler observa desde el extremo de la carpa. No ha intervenido desde que Freddy salió del reservado con Smith y Bishop.

El teléfono de Freddy vibra. Lo mira. Es Luna. Se aparta del coronel con un gesto breve y contesta.

—Dime.

—Seguimos ciegos dentro —dice Luna—. La última lectura, antes del aislamiento, mostraba que la temperatura empezaba a bajar. Después perdimos la señal. No sabemos si Ainara terminó ni dónde

está. Andrew sigue viendo intentos de conexión desde fuera: buscan el nodo que usamos para entrar en la red. Su identificador figuraba en la documentación que pasó por tu carpa.

—¿Puede ser una ruta que ya existía? —pregunta Freddy.

—Sí, el nodo ya existía. Pero alguien les dio su identificador exacto. Ese dato no estaba en los planos públicos.

Freddy mira alrededor. Martin habla con sus asesores. Kessler parece no mirar más que una pantalla vacía. Cualquiera que hubiera visto la documentación pudo copiar el identificador o transmitirlo. Eso les da un lugar por donde empezar a investigar, no un culpable.

—No señales a nadie todavía —dice.

—No pensaba hacerlo. Solo te digo que la información pudo salir de ahí.

Luna cuelga. Freddy guarda el teléfono seguro en el bolsillo interior.

Freddy aparta la vista de las tres pantallas bloqueadas. En otro monitor, las cámaras exteriores siguen mostrando cinco hombres entre los tanques del oeste. Camina hacia el centro de la carpa.

—Atención.

Las conversaciones se detienen. Los agentes frente a los monitores giran.

—Se suspenden las llamadas personales y toda comunicación externa no autorizada. Dejen los teléfonos privados en esta mesa. Las líneas seguras quedan bajo control del director Smith. Hasta que sepamos por dónde salió la información, nadie comparte nada fuera de este perímetro.

Un agente recorre las mesas con una caja. Las conversaciones se apagan a medida que los teléfonos entran en ella.

Algunos agentes protestan en voz baja. Uno señala que espera noticias de su hija; otro tiene al gobernador en marcación rápida.

—Las emergencias familiares pasan por el supervisor de comunicaciones —dice Freddy—. No estamos incomunicándolos. Estamos controlando el canal.

Bishop toma la caja y la coloca donde todos puedan verla. Nadie podrá alegar después que los teléfonos desaparecieron.

El coronel Martin se acerca a Freddy.

—¿De qué habla, Tanaka? ¿Cómo sabe esto?

Freddy no responde. Mira a Smith. Smith asiente una vez.

—Desde ahora, nadie abandona la carpa ni usa una línea externa sin mi autorización —dice Smith—. Las comunicaciones operativas continúan solo por los canales seguros.

El coronel abre la boca.

—Usted no puede…

—Usted es un invitado en este procedimiento, coronel. Se atiene a mis reglas o lo arresto por obstaculización. Elija.

Martin elige el silencio.

Kessler saca el teléfono y lo deja en la caja. Freddy sostiene su mirada.

Kessler mira las pantallas apagadas y después el plano, donde están señalados el tráiler del flanco sur y las posiciones de los Rangers. Vuelve la vista hacia Freddy.

—Ustedes tenían gente dentro —dice en voz baja.

—No sé de qué habla —responde Freddy.

Kessler mira la caja de teléfonos.

—Claro que sí.

No insiste. La facilidad con que abandona la pregunta preocupa a Freddy más que una discusión.

Kessler se sienta en una silla del extremo de la carpa.

Bishop se acerca a Freddy.

—¿Tus chicos? —dice en voz baja.

—Están dentro.

—¿Cuánto tiempo necesitan?

Freddy busca en las imágenes exteriores alguna figura que pueda identificar como Ainara, Peter o Alain. Ninguna cámara alcanza el interior del edificio de control.

—Necesitan que no intervengamos antes de tiempo.

—¿Eso es una estimación o una esperanza? —pregunta Bishop.

—Las dos cosas.

Bishop mira las señales del oeste.

—Los Rangers de Texas están completando el despliegue que coordinamos con su mando —dice Bishop—. Si esos cinco salen de los tanques, podrán interceptarlos sin disparar entre los depósitos.

—Entonces necesitamos una forma de sacarlos de ahí —responde Freddy.

Bishop no pregunta cómo. Se cruza de brazos y se queda de pie junto a Freddy, mirando los monitores.

Una de las cinco señales del oeste se mueve diez metros y regresa junto a las otras.

—No se alejan de los tanques más cercanos al edificio norte —dice Freddy—. Puede que estén esperando a que alguien les abra.

Bishop observa el recorrido en la pantalla. El hombre vuelve a ponerse a cubierto entre los depósitos.

35

LA PERDIMOS

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Martes, 10 de octubre, 10:10 p. m.

Peter regresa del sector norte con el rifle bajo y la mano izquierda sobre el hombro derecho, herido. El compañero de Reed había vuelto corriendo a pedir apoyo poco después de que Ainara entrara; Peter se apartó de la salida este para ayudarlo.

Deja atrás tres cuerpos: dos de Harbinger y Reed, el segundo de Vance. Peter llegó a tiempo para detener a los mercenarios, pero no para salvarlo. Reed intentó hacer lo que habría hecho Vance. Nadie lo siguió.

Peter se obliga a mirar una vez. Después continúa.

Cinco Centinelas esperan en el cruce. Uno tiene una venda en el muslo. Otro sostiene una radio del grupo.

—¿Encontraron al comandante? —pregunta el de la radio.

—Todavía no —dice Peter.

El hombre baja la radio. No pregunta más.

—Tomó una carga y entró al edificio —añade el Centinela—. Nos ordenó alejarnos.

Peter mira el edificio de control. Una parte del techo ha cedido y el polvo todavía sale por las aberturas.

—¿Alguien lo vio después?

El hombre niega con la cabeza.

Peter no ofrece una frase de consuelo. Él tampoco quiere escuchar una.

Alain llega desde el flanco sur con el antebrazo quemado bajo la manga rota. Había cubierto el acceso sur mientras Peter apoyaba a Reed.

—Los cinco restantes están entre los tanques del oeste. No intentan avanzar porque los Centinelas de Vance les cierran el paso y los Rangers mantienen el perímetro bajo vigilancia. Cada vez que asoman, reciben fuego de contención y vuelven a cubrirse.

—¿Los viste?

—Los vi cruzar hacia los depósitos. Desde entonces vigilo las salidas. Ninguno ha pasado por el corredor sur.

Peter mira hacia el este. Lleva demasiado tiempo lejos del punto desde el que Ainara esperaba salir.

—¿Ha salido?

Alain sigue su mirada hacia el edificio de control.

—Ainara —añade Peter, aunque ya no hace falta.

Alain se queda quieto.

—No salió por mi lado. Me quedé cubriendo el acceso sur cuando fuiste a ayudar a Reed. No podía ver también la salida este. Pensé que la encontrarías al volver.

—Al este no ha llegado.

—¿Cuánto lleva dentro? —pregunta Peter.

—Casi media hora desde que se separó de nosotros.

Peter señala el hueco entre los escombros.

—Cubre el hueco.

—No hace falta que me lo pidas.

Los cinco Centinelas observan. Ninguno intenta detenerlos ni pregunta quién es Ainara.

—La dejamos sola —dice Alain.

—Reed necesitaba ayuda —dice Peter.

—Y ella se quedó sin nadie en la salida.

—Todavía podemos encontrarla —dice Peter.

El hombro le duele al quitarse el rifle. Se lo entrega a uno de los Centinelas y empieza a soltar el chaleco con una sola mano. Alain

termina la hebilla que no alcanza y le pasa una linterna pequeña.

Los dos se miran.

Peter pulsa el auricular por reflejo. La red sigue aislada. Después pide la radio al Centinela: Ainara llevaba otro aparato de esa misma frecuencia.

—Ainara. Soy Peter. Estamos en el acceso. ¿Me recibes?

Solo escucha ruido. Repite la llamada antes de dejarle la radio a Alain. Que ella no conteste desde debajo de ese edificio no le dice si no lo oye o si ya no puede responder.

Edificio de control, Terminal GNL Gulf Coast
Martes, 10 de octubre, 10:15 p. m.

Peter deja el chaleco y atraviesa el hueco del derrumbe. El hombro protesta al arrastrarse de lado.

Dentro hay polvo y el suelo se inclina hacia la izquierda. El techo responde a sus pasos con crujidos tardíos.

La sala de control está cubierta por restos del nivel superior: consolas, cables y tramos de estructura.

Peter ve una mano y corre hacia ella, aunque el uniforme ya le dice que no es Ainara. Lo reconoce: es Cooper, el Centinela que Vance liberó y dejó cubriendo la retaguardia. Le toma el pulso, no lo encuentra y vuelve a dejarlo con cuidado.

—Ainara.

El eco vuelve del fondo y no trae nada.

Desde el ventanal interior distingue una niebla blanca acumulada en la sala de máquinas. No ve el suelo completo ni el recorrido de las tuberías.

Salta.

Enciende la linterna. La niebla devuelve el reflejo y lo obliga a dirigirla hacia el suelo. Avanza tocando el metal con la mano sana.

Llama a Ainara cada pocos pasos.

Recorre el flanco este y llega a las válvulas de la pared norte.

Va a continuar hacia el oeste cuando el edificio vuelve a moverse.

Oye el crujido y se arroja junto a una tubería. Restos del nivel superior caen por el ventanal.

Cuando termina, la mitad oeste queda bloqueada por los escombros.

Peter llama otra vez. Espera y vuelve a intentarlo.

Nada.

Trepa por los restos hasta el ventanal y regresa a la sala de control. Al alcanzar la salida, Alain lo ayuda a atravesar el hueco del derrumbe. Los dos se quedan sentados en la pendiente de hormigón, respirando polvo.

—¿Está? —dice Alain.

—Recorrí la mitad. El resto quedó bajo el derrumbe.

—¿Viste sangre?

—Vi demasiadas cosas. Ninguna que pudiera identificar como suya.

—¿Llegaste a la unión que tenía que cerrar? —pregunta Alain.

Peter cierra los ojos y reconstruye la mitad de la sala que alcanzó a recorrer.

—No llegué a la mitad oeste.

Si la unión estaba allí y Ainara no consiguió alejarse después, puede seguir al otro lado del derrumbe. Los dos miran el edificio.

Alain mira el hueco y luego su propio brazo.

—Entro yo.

—No. Ahí dentro necesitamos maquinaria y gente que sepa mover los escombros sin hundir el techo.

—Los cinco de Harbinger siguen en el oeste —añade Alain—. Si salimos los dos, pueden llegar al edificio norte.

—Mantengamos vigilado el cruce. Los Centinelas pueden ayudarnos a revisar las entradas sin dejarlo descubierto.

Peter recupera el rifle y se ajusta el chaleco como puede. Señala a los Centinelas qué corredores deben vigilar y pide a dos de ellos que busquen una entrada exterior a la sala de máquinas.

Alain vuelve a mirar el edificio.

—Si no encontramos paso, saldré a pedir ayuda —dice Alain.

—Alain.

Alain se para en seco.

—Diles que va empapada y que la sala está helada. Dilo primero.

Flanco sur, Terminal GNL Gulf Coast
Martes, 10 de octubre, 10:35 p. m.

Revisan las puertas exteriores mientras los Centinelas mantienen cubierto el cruce. Las que siguen accesibles conducen al mismo derrumbe.

Los hombres de Vance traen barras, una palanca industrial y un pequeño gato hidráulico. Intentan mover una losa lateral para abrir paso. Consiguen levantarla unos centímetros antes de que el techo responda con un crujido.

—Abajo —ordena Peter.

La losa cae y parte la barra. Nadie propone un segundo intento.

Buscan una entrada exterior a la sala de máquinas. Encuentran una compuerta de mantenimiento, pero el marco se deformó por la explosión y detrás hay otra pared de restos.

Alain mira el reloj. Cada intento termina en el mismo sitio y les consume el tiempo que Ainara quizá no tenga. Propone salir por el oeste. Peter señala las siluetas que todavía se mueven entre los tanques.

—Por ahí te verán antes de que alcances la cerca. Busca el corredor sur. Nosotros lo cubrimos.

Poco antes de las once, Alain encuentra una ruta protegida por las tuberías. Peter y los Centinelas vigilan el cruce mientras él llega a la abertura de la cerca y entra al agua. Lleva la radio del grupo; Peter se queda con otra para recibir noticias.

La torreta del suroeste gira hacia el ruido.

Alain se queda quieto con el agua por el pecho.

La torreta completa el arco, pero no dispara. Alain permanece en el corredor que usaron al entrar, fuera de su ángulo de tiro.

Alain cruza entre las torretas guiándose por sus luces rojas.

En la orilla los esperan tres Rangers con chalecos. Uno levanta el arma.

—¡Manos arriba!

Alain levanta las manos. El brazo izquierdo no supera la altura del hombro.

—Vengo de dentro. Me manda Peter Bennett. Llamen al jefe Bishop.

—¿Nombre?

—Alain. Trabajo con Freddy Tanaka. Necesitamos un rescate dentro del edificio de control.

El Ranger avisa a su mando y le pide que localice a Bishop. Once minutos después, el jefe del FBI llega con un chaleco sobre la camisa.

—Habla.

—Vance detonó una carga sin salir del edificio. Reed cayó en el norte. Quedan cinco de Harbinger junto a los tanques del oeste. Peter y los Centinelas vigilan los accesos. —Alain baja las manos—. Y no encontramos a Ainara.

Bishop deja de escribir.

—¿Dónde la vieron por última vez?

—Volvió al edificio poco después de las nueve y cuarenta para cerrar la fuga. Peter bajó a buscarla, pero otro derrumbe le impidió llegar a la parte oeste de la sala de máquinas.

—¿Han intentado hablar con ella?

—Varias veces. El auricular se desconectó cuando se aisló la red. Llevaba una radio de los Centinelas, pero tampoco responde por ahí.

—¿Peter tiene una?

—Sí. Está en esta frecuencia. —Alain le muestra el aparato—. Él puede contestar desde fuera. Ainara está bajo el edificio; no sabemos si la señal llega hasta allí.

Bishop pide al operador de los Rangers que mantenga el contacto con Peter y transmita las novedades al tráiler. Después ordena preparar al personal de rescate y un equipo médico, con mantas térmicas y oxígeno.

—Voy a pedir una hora de llegada para la maquinaria —dice Bishop.

—Dígales que no puede esperar —responde Alain.

—Se lo diré.

Bishop anota la ubicación que Alain le señala en el plano.

—Va empapada —insiste Alain—. Hace mucho frío ahí abajo. Y puede estar herida o inconsciente. Necesitamos llegar hasta ella esta noche.

Bishop mira el brazo de Alain.

—Tú necesitas un médico.

—Después.

Bishop sostiene su mirada y asiente.

El jefe del FBI de Texas se vuelve hacia el operador para pedir que comunique la urgencia. Luego añade:

—Los Rangers tienen que cubrir a los rescatistas. Esos cinco siguen junto a los tanques, y las máquinas necesitan un camino hasta el derrumbe. Voy a coordinar ambas cosas a la vez.

—Entonces asegúrenla ya.

—Ya estamos en ello.

—Una cosa más —dice Alain—. Ese sistema que cortó ella. ¿No se puede volver a encender?

—Vamos al tráiler. Tu gente tendrá que explicarnos qué podemos recuperar. Y tú eres el único que ha visto ese derrumbe por dentro.

Alain piensa en volver por donde ha venido. Con ese brazo no pasaría las torretas, y si queda inmovilizado en un canal, Peter tendrá dos personas que buscar en lugar de una. Sigue a Bishop.

Tráiler del equipo Fénix

Miércoles, 11 de octubre, 12:40 a. m.

Andrew mantiene encendidos todos los monitores salvo los tres que dependen del sistema aislado.

Bishop permanece junto a la puerta. Alain está sentado en el suelo, con el brazo extendido sobre la rodilla.

Un médico del FBI intentó llevarse a Alain en dos ocasiones. La segunda dejó vendas, desinfectante y una amenaza de volver con ayuda. Alain permitió que Luna le cubriera el antebrazo sin apartar la mirada de las pantallas.

Peter continúa en la planta con los hombres de Vance. Cada diez minutos informa por la radio enlazada con los Rangers. Andrew recibe los partes en el tráiler: ninguna entrada nueva, ninguna respuesta de Ainara.

—Repítamelo despacio —dice Bishop—. ¿Por qué no lo enciende y ya está?

Andrew gira la silla.

—Porque no hay dos puertas. La que uso yo es la misma que usa el hombre que lleva toda la noche intentando entrar en mi sistema, y él la conoce mejor que yo: alguien se la dejó preparada meses antes de que nadie tomara esta planta. Si la abro, entra detrás de mí.

Bishop espera.

—Y ellos lo saben. Por eso, esos cinco no se mueven de los tanques. La puerta del laboratorio tiene cierre electrónico: sin red no hay forma de abrirla, ni desde dentro ni desde fuera. Su barco se retiró mar adentro en cuanto apareció la Guardia Costera, así que tampoco tienen por dónde salir con la muestra. No están atrapados. Están esperando a que alguien encienda el sistema por ellos.

Durante esas horas han intentado abrir la puerta localmente. Han desmontado el panel, han puenteado dos circuitos y han probado una conexión directa con el nodo del edificio. Ninguno de los intentos funciona mientras Andrew mantiene aislada la red. Están consumiendo agua, munición y paciencia detrás de los tanques.

—¿Y qué hace el hombre del Anillo cuando entre?

—Podría abrir la puerta del edificio norte y recuperar los mandos de la refrigeración. Ainara cortó ese acceso para terminar la secuencia. Si lo devolvemos ahora, puede deshacer lo que consiguió.

Bishop se queda callado un momento.

—Y sin encenderlo, no puede localizar a Ainara.

—No. Las cámaras exteriores no alcanzan a ver debajo del derrumbe. Necesito recuperar los sensores de la sala de máquinas, si han sobrevivido.

—Los Rangers pueden preparar una entrada, pero no un tiroteo entre los depósitos: una bala en el tanque equivocado y la planta vuelve a estar a punto de volar —dice Bishop—. Hay que sacar a esos cinco a un lugar donde puedan cerrarles el paso.

—¿Cuánto tardarán los Rangers en despejar la planta? —pregunta Alain desde el suelo.

—Estoy coordinando el despliegue con su jefe. Los ingenieros ya vienen, pero el equipo capaz de mover esas losas no llegará antes de las cuatro y media. Mientras tanto, seguirán buscando un acceso con Peter. No vamos a quedarnos mirando el edificio.

Alain hace la cuenta. La dice en voz alta porque en esta habitación alguien tiene que decirla.

—Eso son casi cuatro horas más antes de que puedan empezar a colocar las máquinas.

Alain apoya la cabeza contra la taquilla.

—¿Y si no aguanta?

Nadie responde de inmediato.

—Voy a pedir que revisen otra vez la ruta y el material que tienen más cerca —dice Bishop—. Si conseguimos adelantarlo, cambiaremos el plan.

Alain no aparta la mirada de las pantallas.

—Lleva tres horas ahí —dice Alain.

—Lo sé —responde Andrew.

—No, tú llevas tres horas mirando una pantalla. Ella lleva tres horas bajo un edificio.

Andrew se vuelve hacia él.

—¿Crees que no estoy contando?

Luna se interpone antes de que Alain responda.

—Los dos están contando. Necesitamos que uno encuentre una forma de entrar y que el otro conserve fuerzas para cuando la encontremos.

Alain baja la vista. Andrew vuelve al monitor. La pantalla sigue negra.

Luna acerca su silla. Tiene delante el micrófono del canal exterior, por el que reciben los partes de los Rangers y de Peter.

—Andrew —dice—. Si lo enciendes, ¿puedes ganarle?

—No.

—¿Nada?

—No puedo impedir que entre. Solo cerrar rutas después. Él conoce el sistema mejor que yo porque alguien se lo preparó.

—Entonces elijamos nosotros cuándo devolverle el acceso —dice Luna—. Con los Rangers esperando junto a la puerta y los rescatistas preparados para entrar.

—Necesitaría un minuto —dice Andrew—. Para recuperar los sensores y localizarla.

—Y en ese minuto él intentará abrir la puerta —responde Luna—. Los Rangers tendrán que detenerlos antes de que entren.

Andrew deja las manos quietas.

—Si los sensores responden, podré buscar una señal de calor en la sala de máquinas. Necesito recuperar primero la conexión; después intentaré dejar solo la lectura de los sensores y cerrar el acceso a los mandos.

En el tráiler no habla nadie.

—Pero durante ese intervalo también podrá tocar la refrigeración —añade Andrew—. No basta con detener a los cinco. Necesito cerrar la conexión antes de que la planta vuelva a ponerse en riesgo.

Alain se pone de pie y le falla el brazo. Bishop lo obliga a sentarse otra vez.

—¿Peter puede cubrir la puerta hasta que se coloquen los Rangers? —pregunta Bishop.

—Con ese hombro y los hombres que le quedan, no puede detenerlos a todos si alcanzan el acceso —responde Alain—. Necesita el relevo.

Alain mira las pantallas negras.

Luna deja el micrófono sobre la mesa y mira a Bishop.

—Preparen la entrada. En cuanto estén todos colocados, Andrew abre.

—¿Y si los rescatistas llegan antes? —pregunta Alain.

—Lo adelantamos —responde Bishop—. Nadie va a esperar al reloj si ya puede entrar.

Andrew se queda mirando la pantalla negra del centro durante un rato.

—Y cada hora que nos adelantamos es una hora sin nada con lo que levantar ese hormigón —responde Bishop sin apartar la vista del plano—. Peter llegó hasta donde se puede llegar con las manos y volvió con el brazo aún peor. La grúa de los ingenieros viene desde Houston en transporte especial y, con la carretera de servicio bajo las torretas, tiene que entrar rodeando el pantano. Cuatro y media. Antes de esa hora, meter gente ahí dentro es añadir cuerpos al mismo montón.

Luna se sienta a su lado y marca el número de Freddy.

Andrew toma el teléfono que le ofrece.

—Freddy. Necesitamos coordinar la entrada de los Rangers con la de los rescatistas. Cuando restaure el sistema, el intruso podrá abrir el edificio norte. Tendrán que detener a Harbinger antes de que cruce la puerta. Yo buscaré a Ainara y volveré a aislar el acceso.

»Y el equipo médico tiene que llegar con la maquinaria —añade, tras una pausa—. Puede llevar horas inconsciente.

—El equipo médico está preparado —responde Freddy.

—En cuanto tenga una ubicación, se la pasaré a Peter por el canal de los Rangers.

—Bishop está coordinándolo con ellos —responde Freddy—. Tendrás ese canal abierto.

Andrew cuelga. Luna anota en la pizarra la hora prevista de llegada de la maquinaria: cuatro y media. Debajo, deja espacio para la hora de entrada. Al lado escribe otra cifra y no la comenta: la temperatura del agua en la sala de máquinas.

36

EL NOMBRE BORRADO

Base de operaciones del FBI, Corpus Christi, Texas
Miércoles, 11 de octubre, 3:10 a. m.

La carpa lleva algo más de cinco horas con las comunicaciones restringidas. A esta altura de la noche nadie habla por encima de un murmullo, y el generador se oye más que las voces. En el plano, alguien ha marcado con lápiz el punto del derrumbe. Nadie lo ha borrado ni lo ha vuelto a mencionar.

Martin revisa el mapa con dos asesores. Kessler continúa sentado en el extremo norte, vigilando a Freddy.

Smith llega desde la mesa de radios con un teléfono en la mano.

—Llamaron de la Casa Blanca —dice Smith—. Puedo mantener restringidas las comunicaciones hasta el amanecer. Después llegarán más funcionarios y será imposible.

—¿Puedes mantener despejado el canal hasta que termine el rescate?

—Lo mantendré. Las llamadas políticas pasarán por mí.

Freddy mira el mapa.

—Coronel.

Martin levanta la vista de la tableta.

—Su operación aérea. ¿Sigue en pie?

Martin, esta vez, no tiene la respuesta preparada.

—Sigue en pie.

—¿Cuánto necesita?

—Dos horas para tener los aparatos listos. Sigo pensando que el oeste es la mejor entrada.

—Hay cinco hombres armados en ese sector.

Martin mira el mapa. Después a Freddy.

—Entonces mi gente no salta ahí.

—No quiero paracaidistas. Quiero los helicópteros sobre el oeste a las cinco y veinte, a una distancia segura. Necesitamos que se oigan desde los tanques.

—¿Y para qué quiere ruido?

—Para que esos cinco miren hacia arriba cuando abramos el acceso que esperan.

Martin deja la tableta sobre la mesa.

—¿Quiere usar mis helicópteros como distracción?

—Quiero que atraigan la atención sin poner una unidad en tierra. La orden llevará mi nombre.

Martin observa a Kessler y después a Smith.

—Quiero que conste que recomendé la entrada directa.

—Constará —dice Freddy.

—Y que ustedes la rechazaron.

—También.

El coronel se vuelve hacia Smith.

Smith habla desde la mesa, sin levantar la voz.

—El informe dirá que el Ejército coordinó la operación con el FBI —dice Smith—. Eso es exacto.

Martin calcula lo que obtiene y lo que arriesga.

—A las cinco y veinte. Dos horas de vuelo como máximo y después regresan.

—Con eso basta.

—Mis pilotos necesitan saber que habrá Rangers dentro —dice Martin.

—Tendrán sus posiciones y un canal de coordinación. No volarán sobre el corredor de entrada ni sobre los rescatistas.

—Y si reciben fuego desde los tanques, se retiran.

—De acuerdo.

Martin señala el sector oeste con el dedo.

—Una pasada de reconocimiento. Después, círculos amplios. No acercaré un aparato al edificio norte.

Freddy acepta.

Smith autoriza a Martin a salir para coordinar el vuelo. El coronel se marcha con sus asesores, utilizando la radio operativa asignada a su unidad.

Bishop entra por el lado sur con el chaleco húmedo.

—El jefe de los Rangers confirma que sus agentes están preparados en la orilla. Necesita la hora de entrada.

—A las cinco y veinte, con los helicópteros. Necesito que lleguen al edificio norte antes de las cinco y treinta y ocho, cuando Andrew restablezca el acceso.

—En el norte manda Peter —añade Freddy—. Conoce el terreno y ha visto pelear a esos cinco. Alain llevará a la primera unidad por el corredor sur.

—Al jefe de los Rangers no le va a gustar.

—Que se lo discuta a Smith.

—¿Y el equipo de rescate?

—Que avance detrás hasta el punto protegido que indiquen los Rangers. En cuanto confirmen el norte despejado, podrá acercarse al edificio de control.

Bishop mira la ruta marcada en el plano. La maquinaria todavía está en camino, pero los ingenieros ya han indicado por dónde podrán moverla.

—Se lo transmitiré a su responsable. El equipo médico irá con ellos.

—¿Y si la puerta no se mueve?

—Los Rangers mantienen el cerco y buscan otra forma de sacarlos de los tanques.

—¿Y Andrew?

Freddy mira el teléfono por el que acaba de confirmar el plan con el tráiler.

—Cortará el acceso en cuanto tenga la ubicación de Ainara. La puerta puede quedarse cerrada; lo que no podemos hacer es dejar el sistema abierto al intruso.

—Bien. No quiero que todo dependa de que el enemigo haga lo que esperamos.

—Yo tampoco.

Bishop repasa una vez más la ruta de los rescatistas.

—Avisaré en cuanto lleguen las máquinas. Si hay un retraso, lo sabrás.

Bishop se ajusta el chaleco y sale.

Por la entrada sur llega la mujer que DARPA ha mandado desde Arlington, con una gorra del FBI que alguien le ha prestado y una carpeta sellada contra el pecho. Se presenta como doctora Serrano y no dice de qué. Smith la acompaña hasta el mapa. Lleva once horas de vuelo y escalas y no ha preguntado por los heridos.

—Me dicen que van a abrir la puerta del laboratorio —dice ella.

—Un minuto —responde Freddy—. Para que esos cinco salgan de los tanques.

—Antes tiene que saber qué hay detrás. —Deja la carpeta sobre el plano sin abrirla—. Los cilindros que vio su gente no se pueden mover. Pesan media tonelada y sin refrigeración, revientan en minutos. Nadie ha venido por ellos.

—¿Y a qué vienen?

—Por una muestra. Unos pocos kilos, estabilizados en un contenedor que cabe en una mochila. —Pone el dedo sobre el edificio norte—. En el laboratorio, el combustible es hidrógeno metálico, el más denso jamás fabricado. Fuera de aquí es una carga que ningún escáner reconoce, porque no lleva explosivo que detectar, y que libera de golpe lo que esta noche ha estado a punto de liberar la planta. La catástrofe no era el objetivo inicial. Era lo que ocurriría si no salían a tiempo.

»En los informes de amenaza tiene otro nombre: hidrógeno negro. El mismo material, en manos de quien lo quiere para eso.

—¿Cuánto tardarían en sacarlo?

—Si saben qué buscan, en menos de un minuto tienen la puerta abierta. Por eso, mi recomendación es que esa puerta no se abra. Ni un minuto. Que se sellen los accesos y se espere al equipo técnico de Arlington.

—Su equipo llega a mediodía. Yo tengo cinco hombres armados a cincuenta metros del laboratorio y una persona bajo los escombros.

—Lo entiendo.

—No lo entiende. Usted ha venido a proteger el material. Yo tengo que sacarla a ella.

La doctora Serrano aparta la carpeta del plano y no la vuelve a tocar.

Freddy baja la vista al edificio norte.

—Entonces no llegan a la puerta.

En el extremo norte de la carpa, Kessler descruza los brazos.

—Van a abrirla ustedes.

No lo dice alto. Lo dice a la distancia justa para que lo oiga Freddy y nadie más.

Freddy se vuelve. Kessler sigue en la misma silla. Desde allí ha podido oír buena parte de la conversación.

—Ha oído la conversación —responde Freddy.

Kessler esboza una sonrisa sin humor.

—He oído lo suficiente. Llevan horas mirando esa puerta.

—Entonces, siga sentado.

Kessler vuelve a cruzarse de brazos.

—Buenas noches, Kessler —dice Freddy.

Y vuelve al mapa.

Sector norte, Terminal GNL Gulf Coast
Miércoles, 11 de octubre, 5:25 a. m.

Los Centinelas bajan al cruce uno tras otro.

Peter los espera junto al primer tanque, acompañado por dos Rangers de la primera unidad, la que Alain ha guiado hasta aquí. Recuperaron el contacto con él durante la noche; ahora vienen a relevar a los Centinelas y a recibir su rendición. Sobre el oeste empiezan a oírse los helicópteros. Detrás del corredor sur, la

maquinaria recién llegada aguarda protegida, con los motores apagados.

—Dejen las armas en el suelo, a un lado de los pies.

Los rifles golpean la rejilla uno por uno.

El de la venda en el muslo se queda con el rifle en las manos.

—¿Qué nos va a pasar?

—Los va a detener el FBI. Cuenten lo que hicieron y lo que supieron del dinero. Hay documentos que lo respaldan. También constará que liberaron a los trabajadores y después ayudaron a defender la planta.

—Eso lo dijo el comandante.

—Eso lo dijo el comandante —repite Peter.

El hombre deja el rifle en el suelo, a un lado, donde se ve.

El hombre que sostiene la radio se detiene delante de Peter antes de entregársela a un Ranger.

—¿Murió bien?

Peter se toma un instante.

—No salió después de la explosión. Estaba intentando protegerlos.

—¿Tuvo miedo? —pregunta el hombre.

Peter recuerda lo que le contaron en el cruce.

—Les ordenó alejarse. Sabía lo que iba a pasar.

El Centinela entrega la radio con cuidado.

Después sigue a los demás hacia el cruce.

Peter cuenta cinco hombres en ese grupo. Son los que han permanecido con él alrededor del edificio. Los Rangers buscan a los demás por sectores; aún no hay un recuento completo de los heridos y de quienes se dispersaron.

—¿Mason? —pregunta.

El hombre de la venda señala la zona médica improvisada.

—Vivo. Preguntó por el comandante.

Peter pide al Ranger que no deje a Mason sin noticias cuando lo trasladen.

A las cinco y treinta y cinco, los Rangers se colocan alrededor del edificio norte, fuera de la vista de los tanques. Alain espera con

cuatro de ellos detrás de las tuberías, a un lado del claro. Los helicópteros siguen sobre el oeste.

Los cinco llevan horas consumiendo agua, munición y paciencia detrás de los tanques. Ya no esperan una extracción limpia: esperan que alguien reactive la puerta antes de que el cerco se cierre por completo.

Peter observa la puerta.

Tráiler del equipo Fénix

Miércoles, 11 de octubre, 5:38 a. m.

—Colocados —dice Freddy por teléfono.

Andrew pone las manos sobre el teclado.

—Enciendo.

Andrew restaura la conexión de la planta a la red. Tiene preparado el corte del acceso remoto para ejecutarlo en cuanto localicen a Ainara.

Las imágenes y los sensores regresan por sectores.

Una conexión desconocida entra de inmediato y se dirige al sector norte.

La cerradura del edificio cambia a verde.

En las cámaras exteriores, los cinco hombres abandonan los tanques. Luna busca la sala de máquinas en el mapa térmico.

Aparece una señal débil contra la pared oeste, cerca de la tubería dañada. Luna activa el canal de los Rangers.

—Peter, hay una señal de calor en la parte oeste de la sala de máquinas. Te envío el punto. Hace falta abrir paso desde el exterior.

Peter acusa recibo, señala la ubicación a un Ranger para que la transmita al equipo de rescate y vuelve la vista a los tanques. Todavía tienen que despejar el acceso.

Peter ve salir al primero de entre los tanques. No se mueve. Tiene el hombro sujeto bajo el chaleco y el brazo derecho casi

inmóvil; apoya el rifle en la barandilla del cruce y lo sostiene con la izquierda.

Los cinco avanzan hacia la puerta verde, separados entre sí por unos metros, con quien da las órdenes en el centro. Ninguno mira hacia las tuberías donde Alain espera.

—Aguanten —dice Peter por la radio.

El último deja atrás la sombra de los depósitos.

—Ahora.

Alain sale entre los cinco y los tanques con cuatro Rangers abiertos a los lados. Los del edificio norte aparecen detrás de los contenedores.

—¡Armas al suelo!

Dos obedecen. Los dos de la cola se vuelven hacia los tanques, encuentran a Alain en medio y disparan. Alain se tira detrás de una válvula; los Rangers responden. Los dos caen antes de alcanzar la sombra.

El del centro no se vuelve. Corre hacia la puerta.

Peter baja del cruce. Le basta con cortar en diagonal: el hombre tiene que atravesar el claro y él, solo veinte metros de rejilla. Llega al marco antes y le pone el cañón a la altura de la cara.

—Está cerrada otra vez.

El hombre mira la luz de la cerradura. Ha vuelto al rojo. Levanta las manos, y cuando Peter se acerca a quitarle el arma, le busca el hombro herido con el codo. Peter lo esperaba desde que lo vio mirarle el hombro: gira el cuerpo, le mete la culata bajo la barbilla y lo deja de rodillas contra la puerta.

Alain llega con dos Rangers. Le ponen los precintos entre los tres.

A las cinco y cuarenta y uno, el jefe de la unidad confirma que la zona está despejada.

—Norte despejado —repite Peter por la radio—. No dejen que nadie entre al laboratorio. Necesito a los rescatistas en la pared oeste.

Freddy repite la confirmación en la carpa. El camino para los ingenieros está abierto.

Un Ranger comprueba el cierre del edificio norte. Andrew lo bloqueó al finalizar el breve intervalo de conexión. Otros agentes registran a los detenidos y retiran las armas.

Una patrulla de los Rangers asegura el sector de carga y confirma la custodia del hombre que Alain dejó atado junto al tanque. El enlace civil de CMLN sigue inconsciente, con el teléfono satelital y el terminal de enlace intactos.

Peter confirma la ubicación de Ainara y se dirige al equipo de rescate.

En el tráiler, Andrew revisa lo que ocurrió durante el minuto en que mantuvo abierta la conexión.

Después de abrir la puerta, el intruso fue directo al registro de mantenimiento.

Borró las entradas que identificaban a quién había modificado la refrigeración antes del asedio.

Andrew alcanzó a ver una credencial vinculada al Departamento de Defensa.

Intentó copiarla, pero el borrado avanzaba más rápido. Antes de que terminara el minuto ordenó cerrar la puerta y bloqueó el acceso a los mandos. Consiguió mantener la recepción de los sensores. El intruso siguió intentando entrar, esta vez sin lograrlo.

Ahora quedan unas pocas líneas incompletas. La conexión intrusa ha desaparecido.

Andrew deja las manos quietas sobre el teclado.

—Borró el nombre.

—¿Qué alcanzaste a guardar? —pregunta Luna.

—La hora de una modificación y parte de su registro. Vi que la credencial era de Defensa, pero no pude conservar el nombre.

Andrew intenta recordar el nombre. Vio seis letras, quizá siete, y una inicial. Cuanto más fuerza la imagen, menos seguro está.

—¿Lo reconocerías si volvieras a verlo? —pregunta Luna.

—Tal vez. No basta para acusar a nadie.

—Pero basta para saber dónde buscar.

Andrew guarda las cuatro líneas que sobrevivieron en tres copias distintas.

Luna mira la pantalla.

—¿Queda algo?

—La fecha de una modificación anterior al asedio. Podemos cruzarla con los contratos de mantenimiento que encontró Junior. No identifica al responsable, pero tenemos por dónde seguir.

Tráiler del equipo Fénix

Miércoles, 11 de octubre, 5:44 a. m.

Luna mantiene la vista fija en la señal de calor mientras los Rangers confirman que las máquinas ya pueden acercarse.

Activa de nuevo el micrófono.

—Peter. La señal sigue en el mismo punto. Pared oeste de la sala de máquinas.

Peter acompaña a los ingenieros hasta la máquina más pequeña. El responsable le muestra por dónde abrirán el hueco y le pide que espere mientras aseguran el borde.

—Lo más cerca posible de esa pared —dice Peter—. Ahí es donde está.

El responsable señala la excavadora más pequeña y ordena avanzar. El motor arranca bajo el lejano ruido de los helicópteros.

En el tráiler, Luna mantiene el punto en el centro de la pantalla. Es débil, pero cambia apenas de forma con cada lectura.

—Sigue ahí —dice Luna.

37

EL QUE NO SALIÓ

Terminal GNL Gulf Coast, Corpus Christi, Texas
Miércoles, 11 de octubre, 5:50 a. m.

Todavía es de noche.

Los focos del equipo de rescate iluminan el derrumbe. Más allá, el cielo sobre el Golfo sigue oscuro y los helicópteros se alejan hacia el oeste.

La máquina lleva seis minutos despejando el acceso cuando el responsable de rescate autoriza el paso. Peter entra con él. Encuentran a Ainara contra una tubería, inconsciente, con la mano derecha envuelta en lo que queda de su camiseta. Ha avanzado apenas desde la unión reparada. Está a nueve metros del punto que Peter alcanzó en su primera búsqueda, al otro lado de la barrera de escombros.

—La tenemos —informa Peter por la radio de los Rangers—. Está inconsciente. Respira.

—El equipo médico espera junto al hueco —responde Andrew—. Holt, el hombre de Bishop, llegó con los rescatistas. Alain está con él.

Los rescatistas colocan a Ainara en una camilla y la sacan por la abertura. Peter camina a su lado, con la mano sana sobre el borde. Afuera la reciben los sanitarios. Alain se queda junto a él mientras

retiran con cuidado la ropa empapada y la cubren. Holt espera a que terminen para preguntar por el traslado.

—Tiene que ir al hospital —dice uno de los sanitarios. Holt mira a Peter. La salida discreta que habían preparado tendrá que adaptarse: Ainara necesita atención durante el trayecto. Acuerdan llevarla hasta la ambulancia que espera fuera del perímetro.

La acomodan, abrigada y vigilada por un sanitario, en la camioneta de apoyo de Holt. Peter sube detrás de ella; Alain ocupa el asiento delantero. La planta sigue en pie a su espalda.

Base de operaciones del FBI

Miércoles, 11 de octubre, 5:55 a. m.

Freddy está de pie frente a los monitores con las manos en los bolsillos.

—Están saliendo —dice Andrew por el auricular.

Freddy no responde. Mira las imágenes exteriores: los agentes avanzan por los corredores que los Rangers han despejado. Todavía quedan zonas por revisar y hombres por localizar. Los ingenieros señalan los accesos que deben permanecer cerrados.

En una cámara del sector norte, se ve al equipo médico trasladar una camilla hacia la camioneta de Holt.

Bishop llega a su altura sin hacer ruido.

—Tus chicos —dice Bishop. La camilla desaparece dentro del vehículo y Peter sube detrás.

—Mis chicos —confirma Freddy.

—¿Y el edificio DARPA?

—Las lecturas se mantienen estables desde que recuperamos los sensores. La doctora de Arlington entró con los primeros técnicos y todavía no ha salido. Cuando le dijeron que la puerta estuvo abierta cincuenta y tres segundos, preguntó cuánto habían tardado en volver a cerrarla y no dijo nada más. —Freddy baja la voz—.

Mantengamos restringidos los detalles del material hasta que ellos se hagan cargo.

—¿Y Kessler?

Kessler cruza la carpa con una hoja doblada y se la entrega a Smith sin mirar a nadie más. Smith la lee dos veces. Cuando levanta la vista, habla para Freddy y para Bishop.

—El detenido de la puerta pasa a custodia de la agencia. Orden de Seguridad Nacional. No admite recurso.

—Él sabe quién los contrató —dice Freddy.

—Por eso nos lo llevamos —responde Kessler.

Bishop da un paso hacia él. Smith lo detiene con dos dedos en el antebrazo.

—¿Quién la firma? —pregunta Freddy.

Kessler recupera la hoja y se la guarda en el bolsillo interior del traje.

—Alguien que puede, Tanaka.

En el monitor del sector norte, dos hombres de traje sacan al jefe de Harbinger de la zona de detenidos, quien lleva una capucha negra. Kessler sale detrás de ellos. Nadie en la carpa ha llegado a hacerle una pregunta.

El auricular vibra. Es Andrew, desde el tráiler.

—Freddy, tuvimos una conexión de salida desde el terminal de Harbinger. Duró treinta y siete segundos. Descargué la sesión y cloné el registro de autenticación antes de que cortaran la línea.

—¿Qué tienes?

—La cadena de pagos, las órdenes de acceso técnico y un identificador de Defensa vinculado a la contratación. No es una sospecha: queda registrado en el terminal.

Freddy mira a Smith. Después, la salida por la que acaba de desaparecer la capucha negra.

—Se llevan al hombre —dice—, pero no el registro.

—Envié tres copias cifradas —vuelve a decir Andrew por el auricular—: una a Freddy, otra a Luna y otra a un servidor fuera de la red del FBI. Si borran una, las otras siguen ahí.

Bishop mira la capucha negra que desaparece por la salida de la carpa.

—Entonces esta vez no pueden contar que fue un incidente aislado.

—Pueden contarlo —responde Freddy—. Lo que no pueden hacer es borrar quién pagó.

—¿Qué relato van a contar? —pregunta Bishop.

—El informe tendrá que recoger lo que pasó. Y nosotros tendremos que proteger la identidad del equipo Fénix.

Carretera al norte de Corpus Christi

Miércoles, 11 de octubre, 6:05 a. m.

Vuelvo en mí por partes.

Primero el olor: a cuero y café. Después, el movimiento, el balanceo suave de un vehículo en marcha. Luego, el dolor de la mano derecha, que ya no es un tono continuo sino un latido con bordes. Abro los ojos. El techo de una camioneta. Los focos del perímetro se alejan detrás de la ventanilla; afuera sigue oscuro.

—Está despierta —dice Alain desde el asiento delantero.

Peter está a mi lado, atrás. Holt conduce y un sanitario, sentado frente a nosotros, comprueba mi pulso antes de decirme que permanezca quieta. No recuerdo haber salido de la planta. Recuerdo la llave y haber intentado ponerme de pie; después hay un hueco. Esta vez no sé cuánto pertenece a la Sincronía y cuánto al frío o al agotamiento.

—¿La fuga? —pregunto. La voz me sale rasposa.

—Cerrada —dice Peter—. Andrew recuperó los sensores y la contención aguanta. Nadie ha entrado en el edificio norte.

—¿Y ustedes?

—Salimos los tres. Alain tiene el brazo quemado y yo el hombro herido. Andrew y Luna siguen en el tráiler. Vamos a cambiar a la ambulancia en cuanto lleguemos al punto de reunión.

—Vance.

Conozco esa pausa: se está preparando para darme una noticia.

—Sé que no salió cuando detonó —digo—. Lo llamé por radio y no respondió.

Peter no me corrige.

—¿Lo encontraron?

—Todavía no —responde Peter—. Los rescatistas seguirán buscando. Por lo que contaron sus hombres, colocó la carga en el acceso para impedir que Harbinger llegara hasta ti. No lo vieron salir.

Pienso en los cuarenta y dos trabajadores que salieron de aquel almacén. Vance dio la orden. También los había encerrado allí. No consigo separar una cosa de la otra, y no quiero hacerlo.

A diez minutos del perímetro, el teléfono de Peter vibra.

—Freddy —dice Peter, mirando la pantalla.

—Ponlo en altavoz.

Peter acepta la llamada.

—Están fuera —dice Freddy. No es una pregunta.

—Estamos fuera —confirmo.

—Bien.

Miro por la ventana. Las luces de la ambulancia aparecen junto a la carretera. El sanitario me avisa de que vamos a detenernos y yo asiento, aunque todavía no tengo fuerzas para incorporarme.

—¿Luna? —digo.

—Va a encontrarte en el hospital. Dice que el café puede esperar.

Alain gira en el asiento para mirarme.

—Escuchaste. Primero el médico.

—Escuché.

Holt frena junto a la ambulancia. Peter suelta mi mano solo cuando el sanitario necesita espacio para trasladarme. Antes de que cierren las puertas, veo a Alain, a Holt y, más atrás, las luces del perímetro. La planta sigue allí.

Apoyo la cabeza y cierro los ojos. Esta vez hay alguien vigilando los aparatos y alguien que sabe qué hacer si cambia una cifra.

EPÍLOGO

Houston, Texas
Viernes, 13 de octubre

La quemadura tardó dos días en dejar de doler de forma constante.

Ahora me duele al mover los dedos. El médico prefiere esperar a ver cómo cicatrizará; quiere volver a verla cuando cambien el vendaje. Me ha enseñado unos movimientos suaves y me ha pedido que no fuerce la mano. Me cuesta más obedecer eso que hacer los ejercicios.

De la hipotermia me queda un frío que regresa por las noches aunque la habitación esté caliente. Los pies tardaron un día entero en volver a ser míos.

Me atendieron en cuanto me sacaron del edificio y siguieron calentándome durante el traslado. Al llegar al hospital, todavía estaba muy fría. El médico insistió en que no confundiera haber despertado con estar recuperada. Ayer me trasladaron a Houston, cuando consideraron que podía viajar. Peter vino conmigo.

El temblor cedió el segundo día.

Todavía aparece cuando estoy cansada o llevo demasiado tiempo en la misma posición. Los médicos siguen vigilándolo. Luna anota lo que me explican porque sabe que a veces digo que he entendido y, diez minutos después, necesito que me lo repitan.

Las migrañas son lo peor.

La luz me duele y algunos sonidos me obligan a cerrar los ojos. Aún no saben cuánto tiene que ver con el agotamiento y cuánto con lo que respiré en la planta. Yo tampoco sé separar eso de lo que me ocurre desde Chernóbil. Han empezado a espaciarse, pero sigo esperando la siguiente.

El primer día no me dejaron ducharme por el vendaje. El segundo lo intenté con una mano y desistí a los dos minutos. Dos días después seguía teniendo Corpus Christi metido en el pelo: barro seco, sal, algo verde que prefiero no identificar. El pantano fue lo primero que me tocó aquella noche y va a ser lo último en soltarme.

Esta mañana, Luna llegó antes del desayuno, sin avisar, con una jarra y una toalla, y me lavó el pelo en el lavabo de la habitación.

Tardó veinte minutos y no habló. Me sostenía la nuca con la mano izquierda y trabajaba con la derecha, y cada vez que el agua salía del pelo más oscura de lo que esperaba, volvía a empezar sin comentarlo. Cuando terminó, me secó, me apartó el pelo de la cara con los dedos y fue a lavarse las manos.

Ahora está sentada en la silla junto a la cama, con un libro abierto que lleva un rato sin pasar de página.

—¿Estás leyendo o pensando? —digo.

—Pensando —admite sin levantar la vista—. Pero el libro está ahí por si decido leer.

—¿Bob?

—Comido, paseado y furioso contigo. —Cierra el libro del todo—. Freddy mandó a alguien al apartamento el primer día. Bob sigue sin entender por qué no vuelves, y lo dice cada vez que alguien abre una puerta.

Luna y yo nos quedamos en silencio un momento. Por la ventana entra la luz de la tarde sobre Houston, baja y naranja. Me pregunto cómo se verá ahora la planta desde fuera, con la luz del día sobre los tanques y el edificio de control derrumbado. Me alegra no estar allí para comprobarlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Luna.

—Siempre.

—La gota de la que me hablaste ayer. Cuando cargaste el peso sobre la llave, ¿te dio tiempo a pensar en algo más?

Pienso la respuesta correcta durante un segundo.

—Solo en no soltar la llave.

Luna se queda un momento con eso.

—Eso es lo que imaginaba.

Vuelve a abrir el libro. Esta vez sí pasa la página.

Corpus Christi, Texas
Jueves, 19 de octubre

A Caleb Vance lo entierran en las afueras, en el cementerio junto a la carretera de la costa. Desde el coche se ven un toldo verde, dos filas de sillas plegables y menos gente de la que cabría debajo.

Peter apaga el motor. No bajo. Smith ha puesto su nombre en esta ceremonia, y yo sigo sin tener uno. En el hospital de Houston me ingresaron como agente asociada de identidad reservada, con el número de expediente de Freddy y sin apellido; Smith firmó el informe del rescate sin preguntar a quién habían sacado de debajo de aquel edificio. Es su manera de ayudar: no mirar, y dejar constancia de que no miró. Bajarme ahora sería obligarlo a mirar delante de dos agentes de uniforme.

No hay guardia de honor: el Ejército no la manda a un hombre con su expediente, y la revisión que pidió Freddy sigue abierta. Hammer tampoco ha venido; desde el jueves pasado tiene que explicar ante los investigadores militares su firma en una evaluación que nadie firmó. Hay dos agentes del FBI de uniforme, Smith con abrigo oscuro y, a un lado, dos alguaciles con cinco hombres esposados. Los Centinelas que se rindieron esa noche. Mason va delante.

Los alguaciles no los llevan a una prisión de máxima seguridad. Están bajo custodia preventiva del Departamento de Justicia, con Bishop como supervisor, y declararán como testigos en la

investigación sobre CMLN y Defensa. El acuerdo contempla una conmutación de pena si mantienen su cooperación durante el proceso. Los otros cinco esperan juicio en Houston, demasiado graves para viajar. Once murieron esa noche, entre el flanco sur y el edificio norte. Nueve siguen sin aparecer: se dispersaron por el pantano antes del amanecer y los Rangers todavía levantan órdenes de búsqueda con nombres que, en la mitad de los casos, tampoco son suyos.

Smith lee sin papel. Me llega por la ventanilla bajada: que en la noche del 10 de octubre el capitán Caleb Vance ordenó liberar a cuarenta y dos trabajadores, defendió la planta de una fuerza mercenaria y murió al impedir que esa fuerza alcanzara el panel de control. No dice quién le escribió las demandas. No dice escalera. No dice mi nombre.

No hay bandera sobre el ataúd. Smith se aparta y vuelve a su sitio.

Los alguaciles llevan a los Centinelas por el camino de grava. Al pasar junto al coche, Mason reconoce a Peter y se detiene. Uno de los alguaciles mira hacia Smith; Smith asiente.

—Usted estaba esa noche —dice Mason.

—Estaba.

—Dicen que lo usaron. Que las demandas se las escribió otro.

—Se las escribieron y lo pusieron en la planta para que nadie mirara el edificio norte. —Peter mira hacia el toldo—. Lo supo esa noche. Lo primero que hizo después fue sacar a los cuarenta y dos. Lo último, cerrar la escalera con él dentro para que no subieran.

Mason se mira las manos esposadas.

—Le pedí que fuera por Cooper. Me dijo que no.

Saco la placa del bolsillo. La llevo encima desde el hospital sin saber a quién dársela. Se la paso a Peter, y Peter se la da por la ventanilla.

Mason la reconoce antes de leerla. La cadena sigue rota. Cierra la mano sobre ella y deja que los alguaciles se lo lleven.

Bajo el toldo, la primera fila sigue sentada. Nadie se acerca a entregarles nada.

Sede del equipo Fénix, Nueva York
Martes, 24 de octubre

Bob no me perdona el primer minuto. Se planta en mitad del pasillo y no se aparta hasta que me agacho a rascarle detrás de las orejas con la mano buena.

Junior me espera en el laboratorio de Andrew con tres carpetas sobre la mesa.

—Seis conexiones en los pagos de CMLN —dice—. Dos salen de la lista de Louisville, la que no terminaron de quemar. Otra es la contrata que trabajó de noche en la planta el año pasado: dejaron preparado el acceso por el que entró el hacker del Anillo.

—¿Y quién les dio permiso en Defensa?

—Eso no aparece en ningún pago.

—Los Rangers interceptaron tres de las camionetas en la interestatal 37, antes de que llegaran al perímetro —dice Andrew desde su mesa—. Transportaban generadores y equipos de corte para el sector norte. Las otras cuatro se dispersaron cuando saltaron las alarmas del muelle; dos aparecieron abandonadas esa misma noche y las otras dos huyeron hacia el norte. Ninguna llegó a la planta.

—¿Kessler?

—En su puesto —responde Junior—. Y el hombre que se llevó no figura en ningún registro de detenidos.

Abre la carpeta por la última hoja. Seis nombres de empresa, uno debajo de otro, con las siglas, las vocales y todo lo demás tachado a lápiz. En la última línea quedan cuatro consonantes: C, M, L, N.

—Volvió a firmar —dice Junior.

En el pasillo, Bob suspira y se tumba otra vez donde todos tienen que pasar.

FIN

Ainara regresa en la décima octava novela de la serie*: Antes de que hablen*. Obtenla aquí:
https://geni.us/AntesDeQueHablen



Puedes encontrar todas las novelas de la serie de Ainara Pons aquí:
https://geni.us/SerieAinaraPons

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor, déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma 🙂

A continuación, te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com - haz clic AQUÍ
Amazon.es - haz clic AQUÍ

Amazon.com.mx - haz clic AQUÍ

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo gratis aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

ÍNDICE

Créditos

Prólogo

1. El silencio se rompe
2. La zona inexistente
3. El hueco en la defensa
4. La guerra de otro
5. Las torretas no negocian
6. Los que borran las huellas
7. El ángulo muerto
8. El expediente que nadie pidió
9. El pantano no devuelve nada
10. El falso objetivo
11. Hidrógeno negro
12. La cuenta atrás
13. El hombre sin insignia
14. No era de los suyos
15. No tienes que confiar en mí
16. Los suyos o la misión
17. El ejército que no figura
18. El trato bajo fuego
19. El barco sin señal
20. El desembarco
21. Los hombres del contrato
22. El enemigo con credencial
23. La pregunta que Smith evita
24. Cuatro contra uno
25. El precio de diez minutos
26. Un arma improvisada
27. Sin nadie al otro lado
28. La brecha del sur
29. Antes de detonar

30. El último movimiento
31. La señal que no llega
32. La amenaza me traga otra vez
33. Sincronía
34. La filtración
35. La perdimos
36. El nombre borrado
37. El que no salió

Epílogo

Notas del autor